

15 DE MARZO

1907

Revista

Contemporánea

DIRECTOR Y PROPIETARIO

D. JOSÉ DE CARDENAS

Senador del Reino y Consejero de Instrucción pública.

REDACTOR JEFE

D. JUAN ORTEGA RUBIO

Catedrático de la Universidad Central.

SUMARIO

	Páginas.
La Hacienda en tiempos de Isabel I y Carlos I, por J. Casañ	257
Silvela, por R. Alvarez Sereix	265
El imperio del trust, por Gabriel M.^a Vergara	271
El P. Alonso Carrillo, por Albino Korosi	275
Los insectos (continuación), por A. de Segovia y Corrales	283
Cartas de Wagner, por Jolanda	305
El colectivismo (continuación), por Manuel Gil Maestre	313
Ferekrazios, por R. Robles	333
Novelistas españoles: Vicente Blasco Ibáñez (continuación), por Andrés González-Blanco	335
Contestación á una crítica, por Edmundo González Blanco	357
Política interior y exterior, por Abdeslan-ben-Uriz el Ichudéf	363
Boletín bibliográfico, por A. Balbín de Unquera , por José Subirá , por Pedro Ansúrez , por Manuel Abril , por E. , por E. A. y por R. A.	367

Toda la correspondencia á la Administración: Pizarro, núm. 17, pral.

MADRID

VINO

RESTAURADOR COMABELLA



El uso de este **Vino** es insustituible en los estados escrofulosos, raquitismo, anemia, etc., etc., y en general, siempre que se quiera combatir con resultado positivo todas las enfermedades que tienen su base en la debilidad.

El éxito creciente que este producto obtiene, es la mejor prueba de sus indiscutibles resultados.

Farmacia del

Dr. Comabella.

Calle del Carmen, 23, Barcelona.

CARMEN 23,

PÍLDORAS Y UNGÜENTO DE HOLLOWAY.

JUSTAMENTE RENOMBRADOS.

LAS
PÍLDORAS

purifican la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado, del estómago, de los riñones e intestinos y son de un valor inapreciable en todos los desórdenes que afligen al sexo femenino y á los niños.



EL
UNGÜENTO

es el solo remedio seguro para males de piernas, llagas, úlceras y heridas inveteradas. Para la curacion de bronquitis, males de garganta, toses, resfriados, gota, reumatismo, hinchazones glandulares y todas las enfermedades de la piel no tiene igual.

Elaborados solamente en el 78, New Oxford Street, London.

Y vendidos por todas boticarios del mundo entero.

LA HACIENDA EN TIEMPOS DE ISABEL I Y CARLOS I

Es cosa sabida y casi verdad inconcusa admitida generalmente, no sólo por el vulgo, sino por gran parte de vulgo científico ó competente en estas materias, y excesivamente repetida hasta la saciedad, que el estado de la Hacienda española fué próspero y casi espléndido en tiempos de Isabel I, la Reina Católica. Pero, si examinamos de una manera imparcial y razonada el estado de aquélla, la lógica de los hechos vendrá á demostrarnos que nada hay más erróneo que dicha afirmación. Las alabanzas de que ha sido objeto aquella administración, de haber sido arreglada la Hacienda, harto ruinoso en aquellos tiempos, no son justas. Hay que meditar sobre las disposiciones arbitrarias con que se recabaron los bienes que fueron de la Corona y en mal hora distribuídos y repartidos con mano pródiga, pues á pesar de esto nos encontramos á la muerte de Isabel con una enormidad de deudas cuya amortización tragaba la mayor parte de los escasos ingresos. Situación económica harto triste, pero que en dicho reinado aún las había atravesado peores. La guerra de Granada absorbió durante mucho tiempo sumas extraordinarias y el Tesoro atravesó grandes penurias, dejando un déficit que ascendía á más de cien millones de maravedises.

La situación era tan precaria que Fernando é Isabel se vieron en la necesidad de hacer un empréstito á sus súbditos, creyendo que era beneficioso para la Hacienda el encontrar compradores al 10 por 100. En los últimos años de paz del reinado de Isabel, lograron recabar para el Estado un ingreso de 30 millones de maravedises, y se pudo disponer de la mitad de los impuestos anuales para cubrir los

15 Marzo 1907.—TOMO CXXXIV.—CUAD. III.

17

gastos corrientes (1). En este tiempo sólo estaban libres el Servicio y Montazgo, las Salinas y el Almojarifazgo. Canga Argüelles afirma que en 1484 y 87 el déficit había subido á ciento doce millones y medio de maravedises.

Después de la muerte de D.^a Isabel advirtieron los castellanos lo mucho que la debían en su acción económica. Posteriormente las complicaciones no faltaron, pues que en 1509 la suma total de los intereses de la deuda ascendió á ciento ochenta millones, y con la muerte de Fernando la situación aún empeoró. En 1504 los intereses (Juros) eran de 127 y en 1505 cerca de 135 (2). Carecemos de datos para consignar de una manera fija á cuánto ascendían los ingresos ni los pagos, pero sí que al morir Isabel el presupuesto estaba muy cerca de equilibrarse y ascendía á unos 320 millones.

Los ingresos se habían aumentado con el oro que se importaba de las colonias, y con la subida que se dió á los impuestos permitieron á Fernando recaudar hasta 500 millones. En la misma escala habían aumentado los gastos y las deudas, pues al subir al trono Carlos V halló la Hacienda en un espantoso desorden. Las guerras en que en mal hora se empeñó este monarca, y por otro lado las reformas en los impuestos, no marcharon acordes con el empuje económico de la Nación.

El más antiguo é importante de todos los ingresos fué indudablemente la alcabala, introducida en los presupuestos de 1341 para alcanzar dinero para el sitio de Algeciras, y cuyo impuesto se generalizó é hizo popular, consistente en un 6 por 100 del comprador por lo que adquiría, y que se extendió hasta las permutas. Los Reyes Católicos la fijaron de una manera cierta, y en el Real cuaderno de alcabalas se fija en el 10 por 100. Desde el principio su recaudación ofreció dificultades, y los pueblos y el Gobierno la fijaron en una cantidad alzada que debían dar los pueblos, dejando á éstos designar la cantidad y su reparto entre los vecinos y la mane-

(1) Sobre este empréstito véase Colmeiro, tomo II, Introducción, y Pulgar, páginas 379 y 442.

(2) *V. Colección de documentos inéditos*, tomo XXXIX, pág. 423.

ra de hacer efectivo el pago de este impuesto, recibiendo éste el nombre de *Encabezamiento*, siendo el de 1494 el más antiguo que hasta hoy conocemos. La Reina en su testamento manifestó el deseo de que se fijase en una cantidad inalterable. Cláusula ésta que Fernando no respetó, haciendo en 1512 un nuevo contrato de encabezamiento de la alcabala (1).

El interés del país exigía un nuevo reparto, más de conformidad con las leyes económicas, y Carlos coadyuvó á ello, pero no sólo de la alcabala, sino también de participación Real en el diezmo eclesiástico, y que las ciudades pagasen un tanto alzado como rédito de todos los impuestos de la pertenencia de éste y haciendo la recaudación por su propia cuenta. Si esto se verificaba, se renunciaba al aumento de los tributos creados en su reinado y también la suma de siete mil ducados.

Como esto era un error económico, las Cortes no quisieron admitir la proposición y siguieron las cosas como hasta entonces. Pero, no obstante, algunos pueblos hicieron contratos particulares, con los que salían gananciosas las dos partes (2).

Finalmente, en 1535 accedió Carlos á las representaciones de las Cortes, y se concedió el antiguo encabezamiento general que ya antes existía.

Cedida, pues, la alcabala y el Diezmo Real, el país venía obligado á pagar anualmente 535 cuentos de maravedises, y que las Cortes estimaron en un 5 por 100 á los negocios comerciales. Este contrato era por diez años y continuó hasta la subida al trono de Felipe II. Entonces el Servicio quedó como un impuesto extraordinario, pero debió incluirse en el presupuesto ordinario, pues en todas las Cortes lo primero que se trataba era del Servicio de millones. En el reinado de Carlos I se concedieron 150 cuentos pagaderos en tres años.

En las renombradas Cortes de Toledo de 1538 hizo presente Carlos V ante los diputados de los tres brazos que el importe de la deuda había llegado á un extremo que ya los ingresos no bastaban á cubrir las atenciones, proponiendo la

(1) Gallardo, *Rentas*, tomo I, págs. 163 y siguientes.

(2) Cortes de 1523, petición 87.

creación de un nuevo tributo sobre la *carne*, cuyo impuesto importaría tanto como la alcabala. Con esta ayuda y con el Servicio debía la Hacienda prosperar. Carlos V quería amortizar la totalidad de las deudas, con el socorro de otros rendimientos dentro de determinado plazo.

Continuó las negociaciones con el brazo popular y se deliberó la ayuda que había que prestar al monarca sin detrimento del país, llegándose á pensar en la elevación del encabezamiento, á lo cual se opusieron las Cortes, tomándose la resolución de que las ciudades concedieran un segundo servicio que ascendiera á ciento treinta cuentos, pagaderos en tres años, y para diferenciarlo se denominaría extraordinario. El monarca, en cambio, juró no volver á iniciar el proyecto de las *Sisas*, renunciando á toda operación financiera que no tuviese el carácter de extraordinaria, como la enajenación de cargos, títulos, etc., y otros medios de recaudar dinero. Con esto cubrió el monarca las atenciones; pero no pudo organizar de una manera definitiva la Hacienda.

Los impuestos existentes á la sazón eran una carga y confusión para Castilla, y de escasa importancia en sus rendimientos.

Tres eran las aduanas, los diezmos del mar habían sido separados desde 1469, como lo mismo que producían los puertos secos; los derechos de aduana de Aragón y Portugal eran muy insignificantes.

El Almojarifazgo produjo más, pues sus ingresos crecían continuamente; pero al finar el reinado de Carlos sólo producían cien cuentos (1).

El Servicio y Montazgo y el tributo sobre la seda, almadras y otros muchos no llegaron á producir lo que las aduanas.

En el año 1509 tenía el Estado el rendimiento de la bula de Cruzada para aumentar los medios de combatir á los piratas turcos y berberiscos.

Si en los primeros años la renta de la bula fué muy im-

(1) Véanse las Tablas de Aduanas, cap. IV, pág. 77, nota 38.

portante, luego sufrió descenso grande; no obstante, cobraba anualmente 75 cuentos (1).

Las Ordenes militares producían 75 cuentos. Entonces las colonias comenzaron á enviar inmensas riquezas, y Méjico y Perú lo hacían con enormes cantidades de oro y plata, que ascendieron á 700 cuentos en el año 1556. Entonces el Rey detenía las remesas de metal y entregaba cartas de pago como indemnización de aquel despojo.

El primer empréstito forzoso fué el que se hizo con Hernán Cortés, embargándole el dote que éste traía para su segunda mujer.

Como la expedición á Túnez necesitaba grandes recursos, Carlos, en 1535, se apoderó del oro que traía la flotilla; esto se repitió algunas veces más, hasta que en tiempo de Felipe II la oposición del país fué muy acentuada (2).

Entre los ingresos de estos tiempos deben contarse también los servicios que abonaban las ciudades aragonesas. En Aragón, como la constitución del reino era diferente y las Cortes las encargadas de la administración, por esta causa se conservan escasas noticias de ésta (3).

En la guerra tampoco prestaba ayuda el reino aragonés, y Carlos lo único que pudo conseguir fué que los tres reinos prestaran un servicio de 600.000 ducados, cuando el monarca abriese personalmente las Cortes. Así Cataluña daba la mitad y Valencia 100.000 ducados solamente.

De los medios extraordinarios con que Carlos quería aumentar los ingresos figuraban los *Furos*, que eran obligaciones temporales vitalicias y también hereditarias pagadas con los ingresos de algunos impuestos. Ya en tiempos antiguos se habían dado estos *Furos* como donaciones de los Reyes y

(1) Canga-Argüelles, t. V, pág. 302.—*Colec. doc. inéd.*, t. XCI, página 51.

(2) Ley 1.^a, tít. 10, lib. VIII de la *Recopilación de Indias*.—Scherer, pág. 51; Lafuente, t. VI, pág. 546. En 1535 tomó al país ochenta mil ducados en giros al 3 1/2 por 100. (*Col. de doc. de Ultramar*, fol. 439. Cartas de 1537, pet. 103, tomo IV, pág. 671.)

(3) Bofarull, *Col. de doc. de la Corona de Aragón*, tomo VII, página 122.

Enrique IV hizo un verdadero derroche de ellos comprometiéndola Hacienda, ó se emplearon para operaciones financieras, lo cual ocurrió en tiempo de los Reyes Católicos.

En tanto que los *Juros* se pagaban con puntualidad, todo fué bien, pero en las grandes crisis por que pasaba el Gobierno el pago se retrasaba, lo cual daba una baja en el valor de los *Juros* en efectivo, comprándose y pagando al Estado por su valor nominal, con lo cual en tiempo de Felipe II empeoró la situación de la Hacienda.

¿Qué resultados produjo esto? Que Carlos no pudo amortizar las obligaciones del 10 por 100 emitidas por los Reyes Católicos, y menos con las condiciones favorables con que las emitieron aquellos monarcas. No bastando todo esto para amortiguar el déficit, se echó mano, haciéndolo mercancía, de las legitimaciones de hijos naturales, los títulos de nobleza, los empleos en los ayuntamientos, etc., con el fin de llenar las cajas del Estado ¡Y se habla y critica hoy la corrupción de costumbres y escándalos administrativos, que no llegan ni con mucho á la desmoralización de aquellos tiempos por que tantos hoy suspiran y citan como modelos de nuestra pasada grandeza y poderío!

El juramento de Carlos en 1535 tampoco fué cumplido con mucha formalidad. El clero era riquísimo y opulento y no se eximió de prestar su ayuda al empobrecido erario; así es que para la construcción del Canal imperial del Ebro, Clemente VII concedió al Rey la misma participación en los décimos de Aragón que poseía en los de Castilla. Después le permitió la venta de los bienes de los maestrazgos y de las iglesias y conventos en gran cantidad, y el clero en general hizo donativos ó tributos voluntariamente en vista de estas determinaciones pontificias, hasta el extremo de que se dió la silla de Toledo á un arzobispo, á condición de ceder anualmente 35.000 ducados á la corona, de los ingresos.

No entra por hoy ocuparnos de los empréstitos que Carlos V hizo en Italia, Inglaterra y Portugal, pues este punto merece otro estudio particular. Para terminar este trabajo, réstanos sólo ocuparnos de lo que producían los ingresos ordinarios y extraordinarios y formar idea la más exacta de

aquellos tiempos de miseria y derroche de la riqueza pública.

En los primeros años del reinado de Carlos V, ascendieron los ingresos de 500 á 600 cuentos ó sea millón y medio de ducados, y no aumentaron, pues ni en los últimos años de su vida llegaron á mil, y según una cuenta de contaduría de 1537 sólo llegó á 350 cuentos de maravedís.

Es cosa probada que de 1502 hasta 1552, el valor de la moneda tuvo un tercio de baja, lo cual afectó, como es consiguiente, el valor de los ingresos, y que los impuestos, lejos de aumentar, disminuyeran visiblemente. Esto no pudo negarse, y las Cortes lo confesaron después; pero indirectamente, cuando Felipe II intentó la subida de la alcabala. Conocemos los ingresos en tiempo de Carlos, pero desconocemos (pues muchos son secretos) los gastos. Con motivo de extrañas guerras se desangraba el país con el ejército y la marina. Adquiríamos mucha gloria militar, pero también su secuela el hambre y la ruina. Al paso que Fernando había presupuestado para fuerzas militares, de 80 á 100 cuentos, Carlos gastaba para ejército y marina más de 150 cuentos.

Las Cortes se quejaron á éste de lo caro que resultaba su Corona, comparando sus gastos con los que le precedieron; pero no comprendían que el lujo de la Corte no era la causa de lo apurado de la situación y sí lo eran las estériles campañas que su orgullo sostenía para ruina de la nación.

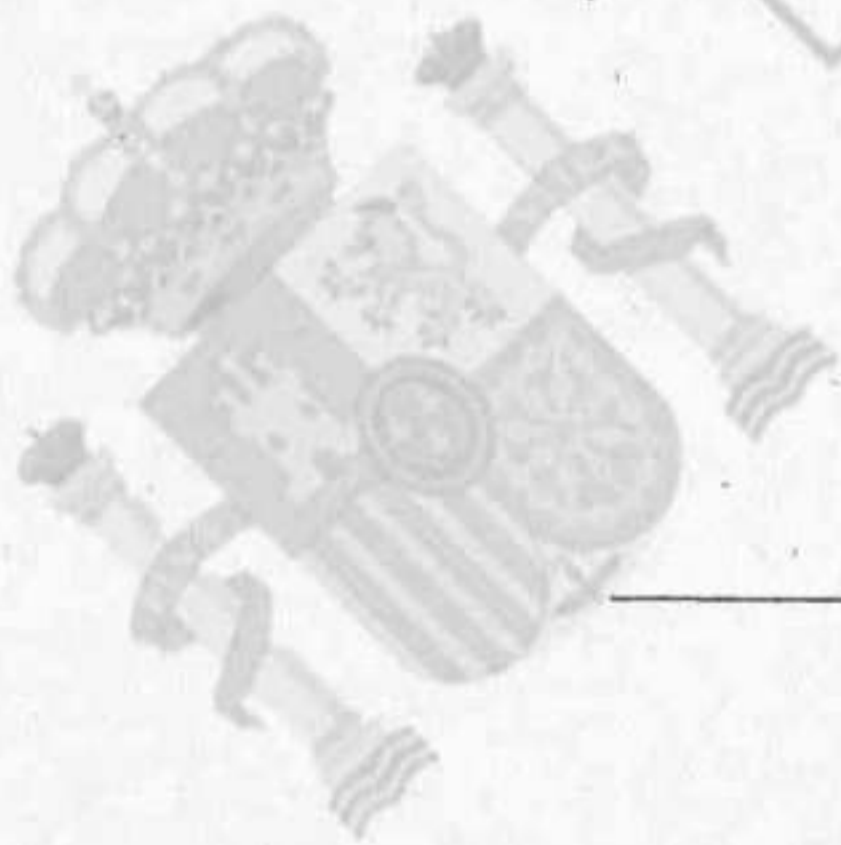
Es una vulgaridad el creer que bajó el precio de las cosas, pues Moncada dice que en su tiempo valía seis reales lo que antes del descubrimiento de América valía sólo un cuarto de real. La subida de los granos ya lo manifestó Clemencín en un documento dirigido á Isabel I, tomando por base las tasaciones de 1503 á 1632, lo cual fué debido al triste estado á que había venido á parar la agricultura; nadie trabajaba y la miseria del país era evidente.

Considerando la nota del precio de los comestibles para la flota de Magallanes y construcción del Escorial, veremos que en 1519 el quintal de galleta valía 170 maravedís y en 1594 2 y 112 ducados; aceite, la arroba 124 maravedís y en 1594 14 reales; vemos, pues, que los precios habían triplicado por-

que la producción era menor, pues que nadie se ocupaba de esto, sino de repartir linternazos á alemanes y holandeses. Al subir al trono Felipe II la deuda sólo importaba 20 millones de ducados.

Tal era el estado de la Hacienda española al terminar el reinado de Carlos I. Visto el estado de angustia del Tesoro nacional en esta época, en otro estudio veremos cuál fué la situación de la Hacienda con Felipe II y sus sucesores, con la pérdida de elementos de vida en la Península, las guerras y azares económicos que no hicieron más que ahondar el pozo en que venía hundiéndose el país, hasta el extremo de que á Felipe IV se denominara *el Grande* porque hizo más profundo el agujero.

J. CASAÑ.



SILVELA

No cabe duda de que uno de los defectos de la raza latina, y especialmente de los españoles, consiste en la falta de memoria. Aquí todo se olvida y todo se perdona. Por esto ha podido darse el caso de que hayamos perdido un imperio colonial, sin que se exijan responsabilidades á nadie, sin que se castigue á nadie.

Se arrió la bandera española en América y en Asia; somos geográficamente mucho menos de lo que antes éramos, y nos hemos quedado tan tranquilos, no sé si hasta satisfechos. Los que creíamos que la tremenda catástrofe produciría una honda conmoción que quizás lo cambiaría todo: régimen, gobernantes, manera de ser, nos hemos llevado un gran chasco. Cierta que en la noche del día que circularon los telegramas con la noticia de la total destrucción de nuestra escuadra en Santiago de Cuba, como era *turno de moda*, vióse el circo de Parish ocupado por las personas más distinguidas de la corte.

Ni castigamos con el desdén cuando menos á los hombres que se equivocan ó convierten la política en granjería, ni sabemos estimar y recordar á los que se sacrifican de veras por sus compatriotas.

No hace todavía dos años que falleció D. Francisco Silvela, en el vigor de su edad, y ya escasean los que tienen presente al insigne orador, al varón de honradas intenciones que acometió una campaña para purificar los modos de gobernar, todos los abusos mediante los cuales se han enriquecido, como por arte de encantamiento, buen golpe de políticos que predicán una cosa y practican la contraria.

Silvela llegó al poder en un momento tristísimo para la Nación, después del ignominioso tratado de París y cuando

por todos se temía la bancarrota. Sabedor de que el tiempo que transcurre en cada cambio de política desde la subida al poder del partido hasta que se disuelven las Cortes, se aprovecha en montar la máquina electoral y conseguir el triunfo de los *encasillados* ó *predilectos*, se apresuró á los pocos días de ser jefe del Gobierno á disolver el Parlamento, es decir, que voluntariamente renunció á los medios que antes de él y después de él se han empleado y emplean. ¡Era de oír á los conservadores de entonces, recién hecha la soldadura entre silvelistas y canovistas, las censuras que *sotto voce* dirigían al esclarecido gobernante, porque iban á efectuarse las elecciones sin suspender concejales, trasladar jueces poco complacientes y repartir destinos á correligionarios hambrientos!...

Silvela suprimió las cesantías á los ex Ministros, que luego han vuelto como vuelven todos los abusos en nuestro desventurado país, y en virtud de lo cual se dan casos, bien recientes por cierto, de que haya quien cobra *diez mil* pesetas al año por haber sido Ministro menos de tres días. Á más de 700.000 pesetas asciende lo que por este concepto perciben anualmente cerca de un centenar de ex Ministros.

Silvela sostuvo que todo personaje político que llega á las alturas del poder, debe cerrar el bufete, y dió el noble ejemplo de quedarse sin el suyo, privándose de pingües ganancias. Y no volvió á ejercer la abogacía hasta que se retiró definitivamente de la política.

Silvela dijo que debía separarse la carrera administrativa de la política y concluir con este desastroso sistema de que para escalar elevados puestos no basten largos años de inteligente laboriosidad y sea preciso proveerse antes de un acta de diputado. Es verdaderamente peregrino que sean *técnicas* las Direcciones generales de Contribuciones y de la Deuda, por ejemplo, y no lo sean las de Obras públicas y del Instituto Geográfico y Estadístico.

Silvela, en fin, iba resueltamente á la descentralización para concluir con este expedienteo que somete hasta en las cosas más insignificantes á las oficinas de Madrid todo lo de provincias. Como que, v. gr., un gobernador no puede nombrar ni á un modesto agente de policía.

Ya en el año de 1885 pronunció Silvela, al dar una conferencia en el Ateneo de Madrid, las siguientes memorables palabras: «Me siento muy inclinado á hacer algún día un curso en este sentido, con la idea de ver si podría llegar á producirse en el país un movimiento, una corriente de opinión, algo que se pareciera así á un partido, pero no para ahora, porque para ahora ya sé que sería totalmente imposible; no me forjo la ilusión de que nadie se sienta con fuerzas para tamaña empresa sino para un porvenir muy remoto, que tuviera por aspiración ó por bandera estos ó análogos principios, que yo me atrevería á resumir, si me dispensáis la crudeza de la expresión, en este sencillísimo lema: «Limpiar á la Administración pública de reglamentos y á la política de caballeros de industria».

Consecuente en su noble propósito, realizaba después aquella brillante campaña, en la que proclamó valientemente la necesidad de la selección en política...

¿Que no triunfó por completo?

Indudable; pero es imposible que un hombre solo pueda llevar á cima empresa de tal magnitud, y más en un país como este decadente nuestro, que estaba y está *sin pulso*, para emplear la misma frase que empleó en su famoso artículo de *El Tiempo* el malogrado estadista.

El ilustre sociólogo D. Eduardo Sanz Escartín, secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, leyó, hace poco más de un año, ante la docta corporación, una notable necrología de Silvela, en la cual, después de hablar de la familia de éste, traza una reseña biográfica del mismo y luego le considera como hombre político, literato, historiador, jurisconsulto y moralista. Imposible dar idea en breves líneas del excelente trabajo de Sanz Escartín, por lo que me ceñiré á entresacar algunos párrafos de aquel estudio.

«Durante muchos años la política de Silvela—escribe su biógrafo—pudo condensarse en una palabra: moralidad. Y de la energía de su propósito y de la constancia de su acción testifican los hechos: su ruptura con Cánovas del Castillo; su apartamiento del turno del Poder; su voz serena y acusadora

en el Parlamento; su gestión ejemplar é inmaculada de los intereses públicos.

»Los destinos públicos, los puestos políticos—decía en 1888 al discutirse el mensaje de la Corona—no son derechos individuales, no son propiedades adquiridas que necesitan la forma de un proceso para desposeer á nadie de ellas, no; es preciso, pues, que cuando un gobernador ha quebrantado su prestigio y ha lastimado su crédito en una provincia, allá en el extremo de la Península, no se limite á enviarle al otro extremo; es preciso que cuando un hombre, pasando por altos destinos públicos, no ha dejado en ellos el recuerdo y la reputación que fuera de desear, aun cuando toque muy de cerca á vuestras amistades, á vuestros afectos y á vuestras tertulias, le separéis de vuestro lado despiadadamente, y cuando esto hayáis hecho, podréis alcanzar la confianza de la opinión, podréis estar tranquilos, aunque no alcancéis los resultados apetecidos...»

Y en 30 de Julio del mismo año, ante numerosas comisiones del partido liberal conservador de Málaga, decía textualmente: «Antes se recordaban algunos escarmientos elevados; se concedían autorizaciones para procesar á próceres y diputados; quebraba un Banco, é iba á presidio Fagoaga; se seguían causas contra directores, se castigaba con últimas penas á generales; ahora, las grandes catástrofes financieras no llevan tras sí sino sobreseimientos; los grandes criminales que no pertenezcan á las clases humildes de la sociedad tienen seguro indulto; la idea de que se puede conceder una autorización para procesar á un diputado se ha borrado hasta de la imaginación de las gentes.»

Recuerda Sanz Escartín lo que escribió Silvela en el *Bosquejo histórico* que publicó como introducción á las Cartas de la Venerable Sor María de Agreda, cuando copia aquel memorable juicio que el ministro veneciano Basadone dirige al Senado en 1653, tras cinco años de residencia en nuestro suelo: «*No hay en el mundo—escribe el experimentado diplomático—nación más desconocedora del buen gobierno*».

Han pasado dos siglos y medio y esta dolorosa afirmación sigue siendo de indiscutible actualidad.

Señala Silvela con gran valentía las causas de nuestra decadencia y dice á este propósito: «Entre mil ejemplos que pudieran citarse para confirmar esa desgracia nuestra, elegiremos uno que nos parece elocuente: mientras Francia lleva á cabo la grande obra de su canal de Languedoc, y crea sus arsenales y sus industrias de encajes y tejidos y sus compañías de las Indias, en España una Junta nombrada para el estudio de la canalización del Tajo y del Manzanares desaprobaba el proyecto, fundándose en que «si Dios hubiera deseado que ambos ríos fueran navegables, con un solo *fiat* lo hubiera realizado, y sería atentatorio á los derechos de la Providencia mejorar lo que ella por motivos inescrutables había querido que quedase imperfecto».

Y al estudiar la decadencia de España en los tres últimos siglos escribe Silvela: «La verdadera culpa estuvo en el abandono de toda idea razonable de gobierno, desde la muerte de la Reina Católica y del Cardenal Cisneros en adelante; y como en este estudio no hacemos alusión sino á sucesos y hombres de siglos pasados, podemos afirmar, sin duda ni molestia para nadie, que la mayor de las pobreza sufridas por España ha sido la pobreza de administradores y gobernantes». Continúa con estos párrafos, que son testimonio de la clarividencia de su insigne autor: «Estos sucesos y otras muchas enseñanzas de nuestro pasado, imparcialmente estudiados, ponen en su punto una amarga verdad: se calumnia sin fundamento alguno al pueblo español cuando, al contemplar sus quebrantos en cuanto atañe á su gobernación y régimen político, se le califica á menudo de país ingobernable; pocos hay más fáciles para la disciplina, más blandos al mandato, más indulgentes, y aun benévolo, para quien los rige con honradez y buena intención, siquiera se engañe y resulte deficiente ó desdichado en su mando; las masas gobernadas son de suyo buenas, y aun me adelanto á tenerlas por excelentes; la dificultad no ha estado nunca en gobernar á los españoles; lo arriesgado y difícil por todo extremo ha sido siempre gobernar y administrar con españoles».



Pocas personas saben que Silvela semanas antes de morir entregó á un íntimo amigo suyo, sabio catedrático de la Universidad Central, dos gruesos tomos de *Efemérides*, en los que desde el año 1882 había ido escribiendo, día por día, lo más notable de los hechos en que intervino ó de que tuvo noticia.

En aquellas páginas de letra menuda y compacta está escrita la verdadera historia de un cuarto de siglo de España; por allí desfilan los principales hombres políticos, con sus pequeñeces y sus verdaderos caracteres; allí se habla de los sucesos de las Carolinas, de las crisis, del concepto que le merecían nuestros gobernantes...

Lástima grande que Silvela haya prohibido que se publiquen sus *Efemérides*, que son un modelo de sinceridad y una prueba de sus dotes de fino observador.

Silvela fué uno de los hombres mejor intencionados de España. Al sepulcro se ha llevado secretos que conveniría conocer para desenmascarar á muchos farsantes que, aparentando sacrificarse por su país, no hicieron otra cosa que explotarle. Leyendo las repetidas *Efemérides* se agiganta la figura de aquel patricio que acometió la ardua empresa de regenerar las costumbres políticas de este desventurado país, donde perduran tantos males, nacidos de la ignorancia y del miserable egoísmo.

R. ALVAREZ SEREIX.

EL IMPERIO DEL TRUST

Tienen fama los Estados Unidos de ser la nación por excelencia donde los trust alcanzan su apogeo; pero no es menos cierto que en España, país de la apatía por esencia y potencia, es donde cardan la lana en cuanto á la aplicación de lo que la palabra trust significa, aunque oficialmente haya pocas agrupaciones que ostenten ese nombre.

Todos saben que existen la Arrendataria de tabacos, la de cerillas, las de explosivos y algunas otras que, con menos aparato que éstas, hacen pingües negocios; hay la Unión papelera, la Asociación de fabricantes de azúcar, la Sociedad editorial de España y otras que no enumeramos porque no es nuestro propósito hacer la estadística de las agrupaciones que en beneficio propio, aunque con perjuicio ajeno, funcionan en paz y gracia de Dios, con gran satisfacción de las autoridades, como las arrendatarias de consumos y las del cobro de cédulas personales y otros impuestos, porque empieza el Gobierno por monopolizar el juego, cobrando puerta, como se dice en el argot de puntos y banqueros.

En cada esquina, á cada paso, en cada momento se estrellan la iniciativa y el buen deseo de los que incesantemente creen que pueden por sí y ante sí lograr algo teniendo condiciones para conseguirlo, porque tropiezan con insuperables obstáculos puestos por innumerables trust de cuya existencia no se da cuenta más que el que de manos á boca se halla con dificultades que no podía ni soñar, á no ser por las agrupaciones más ó menos visibles que todo lo acaparan, constituyendo algo parecido á la masonería, antes en moda.

En el orden intelectual se halla desde luego marcada la influencia de dos trust poderosos: el formado por la Institución

Libre de Enseñanza y sus diferentes ramificaciones y el de la agrupación opuesta, que sin nombre oficial, pero con gran fuerza oficial, trabaja por restarles prestigio y favorecer á capa y bonete á sus afiliados; unos y otros protegen con verdadero fervor á sus adeptos, y los que oportunamente no conocieron los beneficios que se obtienen figurando en cualquiera de esas agrupaciones, son hombres al agua y su perdición es segura, porque sólo en una ú otra parte hubieran aprendido á saber nadar y guardar la ropa.

El que quiera figurar algo, que se hable de él, que se le conozca siquiera, es inútil que lo intente si no está inscrito en alguna de las Asociaciones de bombos mutuos que con tanto éxito funcionan, y cuyos nombres no citaré porque no es mi intención que esto les sirva de reclamo; pero aquí, donde todos los que no son otra cosa y muchos que lo son además se creen periodistas, literatos, etc., etc., aunque escriban más que el Tostado y mejor que *Figaro*, no hallarán un periódico ó revista, por insignificante que sea, donde les publiquen sus escritos, si no son, por lo menos, amigos de alguno de los que componen la redacción respectiva.

Los que escriben para el teatro con la misma facilidad que para la familia, así se les ocurra presentar al director de escena de cualquier coliseo una obra del propio Lope de Vega ó de Echegaray, cambiándole el título y la firma del autor, les dirán que aquello no vale nada, que no sirve, y será inútil cuanto hagan como no lleven el *regium execuatur* de la Sociedad de Autores, con el cual, si le obtienen, pueden impunemente copiar á Comella ó á Carulla, en la seguridad de que verán la obra en los carteles con la consabida coletilla de *original y extraordinariamente aplaudida* desde el día siguiente al de su estreno, que no se hará esperar, porque las órdenes de ese trust las empresas las acatan y el público las paga sin protestas de ninguna clase.

El que se limite á buscar un destino con la pretensión de comer por cuenta del presupuesto del Estado, la Provincia ó el Municipio ó sólo del de una Sociedad particular, cosa á la que creen tener derecho casi todos los españoles y muchos extranjeros, por pequeña que sea su aspiración, aunque se

contente sólo con una plaza de interino ó de temporero, ó á mucho tirar de oficial de la clase de quintos, como espere lograrlo confiado en que las disposiciones vigentes le dan derecho á ello por reunir tal ó cual título ó condición, pierde lastimosamente el tiempo, porque para la provisión de todos los cargos hay que acudir al trust de la influencia, que tiene tantas ramificaciones cuantos son los personajes que se consideran con alguna influencia política, y conviene no olvidar que éstos tampoco se pueden utilizar para el logro de nada que sea positivo en tanto que sus parientes directos, colaterales y por afinidad y los que aspiren á serlo no estén disfrutando de todas las ventajas que pueda proporcionarles el político á quien se piense acudir para aprovechar la influencia que en el trust le corresponda.

Podía indicar otros muchos casos y cosas que probarían que España es la nación donde la actividad individual está muerta, donde para nada sirve el trabajo personal y se esteriliza todo esfuerzo aislado ante la enorme presión de agrupaciones de todos los órdenes que asfixian la iniciativa particular; pero con lo expuesto basta para afirmar que aquí es donde el imperio del trust ha alcanzado vida más próspera y floreciente que en parte alguna del mundo.

GABRIEL M.^a VERGARA.

MINISTERIO
DE CULTURA



EL P. ALFONSO CARRILLO ⁽¹⁾

(1553-1618)

La Sección primera de la Academia de Ciencias de Hungría publicó hace ya muchos años, bajo ese título colectivo, los documentos respectivos á la historia de este país. En el presente tomo salen á luz 584 cartas; entre ellas, 400 escritas por un jesuíta español llamado Alfonso Carrillo, quien pasó los años 1591-1606 al servicio de Segismundo Báthory, príncipe de Transilvania, en calidad de confesor y mediador diplomático entre la corte imperial de Rodolfo II, la Santa Sede y Felipe II y III de España. Siendo el Padre natural de Castilla, y habiendo desempeñado misiones diplomáticas muy importantes, claro es que su vida activa ha de interesar no sólo á los húngaros, sino también á los españoles.

El primer historiador húngaro que publicó un ensayo más largo sobre la actividad diplomática de este Padre fué Alejandro Szilágyi en el año de 1877. Este contiene 151 páginas; entre ellas, ocupan unas 90 las correspondencias del Padre. El Catedrático Dr. Andrés Veress, á cuya diligencia singular se debe la publicación casi completa de estas correspondencias, empleó unos cinco años en coleccionarlas. ¡Con qué amor y entusiasmo se dedicó aquel sabio catedrático húngaro á su obra! Basta consignar que los documentos provienen de unos 32 archivos sitos en 19 ciudades, siendo la principal fuente el Archivo secreto del Vaticano, cuya sección «Particolari» guarda la mayor parte de las cartas del mismo Padre.

No pudiendo acudir en persona á España, el coleccionis-

(1) *Monumenta Hungariae Historica*. — Epistolae et acta P. Alfonsi Carrilli S. S. (1591-1618). Tomo 32. Publicación de la Academia de Ciencias de Hungría. Budapest. 1906. — En 4.^o, 739 páginas.

ta se dirigió á D. Juan Paz, Director del Archivo de Simancas, quién aumentó con 30 documentos su colección. Por la mediación de D. J. Eugenio de Uriarte recibió también algunas cartas de dos archivos de Madrid.

En Hungría trataron en sus obras respectivas de la actividad del Padre no sólo los historiadores, sino también los novelistas á saber: el barón Miguel Jósika en la novela de *Abafi* y Segismundo Kemény en la de *Pablo Gyulai*.

En España apenas se conoce el nombre de este ilustre varón. No será, pues, inútil la empresa de trazar, aunque sólo sea á grandes rasgos, su vida, tan importante en los últimos años del siglo XVI y al principio del siguiente, según la expone el mismo autor en la introducción de su obra, escrita en idioma húngaro. El prólogo nos da cuenta de su manera de coleccionar sus cartas, así como del uso de su libro.

En el año de 1588 fué elegido Príncipe de Transilvania Segismundo Báthory, contando entonces no más de diez y seis años, bajo la condición de no tolerar á los Padres de la Sociedad de Jesús en el principado, por ser éstos los más fervientes defensores y propagandistas de la Religión católica contra el Protestantismo. Pero el joven príncipe, educado en la fe católica, sintió remordimientos en su alma por este hecho, admitido contra su voluntad y, arrepintiéndose de ello después de haber sido absuelto por la Santa Sede, revocó de nuevo la orden de extradición de los Padres mencionados. A esto se debe la venida del erudito Padre Alfonso al principado en la primavera del año 1591, enviado allá de Viena, en donde se encontraba.

Nació en 1553, en Alcalá de Henares, de una familia noble, siendo su padre catedrático de Derecho canónico en la Universidad. Después de haber acabado sus estudios en Toledo, Caravaca y Roma, y de haber adquirido los títulos de doctor en Teología y lector de Filosofía, fué enviado de París á Viena en el año 1589, para ayudar en el gobierno de su provincia al padre provincial Bartolomé Viller. Gracias á la recomendación de éste al Rmo. P. General Aquaviva en Roma, fué enviado á la corte del príncipe Segismundo de Transilvania, á donde llegó el 6 de Abril de 1591. En poco tiempo

ganóse la confianza del príncipe, de tal manera que le fué posible correr en compañía de su señor toda la Transilvania, estudiando ambos los asuntos religiosos de este país. A pesar de estar prohibido rigurosamente á los Padres que se mezclasen en asuntos políticos, no por su voluntad, sino por la del príncipe, desempeñaba tales cargos políticos. Verdad es que él, siendo un celoso religioso y entusiasta de su fe, había tratado de establecer alianza entre el príncipe Segismundo, el rey de Polonia, los príncipes de Moldavia y Valaquia y los cristianos servios y búlgaros contra la prepotencia de los turcos, asegurando á su señor que la Santa Sede no dejaría de ayudarle en tan noble empresa, principalmente cuando el Nuncio del Papa Clemente VIII, se presentó allí y dió mayor fuerza á los intentos de catolizar más fácilmente el principado, que era en la mayor parte protestante.

Para conseguir la ayuda del Papa Clemente VIII, envió al Padre en el mes de Septiembre de 1593 á Roma y al principio de 1594 á la corte del emperador Rodolfo, en el caso de que el Sultán se decidiese á enviar su ejército á Transilvania con el fin de castigar al príncipe rebelde. El contrato se realizó también entre el emperador y el príncipe, y á pesar del pensamiento secreto de Rodolfo, de apoderarse del independiente principado, no se realizó esta usurpación. Pero del dicho al hecho hubo gran trecho. Á Rodolfo, como siempre, le faltaban los medios necesarios para iniciar la guerra según lo exigía el contrato. Había entonces un partido en Transilvania que desaprobaba la intención política del príncipe, temiendo la fuerza y la venganza del turco. El príncipe, no obstante esa circunstancia, aceptó las condiciones de Rodolfo, mandando matar á los jefes del dicho partido en las cortes de Clausemburgo (Holozovár), entre los cuales estaba su tío Baltasar. Unos historiadores y el mismo Andrés Báthory, otro tío del príncipe, atribuyeron esa crueldad al influjo del Padre Carrillo, á pesar de encontrarse éste entonces lejos del lugar del hecho, á saber: en el viaje á Regensburgo, para persuadir á los diputados de la Asamblea Imperial á prestar ayuda al príncipe contra la venidera invasión turca. Al fin se firmó ese contrato entre el emperador y el príncipe, gracias

á los esfuerzos del Padre, á 18 Enero de 1595, por 15 personajes, entre los cuales, el primero fué César Speciano, el delegado de la Santa Sede, y el último, el modesto Padre.

Para que el contrato tuviere más fuerza, ocurrióseles al Padre y á sus catorce compañeros conseguir el permiso para el matrimonio entre el príncipe y la archiduquesa María Cristina, sobrina del emperador.

Este casamiento político se verificó y dió como consecuencia la derrota de los turcos; de tal manera, que en aquellos tiempos no se hablaba de otro hecho, salvo esta victoria del príncipe. Ufano de este éxito favorable, quiso Segismundo presentarse en persona al emperador, llevando consigo al Padre y enviándole juntamente á Roma y á Felipe II, para pedir medios con que continuar la guerra, empezada con tan buenos auspicios.

Ambas misiones diplomáticas produjeron el resultado deseado. Felipe II, á pesar de encontrarse enfermo, le dió una carta para sacar 80.000 escudos á cuenta suya de la casa de banca de los Fúcares (Fugger), residentes entonces en Venecia, con el fin de continuar la guerra. Con esta enorme suma, llegó el 15 de Septiembre de 1596 á Alba Julia (Gyula-Feérvár) en Transilvania, entregándola al mismo príncipe, á quien halló muy afligido, pues su esposa deseaba divorciarse.

Apenas descansó el Padre un día. El príncipe le mandó para tratar del asunto del divorcio á Praga y á Graz (Stiria), de donde regresó en la Nochebuena para explicar á su señor las dificultades de su plan. Segismundo no quedó satisfecho de la misión del Padre, y envióle al principio del año siguiente á Praga para anunciar al emperador su venida junto con el propósito de abdicar el principado. El emperador, advertido de la derrota de las tropas cristianas en Hungría, le aconsejó que se quedase tranquilo en Transilvania. El príncipe había cedido al fin al consejo del emperador, bajo la condición de que su esposa se fuese con sus padres, residentes en Graz. En este tiempo fué nombrado duque del imperio, recibiendo juntamente la orden del Toisón, gracias á los esfuerzos del padre Carrillo. Pero ni

las nuevas distinciones, ni los 40.000 escudos recibidos del Papa mediante la nueva intervención del Padre, bastaban para alterar la intención de la abdicación del príncipe, tan constante en su inconstancia. Al fin, mediante el Padre, el emperador aceptó la abdicación de Segismundo bajo la condición de indemnizarlo con dominios austriacos de valor correspondiente. Cumpliendo lo mejor posible con su cargo y abrigando ya en su pecho el deseo de trabajar en pro de su Orden y la Iglesia, quiso despedirse del servicio de su príncipe. Este lo llevó consigo al nuevo dominio de Oppelu (Opolia), en Silesia, en donde vióse engañado por el emperador, pues este viejo castillo y estos nuevos dominios valían menos que la Transilvania; deseó vengarse del emperador y regresar á su principado. Aumentaba aún su enojo el hecho de que el prometido capelo cardenalicio no le fué aún remitido; tampoco llegó la anulación de su casamiento. El Padre regresó de Praga y se despidió del príncipe para volver á Graz. Al día siguiente, el príncipe engañado salió á caballo de Oppelu y llegando á Clausenburgo, tomó posesión del principado. El Padre, advertido de este nuevo cambio político de su señor, quiso presentarse al Padre Santo para pedir que protegiese á Segismundo.

Encontrando al Papa en Ferrara, fué enviado por éste de nuevo al príncipe con el consejo de guardar el contrato imperial y vivir tranquilamente con su esposa. El Padre volvió á ver á su señor el 4 de Noviembre, pero su antiguo influjo con el príncipe, si no completamente nulo, era mucho más débil. Este quiso vengarse del engaño del emperador proclamando á Andrés, su tío, sucesor en el principado en las cortes de Medgyes, después de haber enviado al Padre el día anterior á Alba Julia, de donde se dirigió en compañía de la esposa repudiada del príncipe á Graz, y de allí á Praga, llamado por el emperador, á donde llegó á mediados de Mayo, y vuélvese á Roma para conseguir el divorcio de este matrimonio, autorizado ya por el emperador. El Papa consintió al fin en el divorcio, encargando al Padre que llevara el decreto á la corte archiducal de Graz.

Después de haber correspondido á los deseos de su señor

y á su misión, pensó en dedicarse por completo á su carrera de religioso.

El provincial de Viena le mandó aceptar el cargo de rector del colegio de Vág-Sellye, en Alta-Hungría, en donde no pasó más de un año, porque en 1600 fué elegido provincial de Austria y se trasladó á Viena, gobernando y visitando no sólo las provincias de Austria, sino también los colegios de Hungría y Transilvania.

En el año 1606 emprendió una nueva misión en el asunto del emperador al rey de España, atravesando en este viaje Francia. Á pesar de su conducta muy acertada, no consiguió más sino que el rey de España, prometiera pagar los gastos de los dos regimientos españoles existentes entonces en Hungría y enviar 2.000 infantes para combatir la insurrección de Bocskay.

En su viaje de vuelta se presentó al Papa Pablo V. Habiendo vuelto á su residencia de Viena, recibió la noticia de que unos Reverendos Padres en Bohemia habían escrito un memorial contra el emperador Rodolfo, por lo que fué acusado de cumplir negligentemente sus oficios, lo que le causó disgusto, tanto que no tardó en dimitir su cargo, rogando al mismo tiempo al Padre general que le diese otro empleo. El Capítulo general de 7 de Marzo de 1608 aceptó su renuncia, enviándolo á su ciudad natal para dirigir los asuntos del Colegio de Alcalá.

El Padre Carrillo, viajando casi continuamente de Transilvania á Madrid y de Praga á Roma, cumpliendo siempre misiones importantes, debió sentirse muy satisfecho, al cambiar la vida diplomática, tan azarosa, con la apacible de regir un colegio en su patria. Sus estudios científicos prestáronle consuelo, como en los tiempos más felices, cuando fué catedrático en París, pues compuso dos obras teológicas precedidas de un prólogo del sabio Padre Gabriel Vázquez. Sus amigos antiguos no le habían olvidado, dirigiéndole de tiempo en tiempo cartas y súplicas en su amena soledad. Entre aquéllos se encontraba el mismo Matías, el nuevo emperador, suplicándole que disipase mediante su autoridad las falsas noticias propagadas de él en la corte real de España. Con-

testó también á la de su antiguo señor, disuadiéndole cariñosamente de su propósito de acudir á Madrid para acusar á Rodolfo de no haber mantenido honradamente las promesas dadas en el año de 1602 al príncipe, cuando éste recibió los pobres dominios de Oppelu en cambio de su vasto principado. Testimonio de su gratitud profunda y singular cariño hacia su señor Segismundo, preso en Hü, fué cuando éste, privado de sus bienes de Praga y encarcelado en la fortaleza de esta ciudad, suplicó el P. Carrillo que influyese en la corte de Madrid, para conseguir una renta anual de ésta, lo que logró después de los esfuerzos de dos años en la misma corte. En este tiempo ya no era rector, sino provincial de Toledo; en el cual cargo pasó unos seis años, hasta el 26 de Enero del 1616, que fué elegido Asistente general de Roma para las provincias de España. Había de dejar de nuevo á su patria, y esta vez para siempre. Desde Roma, atormentado por la gota, iba á buscar alivio á los baños calientes de Siena, donde murió en una humilde celda del Colegio de su Orden, á la edad de sesenta y cinco años.

Sus hechos no están grabados en piedra, porque el jesuíta cumple sin vanagloria con su deber, por lo que no desea recompensa sino de Dios solo.

Pero su memoria está anotada por la historia; los hechos de su vida trabajosa se conservan en sus cartas y relaciones oficiales, dictadas con una sencillez admirable; la nobleza de su corazón se manifiesta en sus anotaciones. Profesaba singular interés hacia nuestra patria, cuando ya estaba apartado de ella hace diez años; recordaba con singular cariño nuestro país, donde adquirió renombre y gloria y donde tocóle en suerte de servir más largamente, como dice el Dr. Veress en la traducción de esta su obra (p. XLVIII).

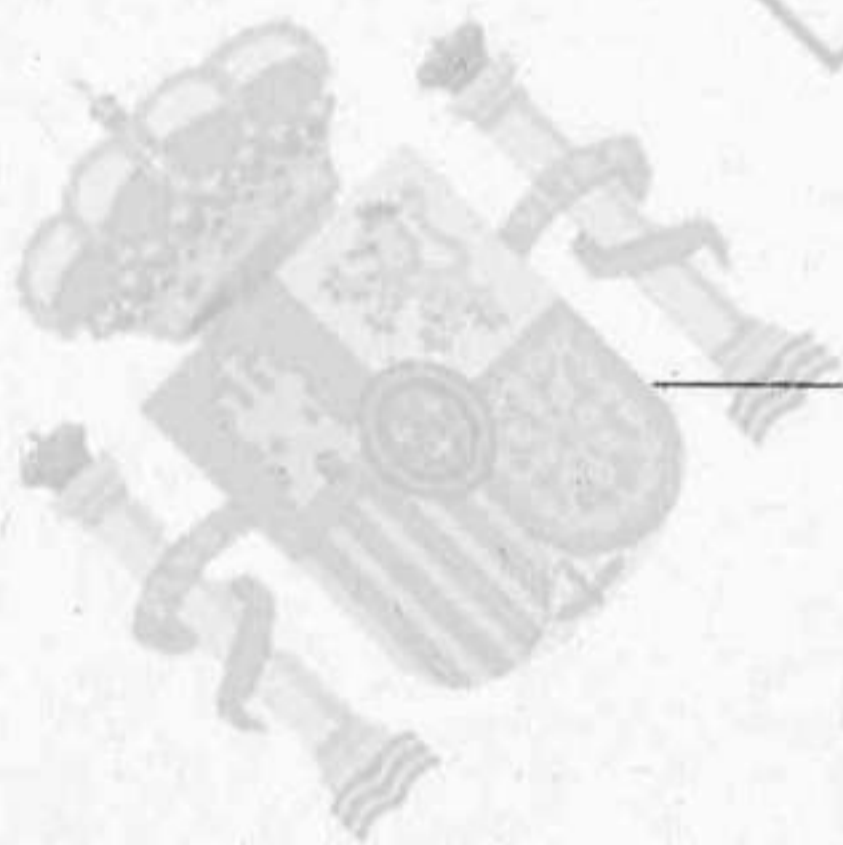
Las cualidades más eminentes de su carácter eran las siguientes: piedad, modestia, celo y afán riguroso de cumplir sus deberes. Queriéndole premiar una vez en 1597 su señor, le ofreció el obispado de Transilvania; pero el discreto Padre rechazó esta distinción, rogando al Padre general de Roma interviniese para que se nombrase á otro.

Tal fué la carrera de este varón, como se nos manifiesta

en las cartas y relaciones coleccionadas en este tomo. El historiador que escribió la *vida de la Reina Isabel de Hungría*, era á mi parecer el más competente para condensar en un estudio propio la actividad diplomática de este esclarecido hijo de España, cuya alma noble se le debió de revelar tantas veces en la tarea de coleccionar, leer y arreglar su correspondencia.

ALBINO KÖRÖSI,
Escolapio.

Budapest Febrero de 1907.



MINISTERIO
DE CULTURA

LOS INSECTOS ^(I)

Coleópteros.—Numerosas son también las especies de *coleópteros* que tenemos en España, y muchas de ellas las encontramos con grandísima frecuencia. Debajo de las piedras los hallamos y por esto se aconseja registrar las que existen en las orillas de los caminos, en los muelles, en los bosques y en los montes, siempre que manifiesten el no ha-



Fig. 38.—*Carabus purpurascens*, F.

ber sido movidas en mucho tiempo y cuyos bordes no se encuentren aplicados sobre el suelo, pues al dejar entre ellas y el terreno algunos huecos indica que por ellos pueden salir y entrar dichos animales para esconderse debajo. Y la recolección de que nos estamos ocupando puede hacerse en todas las estaciones del año, porque debajo de las referidas piedras encuentran estos seres refugios seguros contra las intemperies ó los malos temporales. En estas condiciones

(I) Véase la pág. 317 del tomo anterior.

encontraremos á los voluminosos *Carabus*, armados de mandíbulas dispuestas en pinzas poderosas y aceradas; *C. purpurascens*, F. (fig. 38), y *C. violaceus*, L. Los comunísimos *Nebrias*, de largas patas, con las que corren con vivacidad; *Nebria complanata*, L. Los interesantísimos *Brachinus* (fig. 39), que cuando se levantan las piedras de los lu-



Fig. 39.—*Brachinus diplosor*, L. Duf.

gares húmedos que los contienen, lanzan por la parte posterior de su cuerpo, produciendo una pequeña detonación, un humo amarillo corrosivo; *B. bombardá* Dej. (fig. 40), *B.*

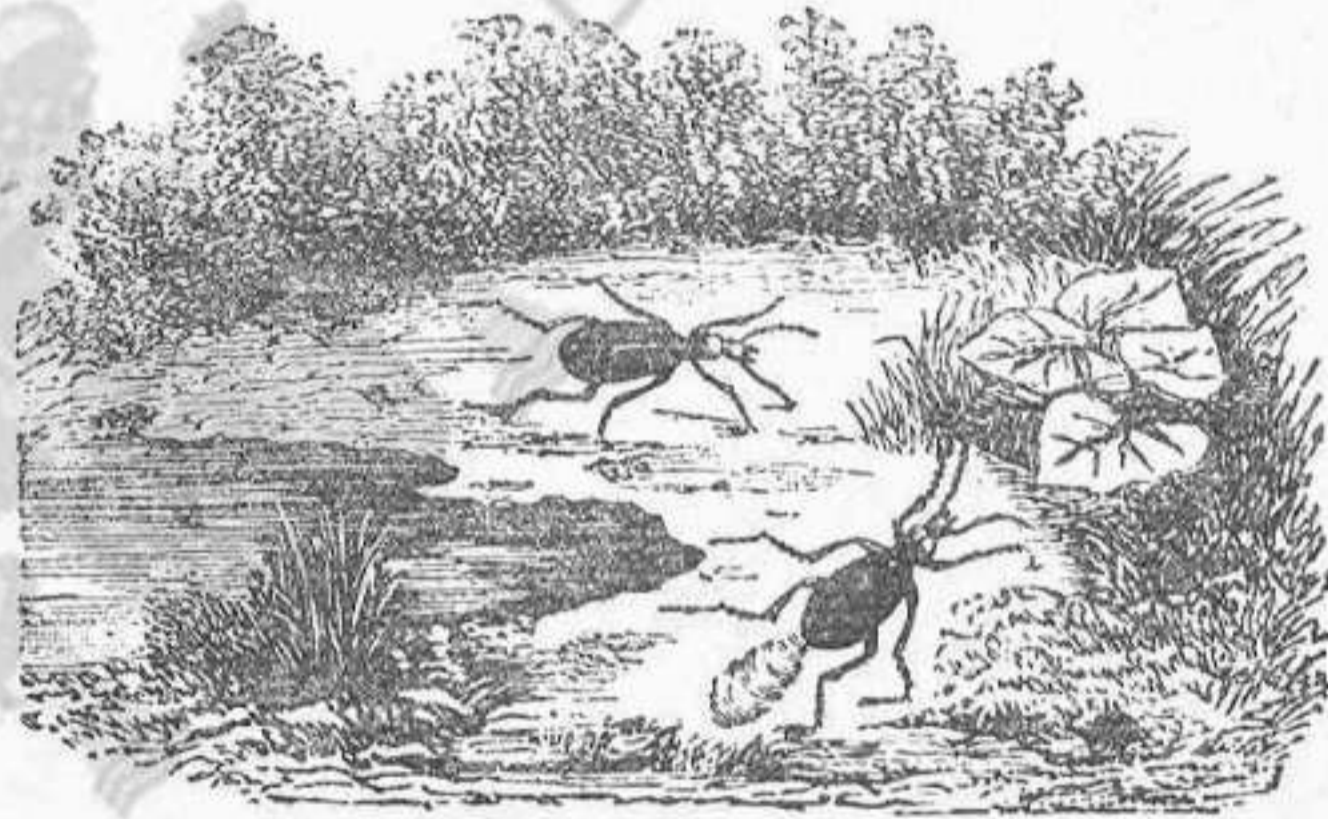


Fig. 40.—*Brachinus bombardá*, Dej.

crepitans, L., y *B. sclopeta*, Fab. Los abundantes y numerosos en especies *Harpalus*, negros y bronceados.

Los curiosos *Braquelitros* ó *Estafilinos*, de cuerpo largo y abdomen libre, porque apenas le cubren sus cortos élitros: *Staphylinus fossor*, Scop. Los luminosos *Lampyris* ó *gusanos de luz*, cuyos machos vuelan de noche y las hembras se es-

conden bajo las piedras durante el día: *L. mauritanica*, L., y *L. noctiluca*, L. (fig. 41).

En las boñigas ó excrementos de los rumiantes, caballos y hasta humanos, pueden recogerse numerosos *insectos*,

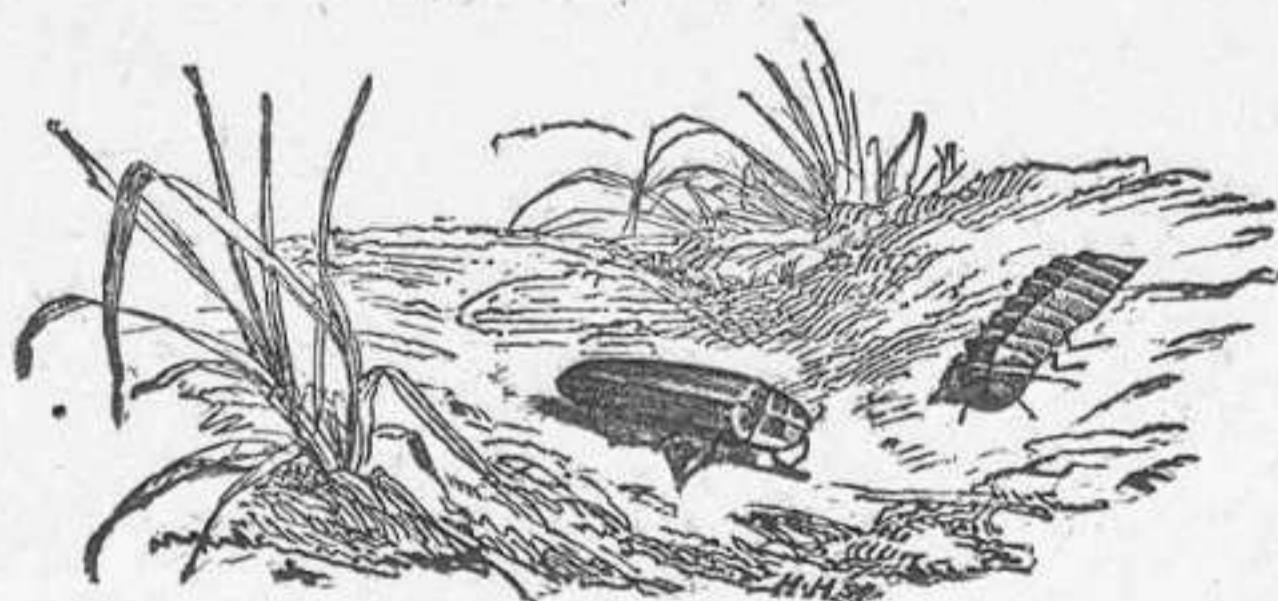


Fig. 41.—*Lampyris noctiluca*, L.: macho y hembra.

siempre que dichas deyecciones hayan permanecido algún tiempo en el campo, formando esa costra característica que tiene la consistencia de cartón blando; el *Hister major*, L., y otras especies más de España pueden así observarse todo el año. Los gruesos *Geotrúpes*, como el *G. typhæus*, L. (fig. 42), y el *G. stercorarius*, L. (fig. 43).

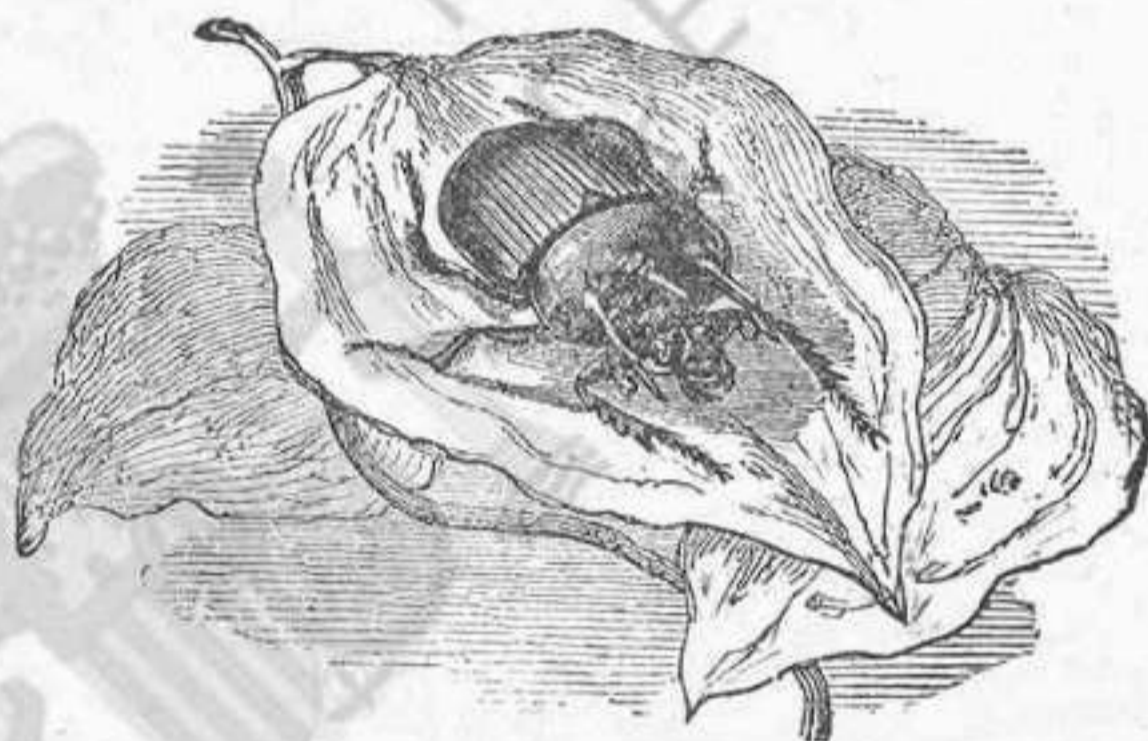


Fig. 42.—*Minotaurus typhæus* (L.), ó Geotrúpedo.

En los prados pueden cazarse *coleópteros* con gran facilidad y sin examinar hierba á hierba todas las especies vegetales de los mismos, bastando solamente con hacer pasar la manga que se usa para recogerlos hábilmente y como maneja la guadaña un guadañador. De este modo se recogen los *Elater*, alargados y terminados en punta, y que cuando se dejan caer sobre el dorso parecen como muertos, pero luego se levantan nuevamente y saltan, causándonos sorpresa (fig. 44). *E. san-*

guineus, L., de los prados inmediatos á las aguas. Los llamados en el extranjero *monjes*, *Telephorus*, comunes y conocidos por sus élitros blandos, vuelo fácil y larvas terrestres que devoran las orugas y gusanos de tierra. *T. obscurus*, L., y *T. bicolor*, Panz., comunes sobre las flores. Los *Drilus*, como

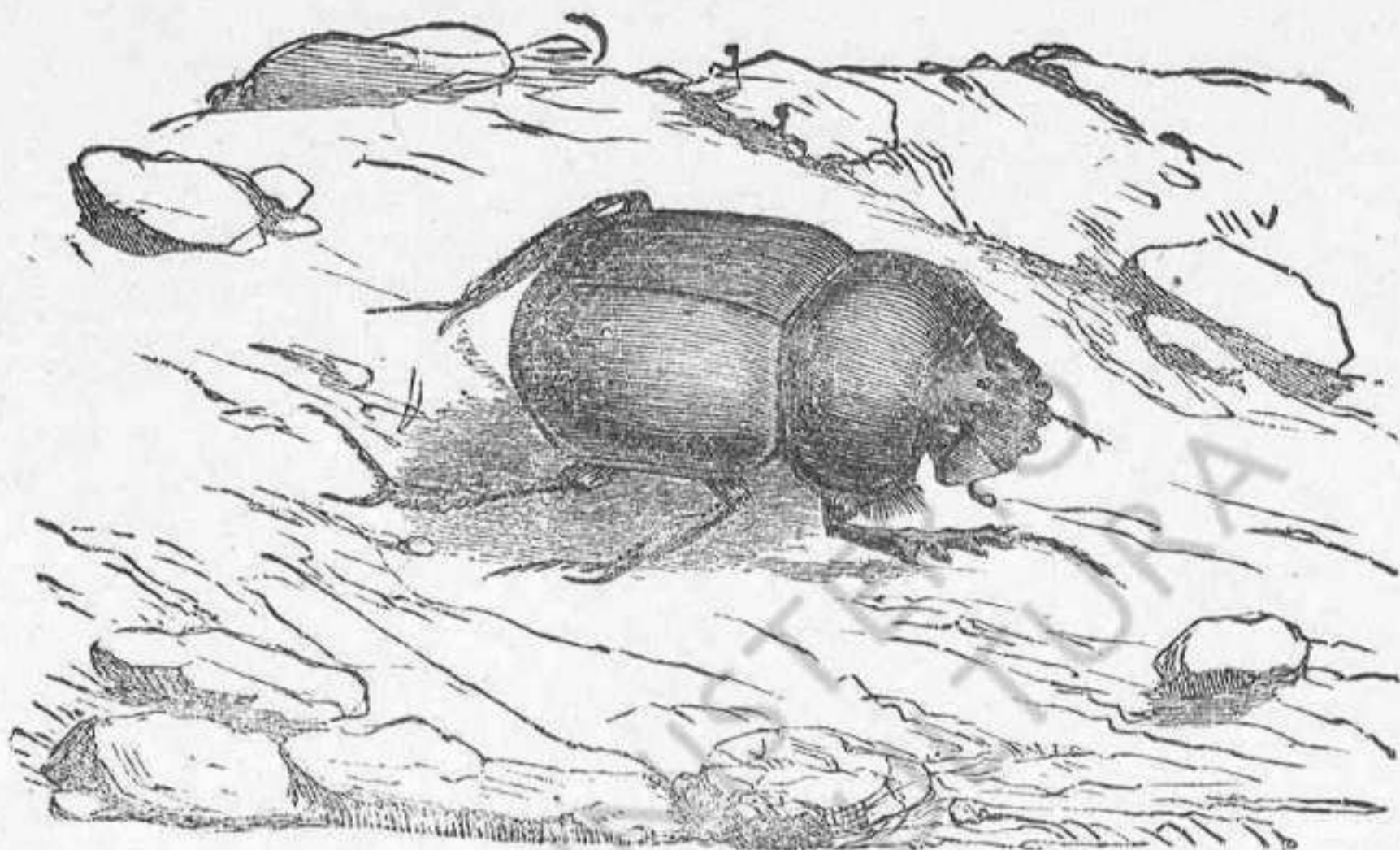


Fig. 43.—*Scarabæus sacer*, L. Como ejemplo de *Escarabeidos*.

el *flavescens*, Fab., tan notable por sus antenas arborescentes, hembras vermiformes sin élitros y terrestres, en tanto que los machos se ven con frecuencia sobre los *Carduus*. Los hermosos *Clerus*, finamente pubescentes, de magnífico rojo con bandas azuladas pizarrosas, y cazadores de otros *insectos* pe-



Fig. 44.—*Elater quadriginnatus* (G. y Ll.). Como ejemplo de *Elatéridos*.

queños, *C. formicarius*, L. Los pequeños y comunes *Meligethes*, abundantes sobre las flores, particularmente de las crucíferas, y de los cuales podríamos citar varias especies en España: *M. pedicularius*, Gylli., y *M. flavipes*, Sturm. Los azulados metálicos *Edemera*, de élitros estrechos y como contraídos, encorvados y gruesos muslos de las patas poste-

riores, que frecuentan las flores. *Æ. podagrariæ*, L., y *Æ. cærulea*, L. y otros. Los numerosísimos y pequeños *apiones*, *Apion*, de marcha lenta y que no hay prado donde no se puedan recolectar muchos; *A. radiolus*, Kirb., y *A. malvæ*, Fab., etc. Los *Polydrossus*, de brillantes colores verdes, *P. planifrons*, Gyllh., de las ramas de los árboles y arbustos, y

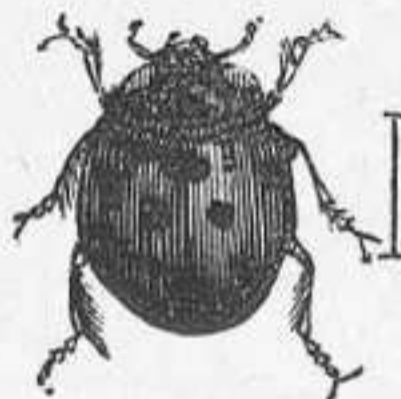


Fig. 45.—*Coccinella septempunctata* (L.). Como ejemplo de *Coccinélidos*.

otros muchos que podrían citarse. Los *Centrorrhynchus*, que viven sobre las *ortigas*, de los que tenemos varias especies. También el *Clythra*, con el cuerpo macizo, colores distintos en bandas y puntos negros. Los *Cryptócephalus*, que apareren como muertos cuando se les trata de coger, y se distinguen además por sus tintas verdes metálicas; de estos tenemos igualmente en España muchas especies. Las *crisomelas*, *Chrysomela*, de vientre plano y dorso bombeado, como la *C. banksi*, F., común y abundante en la *menta*, y la *C. ce-*



Fig. 46.—*Platyrhinus latirostris*, Fbr.

thiops, Ol., sobre el *tomillo* y el *romero*, y otras más sobre las plantas bajas. Diversas especies de *Haltica*, en las hierbas de las acequias y otros vegetales de las orillas de los pantanos. Las numerosas especies de *Coccinella* (fig. 45), semiesféricas y comunísimas sobre las plantas de los llanos y de las montañas. Y el *Platyrhinus latirostris*, Fabr. (fig. 46).

En las aguas se pueden coger también muchos *coleópteros*,

empleando redes y mangas especiales, que se manejarán aproximándolas á las plantas sumergidas, que también podemos arrancar con la mano y trasladarlas á un acuario para que en éste y en su agua se vean salir de aquéllas los numerosos *insectos* que en las mismas se fijan. En los aljibes y estanques de las huertas se halla el *Dytiscus marginalis*, L., y *D. punctulatus*, F., el primero plano y ovalado y solamente bombeado sobre el dorso y vientre (fig. 47). En los estanques y corrientes de agua, el *Acilius canaliculatus*, Nicol., parecido á un ditisco pequeño, liso el macho y pelosa la hembra.

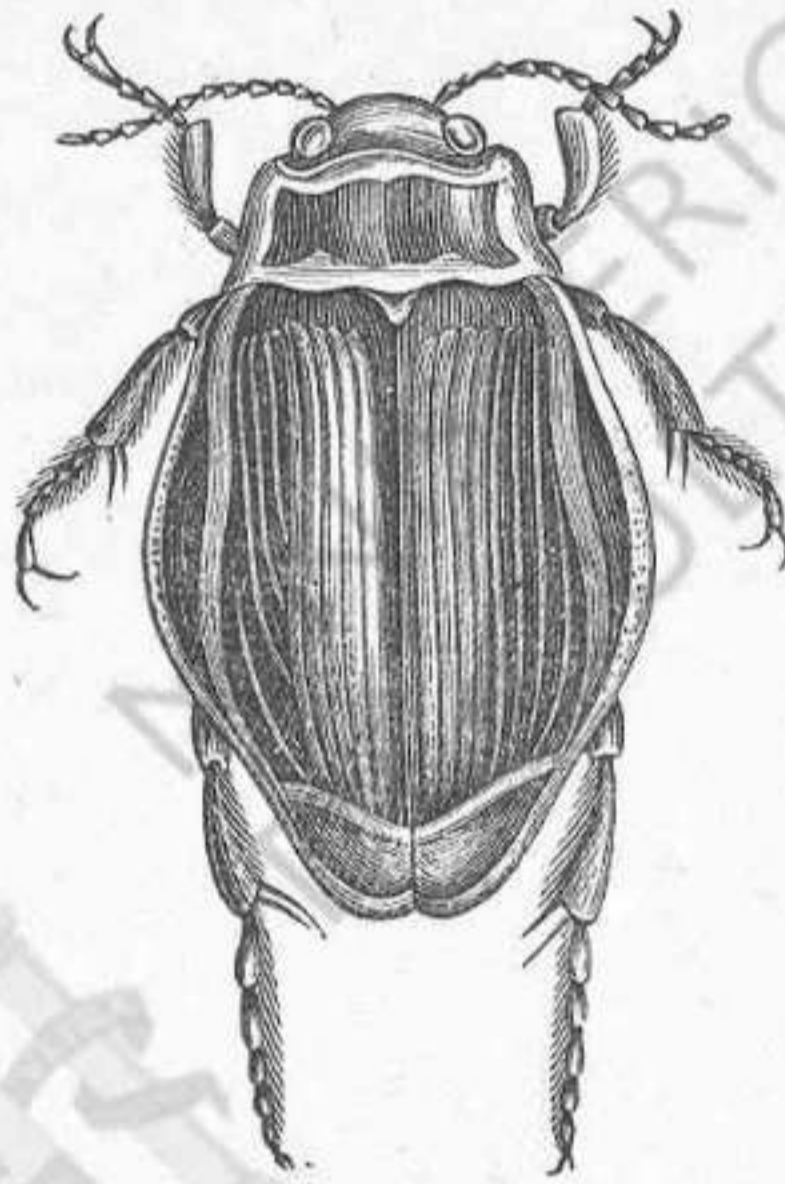


Fig. 47.—*Dytiscus latissimus* (L.). Como ejemplo de Ditiscido.

Los pequeños *Hydroporus*, *H. reticulatus*, F., de las aguas encharcadas, é *H. inæqualis*, F., de las mismas aguas, y en los campos después de la lluvia, y otras especies que tenemos en España. Los nadadores *Gyrinus natator*, Scop., de élitros azules metálicos oscuros, cuerpo aplastado, patas anteriores largas y posteriores cortas y ensanchadas. El *Hydrophilus piceus*, L., el mayor y más grueso coleóptero acuático de España, de élitros negros algo verdosos, estriados longitudinalmente, que para respirar sube á la superficie del agua, y otros *insectos* acuáticos que podríamos citar.

En los cadáveres de los animales que han entrado ya en putrefacción se encuentran muchos *coleópteros* que deben

recogerse con cuidado, porque las picaduras de estos *insectos*, que están chupando ó comiendo aquellos restos orgánicos en descomposición, pueden acarrear daños al recolector. Á dichos *insectos* corresponden los *necróforos*, de cabeza ne-



Fig. 48.—*Necrophorus germanicus* (L.). Como ejemplo de *Necróforos*.

gra inclinada sobre el pecho, mandíbulas sólidas y élitros negros ú oscuros con manchas leonadas: *Necrophorus fossor*, Er. (fig. 48). Los *Silpha*, de los que también podemos contar algunas especies. Los *Hister*, más ó menos cuadran-

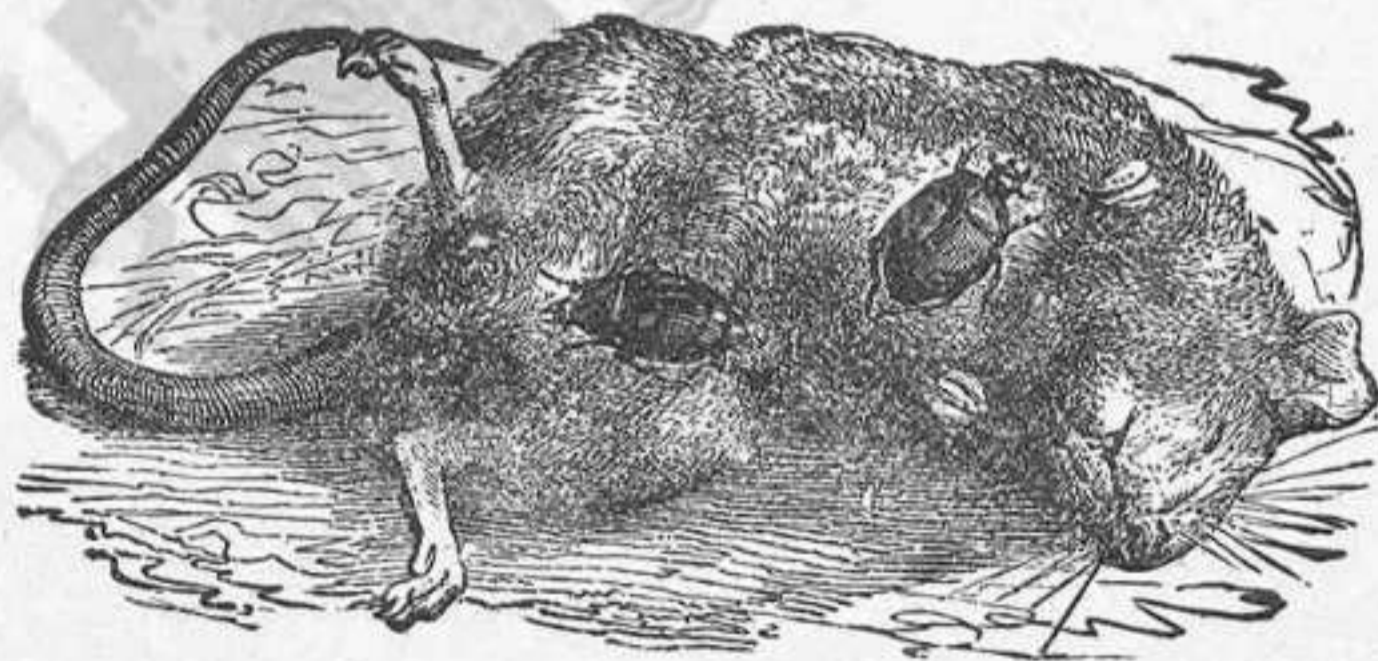


Fig. 49.—*Hister major* (L.). Como ejemplo de *Histéridos*.

gulares y duros, con élitros negros ó rojizos muy brillantes (fig. 49). Los *Dermestes*, que, como el *D. murinus*, L., además de encontrarse en los animales muertos, se halla en las colecciones de Historia natural. Y los *estafilinos*, comedores de carne descompuesta.

Debajo de las hojas caídas, que forman durante el otoño espeso tapiz, se encuentran otros muchos que deben buscarse con cuidado, porque como son pequeños y de colores parecidos á los variados de aquéllas, pueden pasar desapercibidos si la recolección se hace muy á la ligera: *Philonthus sordidus*, Gr., como ejemplo entre la hojarasca.

En las *setas* ú *hongos* se pueden recoger otras especies después de arrancarlos con cuidado y golpearlos ligeramente sobre una hoja de papel blanco, en la cual irán cayendo aquéllos.

Sobre los árboles se encuentran muchos *coleópteros* cuya recolección no es difícil, pues basta colocar debajo de sus copas sábanas blancas, ó paraguas en posición contraria á como se usan, y recibir en ellos á los *insectos*, que se hacen caer agitando ó sacudiendo sus ramas.

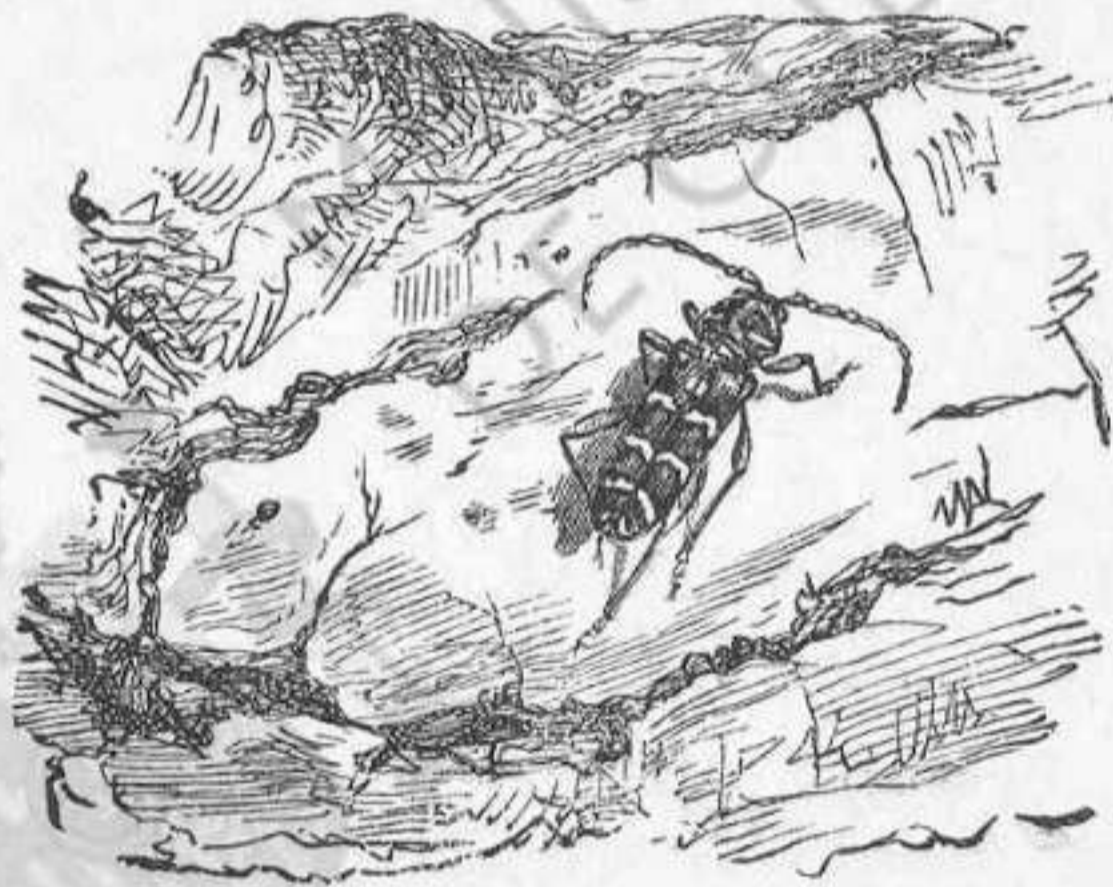


Fig. 50.—*Plagionotus arcuatus*, L.

También para separar los que están pegados á las ramas se usa un círculo de hierro abierto en arco por uno de sus bordes, el cual se hace pasar sobre la superficie de los tallos. Ejemplo, *Plagionotus arcuatus*, L. (fig. 50).

En los robles de los montes encontramos en primer lugar el *gran ciervo volante*, *Lucanus cervus*, L. (fig. 51), uno de los mayores *coleópteros* de España, distinguiéndose el macho de la hembra por sus enormes mandíbulas, que en ésta son menores, poseyendo ambos gran vitalidad.

El *Dorcus parallelepipedus*, L., negro y parecido á un *lu-*

cano hembra, sobre los *saucos* y *hayas*. La conocidísima y

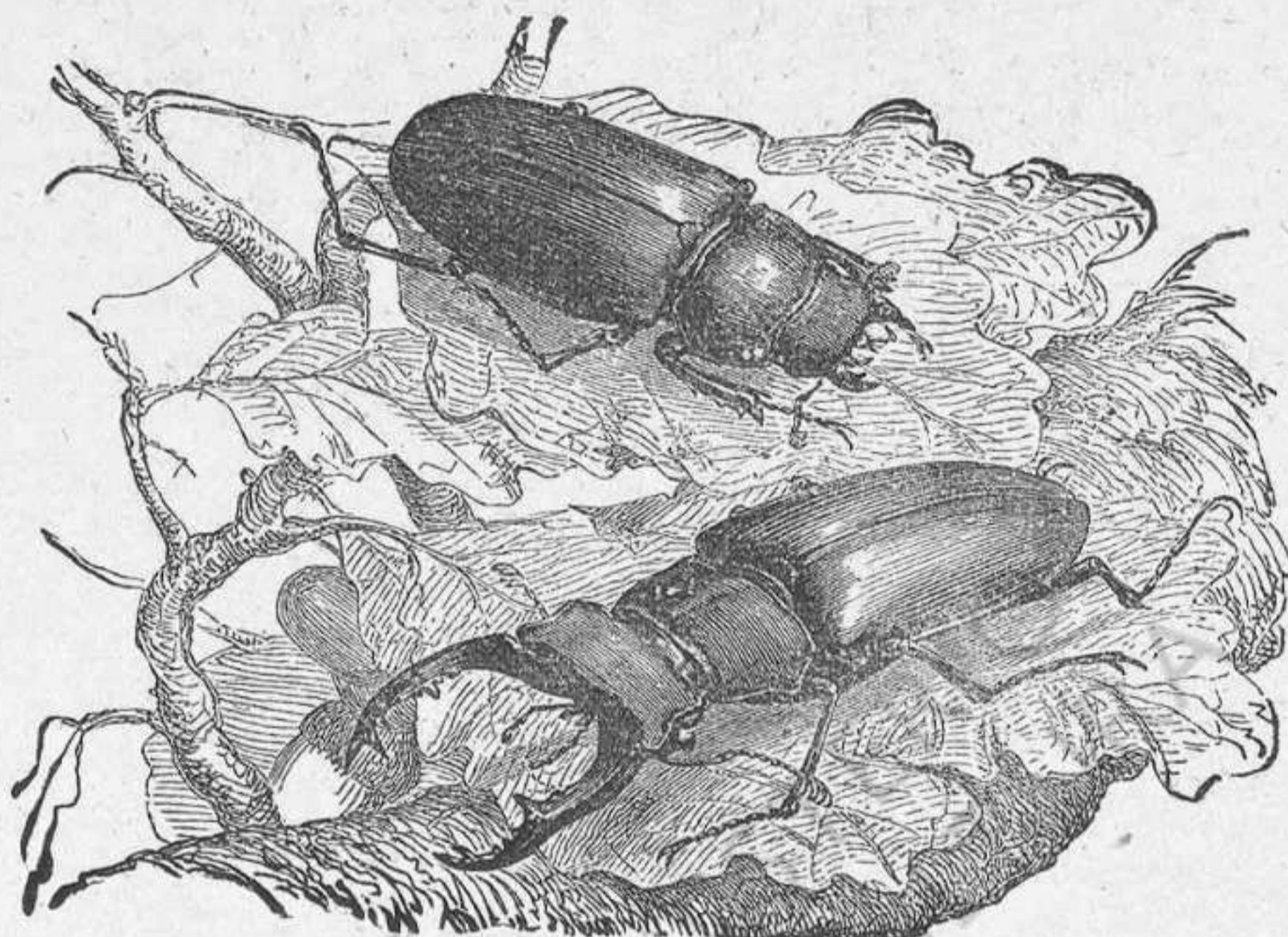


Fig. 51.—*Lucanus cervus*, L.: macho y hembra.

dañina *Melolonta vulgaris*, L., (fig. 52 bis). Las vesicantes

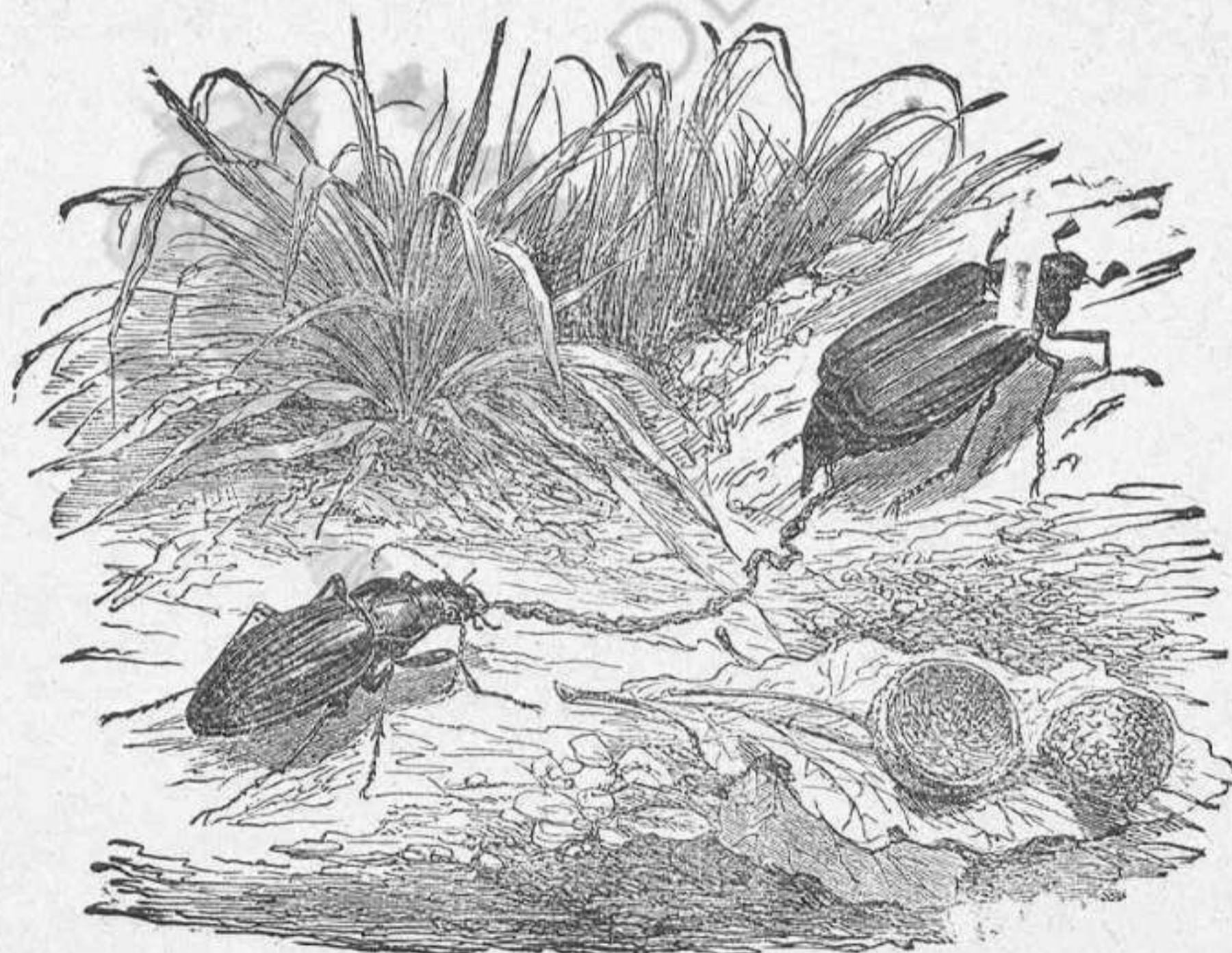


Fig. 51 (bis).—*Carabus auratus* (Fabr.), persiguiendo a una *melolonta*.

cantáridas llamadas *moscas de España*. En los árboles de las montañas varias especies de *Otiorhynchus*. Los dañinos

Hylobius. En las ramas varias especies de *Apion*. Saltando por las mismas partes del vegetal, especies de *Orchestes*. Los *Balaninus*, notables por su pico largo y delgado. Los *Rhynchites*, de brillantes colores metálicos, que se esconden entre las hojas onduladas de los álamos. Varias especies de *Ceram-*

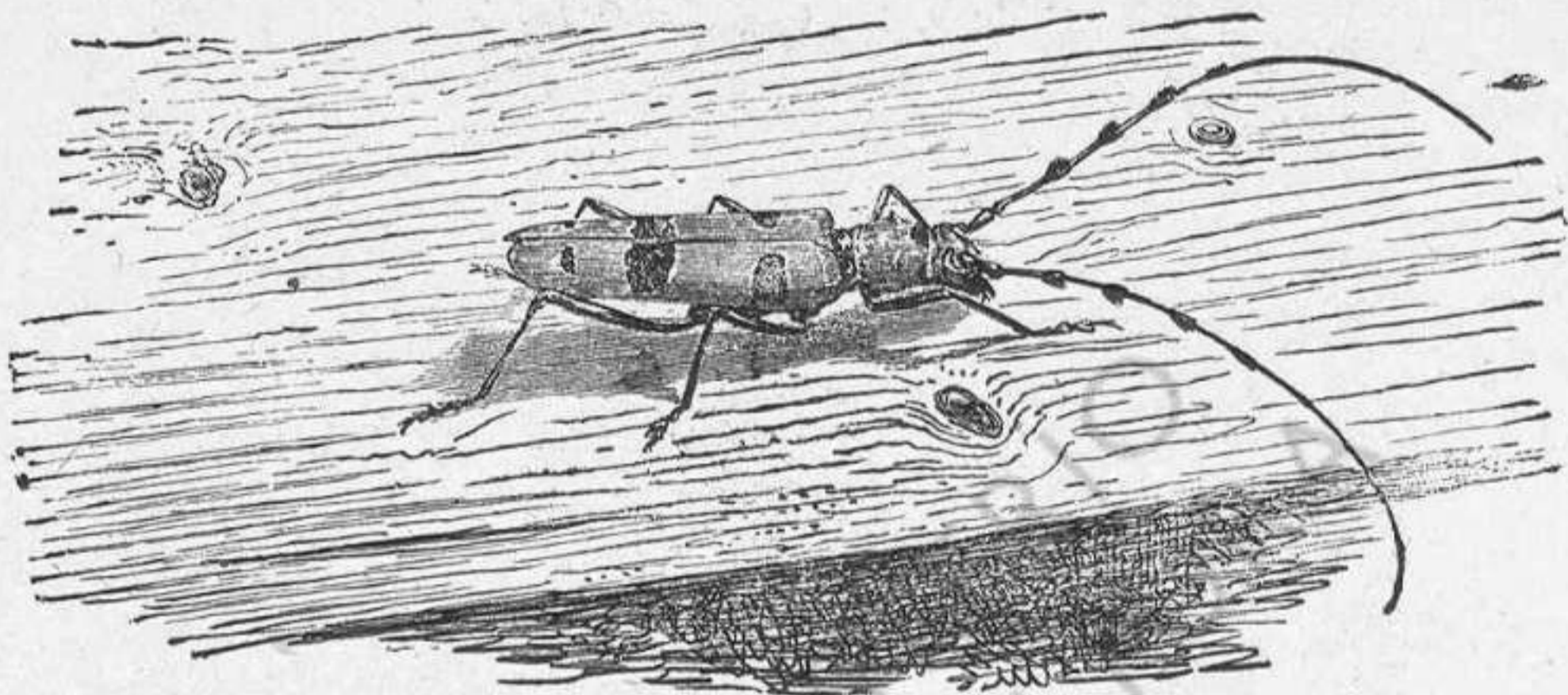


Fig. 52.—*Rosalía alpina* (L.). Como ejemplo de *Cerambicidos*.

bis ó *capricornios* (fig. 52). Los *Saperda* sobre los *Populus*. La *Hispa testacea*, L., curiosa por su cuerpo erizado, y que se encuentra sobre el *Cistus latifolius*. Y las *Galeruca*, que viven sobre el *tamarix*, olmos y otros árboles y sobre encinas y castaños, como el *Rhangium mordax*, Fabr. (fig. 53).

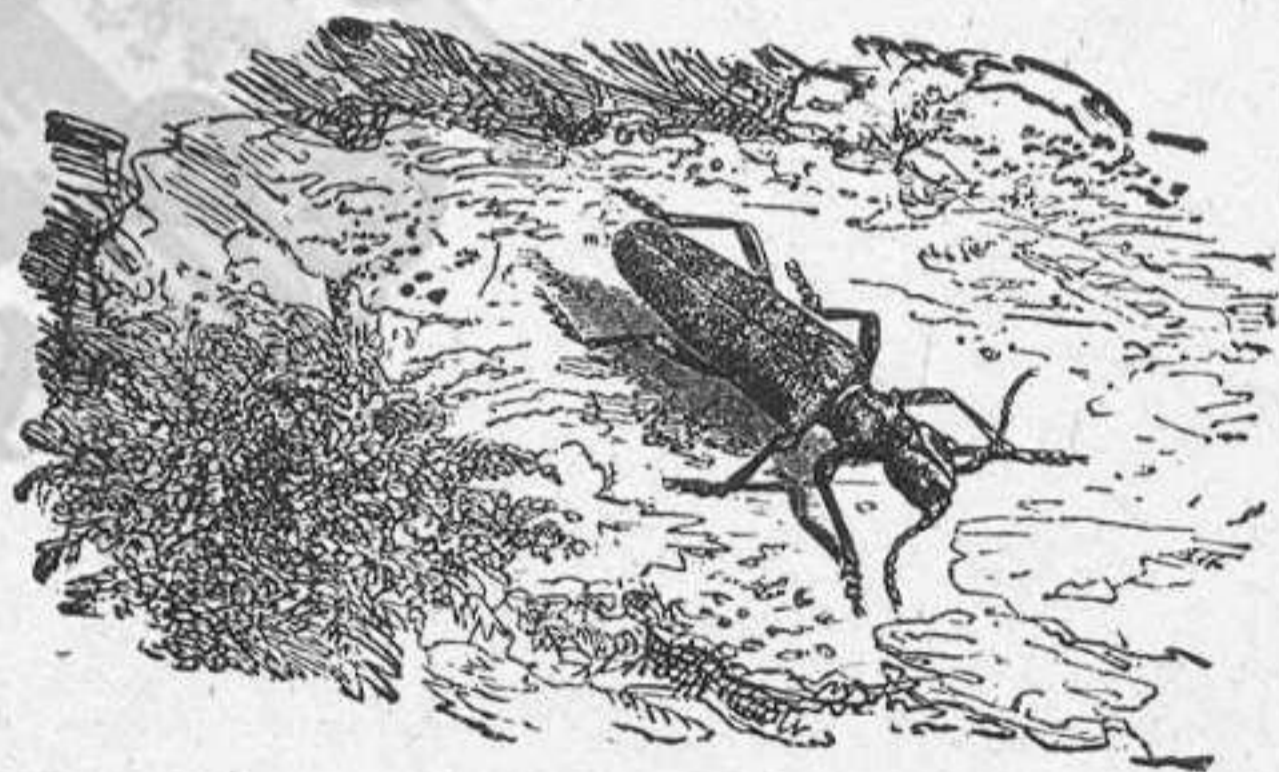


Fig. 53.—*Rangium mordax*, Fabr.

Pero no basta seguir los procedimientos que hemos señalado para recolectar los *insectos* de los árboles, porque además se necesita registrar minuciosamente sus cortezas, exterior é interiormente, levantándolas, las capas de musgos y de líquenes que las tapizan, la tierra que rodea á los árboles

en su base, el interior de su leño ó corazón y hasta la resina que fluye de los mismos, porque esta substancia, como indestructible á los agentes atmosféricos, puede conservar, conteniéndolos durante mucho tiempo, á estos animales. De esta manera se encuentran especies que han desaparecido y que tienen un gran valor en la paleontología.

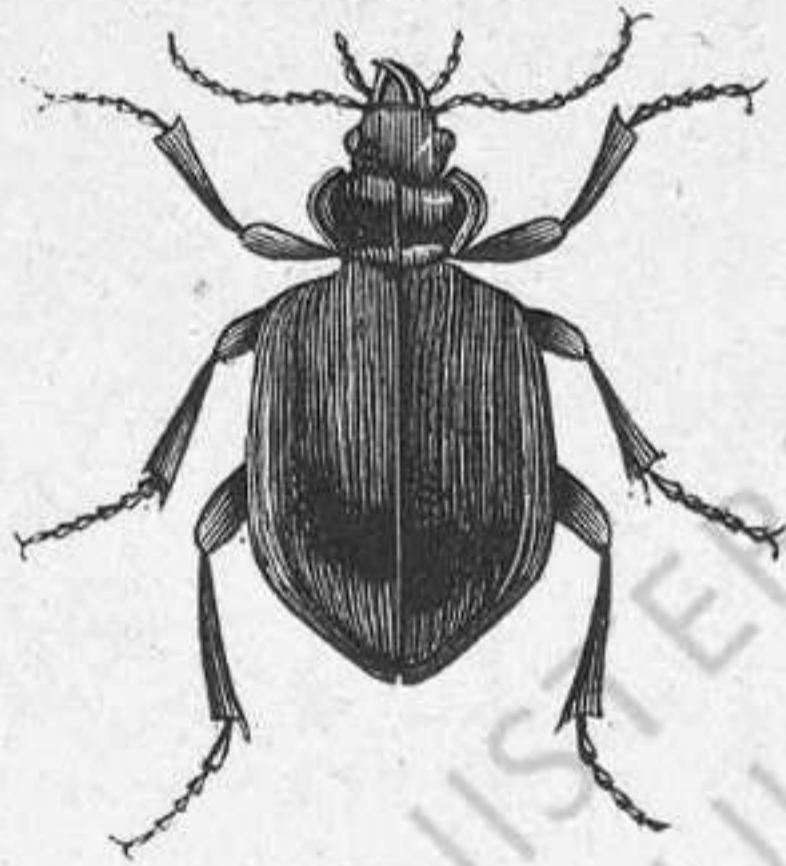


Fig. 54.—*Calosoma sycophanta*, L.

Hablando de los árboles de España (fig. 54), no podemos menos de recordar la *Calosoma sycophanta*, L., hermoso insecto de élitros metálicos estriados longitudinalmente, que corre sin cesar de arriba á abajo por sus cortezas, buscando para devorarlas á las orugas de la procesionaria, pudiéndose encontrar hasta en los nidos de estas últimas las larvas de aquél. Además, tenemos otras calosomas en la Península.

Las larvas de los Coleópteros acuáticos, Hidrofilidos, salen del agua en invierno y se refugian bajo el musgo ó debajo de las cortezas de los árboles. En el interior de los troncos del pino se encuentra la del *Ergates faber*, L. La de los *Cerambyx*, en el de las encinas. La de las *Saperda* en los chopos jóvenes. El *Pisodes notatus*, L., ó *pisodes punteado*, recorre los pinos, atacando á los jóvenes, y frecuenta las flores: su larva hace galerías en dichos árboles. Las numerosas especies de *Tomicus*, tan dañinas para los árboles en general. Los *Coroebus*, que atacan los troncos de los pinos y encinas. Las *coccinelas* (fig. 45), que en el invierno se refugian en gran número bajo los musgos y cortezas. El *Scolytus destructor*, Ol., (fig. 55), en el interior de las ramas de

varios árboles. Y algunas especies del género *Callidium*, que viven en las *encinas*, *sauces*, *vides* y otros árboles y arbustos.

Los árboles frutales deben también ser objeto de una in-

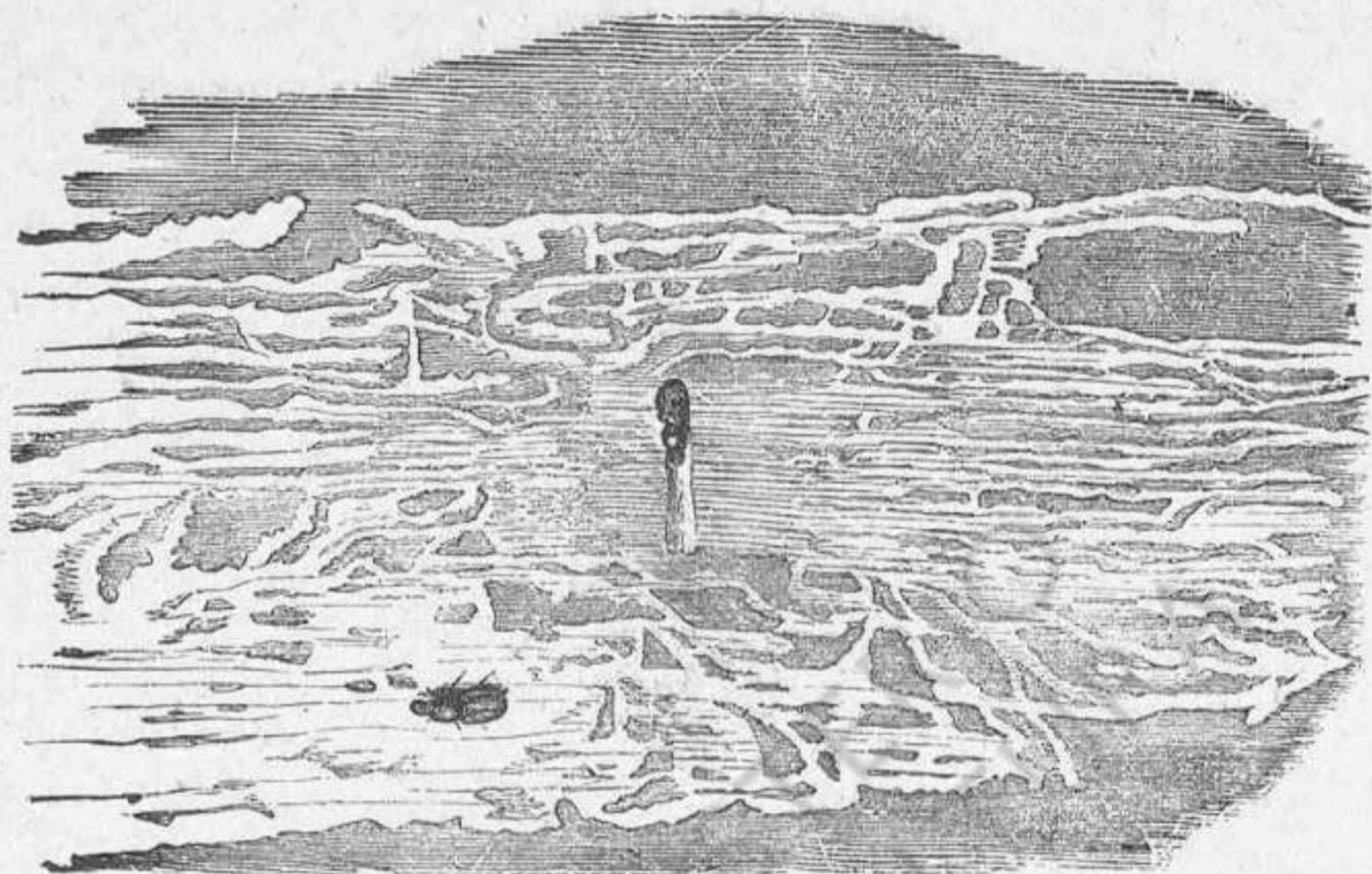


Fig. 55.—*Bostrichus chalcographus* (L.). Como ejemplo de *Escolitos*.

vestigación especial y detenida, no solamente por la gran cantidad de *coleópteros* que pueden contener, sino que al mismo tiempo con su estudio conocemos los enemigos que

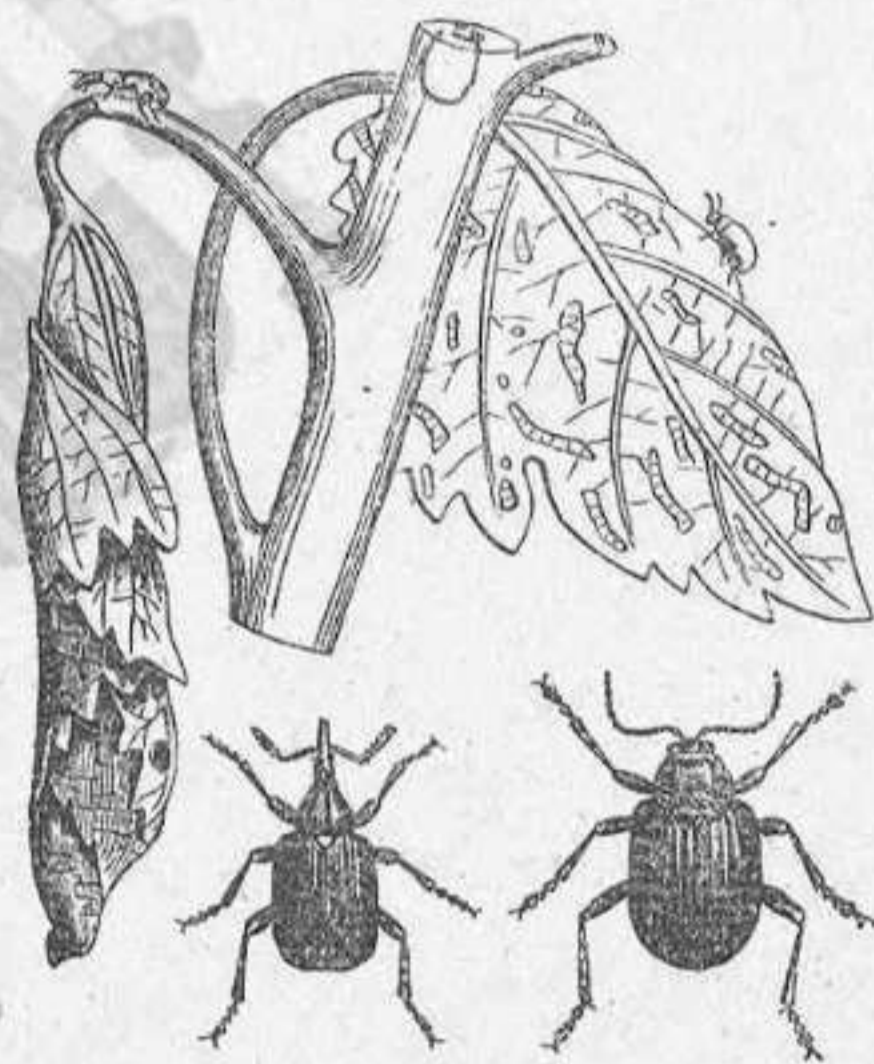


Fig. 56.—**A.** *Rhynchites bacchus*, L.—**B.** *Eumolpus vitis*, Fabr.

aniquilan las cosechas de nuestros frutales. Así con atención minuciosa deben mirarse sus flores, cortezas, frutos, hojas y la tierra que les rodea.

Entre los *insectos* que se encontrarán en los referidos árboles recordaremos en primer lugar los *Rhynchites*, de los cuales podemos desgraciadamente citar varias especies en España, como el *R. bacchus*, L. (fig. 56-A.), en los frutales



Fig. 57.—*Trichius fasciatus*, L.

de todas las huertas, y el *R. betuleti*, F., en las viñas, alimentándose de las hojas de la vid, las cuales dobla en cigarrillo, y otros muchos, como los *Eumolpus* (fig. 56-B).



Fig. 58.—*Clerus apiarius*, L.

En las flores y en los jardines encontramos igualmente *coleópteros*, de los cuales debemos recordar diversas especies del género *Lebia*; íd. íd. de *Meligethes*, sobre todo el *M. rufipes*, Gill., de las flores. Las *cetonias* ó *insectos de las flo-*

res por excelencia, como la *Cetonia aurata*, L., que prefiere las de los frutales, y el *Trichius fasciatus*, L. (fig. 57). Los *Clerus*, *C. apiarius*, L. (fig. 58), que prefieren las flores de la zanahoria. Los *Mylabris*, coloreados de amarillo y rojo con rayas negras, algunos de los cuales abundan en las flores de las crucíferas y escabiosa. Los *Lixus*, curculiónidos de cuerpo largo y que se hallan sobre las hojas de la *retama*, *romero* y otras.



Fig. 59.—*Rosa de cien hojas común*, *R. Centifolia*, L.

Varias especies de *Larinus*, curculiónidos gruesos que frecuentan las flores de los *cardos*, etc., produciendo sus larvas agallas irregulares en las ramas. Los *Centhorrhynchus*, de los cuales podríamos citar algunas especies en España. Varios *Bruchus* en las flores de las leguminosas, *guisantes*, *habas* y *lentejas*, etc., cuyas semillas destrozan. Los elegante-*Clytus*, que se pasean sobre las flores, y particularmente el

C. verbasci, L., que es comunísimo en infinidad de plantas. Los *Leptura*, como la *L. hastata*, F., que frecuenta varias y hasta se le ve en las rosas de los jardines (fig. 59). Los *Strangalia*, *S. melanura*, L., por lo regular en las de las umbelíferas (fig. 60). La *Agapanthia lineatocollis*, Douro, y otras que abundan sobre los *cardos*, y sus larvas dentro del tallo de

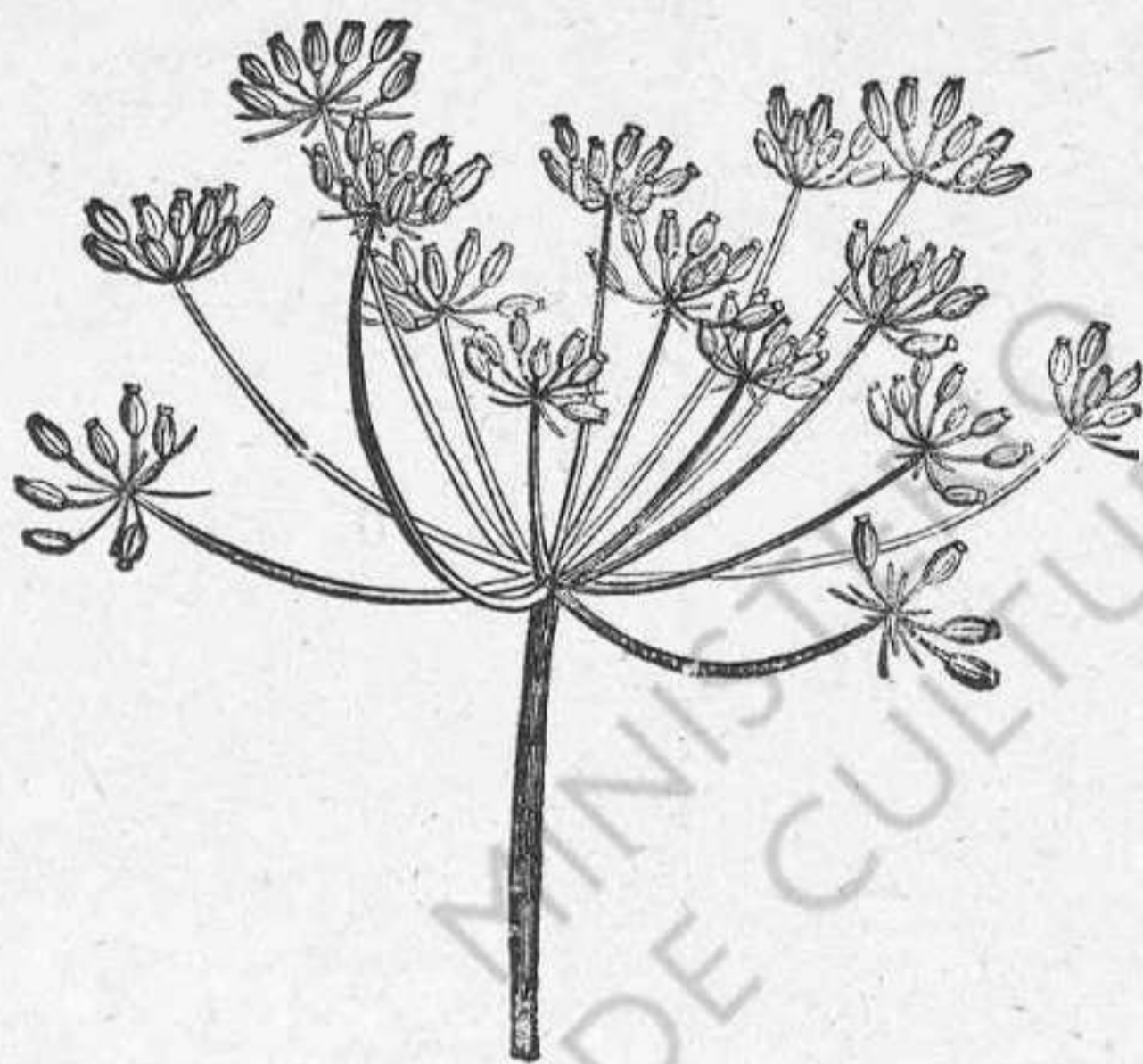


Fig. 60.—Umbela compuesta del hinojo. Ejemplo de Umbelíferas.

los mismos vegetales. Los *Crioceris merdigera*, Lin., y otros comunes en los jardines sobre las *azucenas*, destrozando sus larvas las hojas de dichas plantas. Las aplastadas y en forma de pequeñas tortugas *casidas*, que viven sobre las hojas, distinguiéndose con dificultad por presentar los matices de ellas; *Cassida rubiginosa*, Ill., abundante en los *cardos*, y cuya larva ataca las hojas de las hortalizas. Las *coccinelas*, de que hemos hablado. Las especies del género *Agriotes*. Y los *Anthrenus*, de los que podíamos citar varias especies que viven igualmente sobre diversas flores.

En los detritus abandonados por las aguas de los ríos caudalosos se encuentra también una fauna extraordinariamente rica y variada. De los *coleópteros* podemos citar especies del *Elaphrus*, que como el *E. uliginosus*, F., se halla también debajo de las piedras y entre los detritus. El *Notophilus quadripunctatus*, Dej., de cuerpo cuadrangular, aplas-

tado, cabeza voluminosa y reflejos bronceados. El *Omophron limbatum*, Latr., semejante á un chinche blanco manchado de negro que se esconde debajo de los despojos vegetales en las orillas de los ríos. Los *Scarites* (fig. 61), notables por su grande cabeza y tórax, fuertes mandíbulas, que se encuentran, sobre todo el *S. gigas*, F., en los arenales y costas del Mediterráneo. El *Clivinafossor*, L., frecuente bajo los detri-



Fig. 61.—Una especie del genero *Scarites*.

tus abandonados por las aguas. De los bellos *Chilænus*, con élitros verdes aterciopelados, que corren con agilidad sobre el cieno y se esconden bajo los detritus, tenemos en España varias especies que se hallan hasta en el invierno. Los numerosos *Bembidium*, tan abundantes, pues no hay más que *remover* una masa de detritus para encontrar á algunos inmediatamente. Y la especie de estaflinido *Pæderus riparius*, L., todo rojo á excepción de la cabeza, que es negra azulada, el cual se halla debajo de las hojas y piedras y dentro de las algas arrojadas por las olas, y otras más especies de España, más el *Pyrochroa coccinea*, L. (fig. 62).

En el borde del mar, en las arenas del mismo, bajo los restos que se encuentran en él y en los objetos y plantas marinas que arroja, se hallan algunos *insectos coleópteros* que, aunque poco abundantes, no deja de tener importancia su recolección. A estos insectos pertenece el *Nebria complanata*, L., de tinte blanco con líneas negras, abundante á veces debajo de las algas y detritus. También *Phlænius*. El grande y magnífico *Polyphylla fullo*, L., que vuela al anochecer alrededor de las ramas de la encina y otros árboles,

no es raro también verlo volar sobre las dunas, descendiendo sobre la arena, donde se reconoce por sus élitros amarillos y blanquecinos; accidentalmente se alejan del mar, y nosotros hemos tenido el gusto de cogerlos en los alrededores de Madrid—Moncloa—en el año de 1903. Y varias *Pimelia* (fig. 1.^a).

Deben igualmente investigarse los hormigueros, donde se encontrarán bastantes *coleópteros*, que viven como parásitos

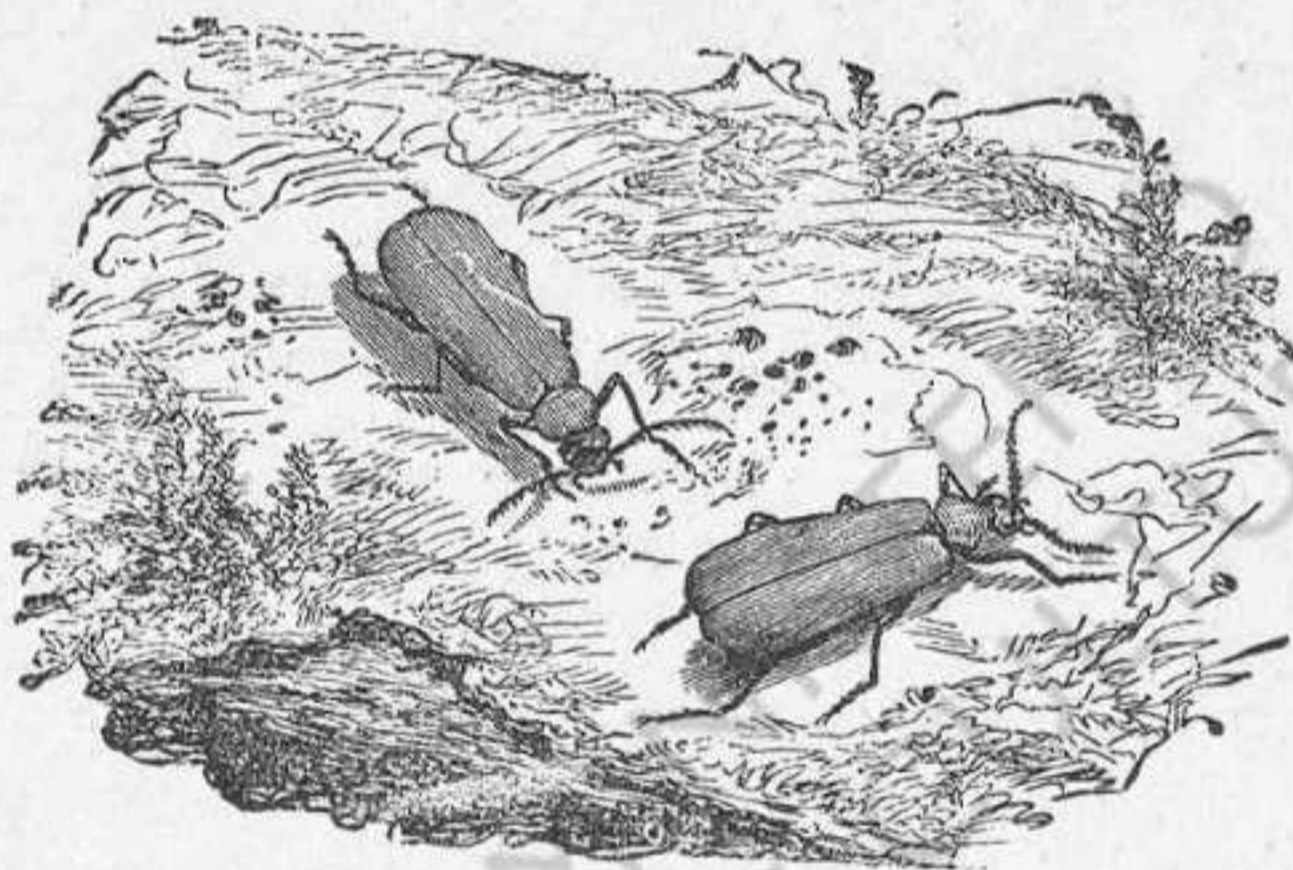


Fig. 62.—*Pyrochroa coccinea*, L.

de las *hormigas* ó como animales útiles para ellas. Pero como los *insectos* de que nos ocupamos en este párrafo son sumamente pequeños, hay necesidad, para encontrarlos, de tamizar cantidades de la tierra que se recoge, para que, por la tamización, los vayamos separando por tamaños, juntamente que se aislan de la tierra con la que se recogen mezclados. Así encontraremos el *Myrmedonia canaliculata*, Fab., que, además de encontrarse entre el césped, vive en compañía de la *hormiga roja*. Y el *Claviger longicornis*, Müll., que habita en los hormigueros.

Otros nidos de *himenópteros sociales*, como los de las *abejas* y *avispas*, contienen también especies de *coleópteros*, cuya recolección es muy difícil. De éstos debemos recordar al *Sitaris muralis*, Forst., notable por tener los élitros separados, y que se ve algunas veces sobre el *romero*. Algún *Rhipiphorus*, como el *R. bimaculatus*, F., frecuenta las flores de los *cardos* y *umbelíferas*. Larvas de *Meloe* y de *Cantharis*.

No deben dejarse tampoco sin registrar las grutas ó ca-

vernas, en cuyos lugares puede cazarse á muchos *articulados* durante todo el año, pues la igualdad de temperatura que existe en las mismas, en las diversas estaciones, permite la reproducción continua de sus especies. Mas, á pesar de esto, la primavera es la mejor época para encontrarlos, y sobre todo en las cavernas húmedas que contienen estalactitas, pues en ellas y á la mayor profundidad se encuentran insectos. Además, tampoco deben olvidarse las precauciones que hay que tomar antes de internarnos en ellas, sobre todo si se llega jadeante y sudoso, que obliga á descansar y enfriarse antes de traspasar sus umbrales. Entre los *insectos* que se encuentran en las cavernas, citamos en primer lugar los *Trechus*, que sobre todo el *T. minutus*, F., se coge también debajo de las piedras, en sitios frescos de las montañas. Los *Aphaenops* y *Trogloorhynchus*.

La caza de los *coleópteros* en nuestras propias viviendas es algo fructuosa, si bien menos interesante que las anteriores. Todos los departamentos en que se dividen nuestras casas debemos visitar, pues en los mismos se acomodan distintos *insectos*: las maderas, las leñeras, las cuevas, las materias alimenticias, los vestidos y los libros viejos son otras tantas guaridas para estos animales. De las especies que podemos citar en España, recordaremos el *Sphodrus leucopthalmus*, L., caravido muy grande de patas delgadas y élitros blandos y negros. Especies de *Attagenus*. Los *Anthrenus*, que como el *A. museorum*, L., hace mucho daño en las colecciones de Historia natural y, por lo tanto, es uno de los mayores enemigos de las entomológicas.

Los *Dermestes*, como el *D. lardarius*, L., que destroza las grasas. Los *Ptinus*, de abdomen globuloso, y que se encuentran en las maderas viejas, tanto el *P. ornatus*, Müller, como el *P. fur*, L., que se anuncia de noche por el ruido que produce. Los *Anobium*, *A. pertinax*, L., debajo de la leña; *A. domesticum*, Four., en los muebles que devora, y el *A. nitidum*, Herbit, lo mismo, y hasta en el pan seco. De los *Blaps* (fig. 63), las mayores especies de los *Coleópteros* de nuestras casas, de cuerpo enteramente negro y que desprenden un olor desagradable, podemos citar el

B. gigas, L., que se halla en las cuevas. El *Tenebrio molitor*, L. (fig. 64), cuyos élitros encontramos algunas veces en el pan, y lo hallamos en las panaderías y molinos de harina, pues su larva se alimenta de ésta. Las *Calandra*, de pico lar-

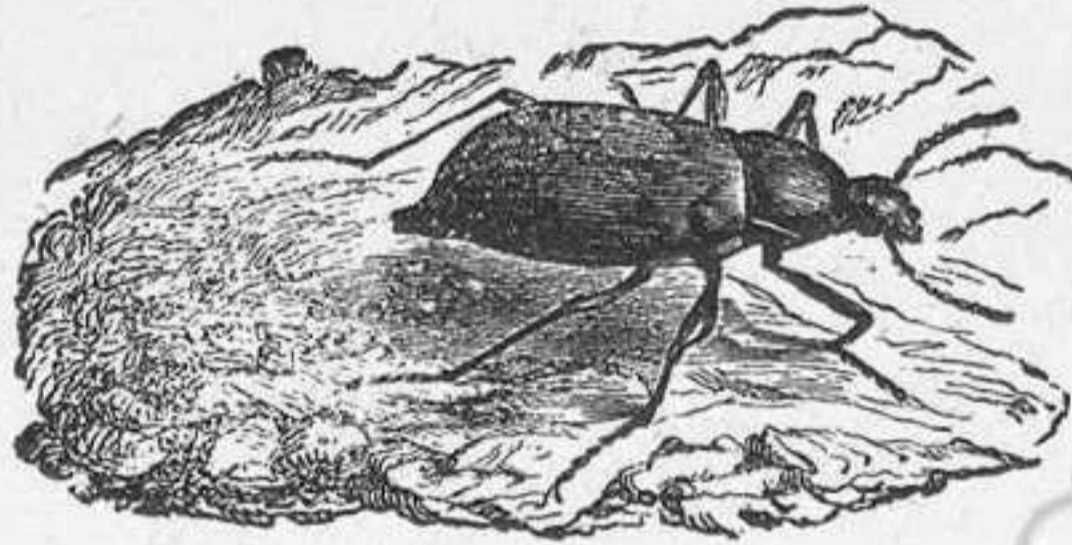


Fig. 63.—*Blaps mortiraga*, L.

go y encorvado, *C. granaria*, L., y *C. oryzae*, L., en los depósitos de granos, como el arroz y otras semillas. Varias especies de *Bruchus*, que viven sobre diferentes plantas, en las legumbres, y salen de los guisantes, habas y otras semillas. El longicornio *Callidium variabile*, L., en las leñeras. El *Hylotrupes bajulus*, L., ó capricornio doméstico, plano, de an-

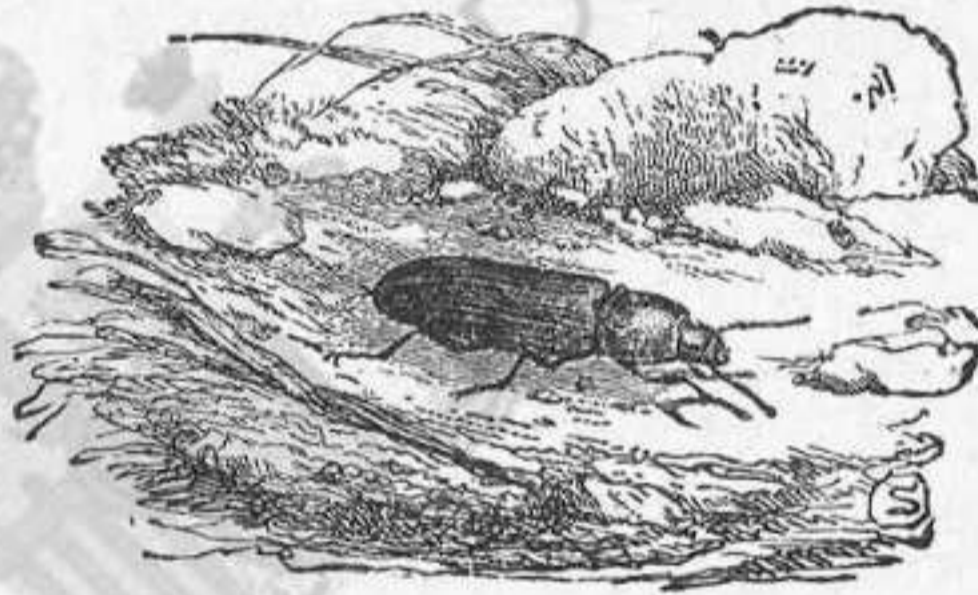


Fig. 64.—*Tenebrio molitor*, L.

tenas cortas, que se ve sobre las cortezas de los árboles, y su larva en el interior de los pinos, como igualmente en las armaduras de nuestras casas. El *Cryptophagus cellaris*, Scop., que es muy común en las cuevas un poco húmedas. El *Ernobius mollis*, L., también común en las casas, pues su larva destroza los muebles. El *Apate capucina*, L., en las leñeras, talleres de carpintero, etc. Y el *Helenophorus collaris*, F., entre el polvo é inmundicias, en sitios oscuros.

Cuando vuelan se puede igualmente cazar á algunos *Coleópteros*, utilizando las mangas que se emplean en la re-

colección de los *Lepidópteros*. De esta manera se cazan las ágiles *Cicindelas* como la *Cicindela campestris*, L. (fig. 65), y otras especies que tenemos en España.



Fig. 65.—*Cicindela campestris*, L.

Por último, aquí y allá, en los muros y en todos los sitios se encuentran *Coleópteros*, como los *Dorcadion*; los *Trox*, de tegumentos nudosos, grises y frecuentemente cubiertos de

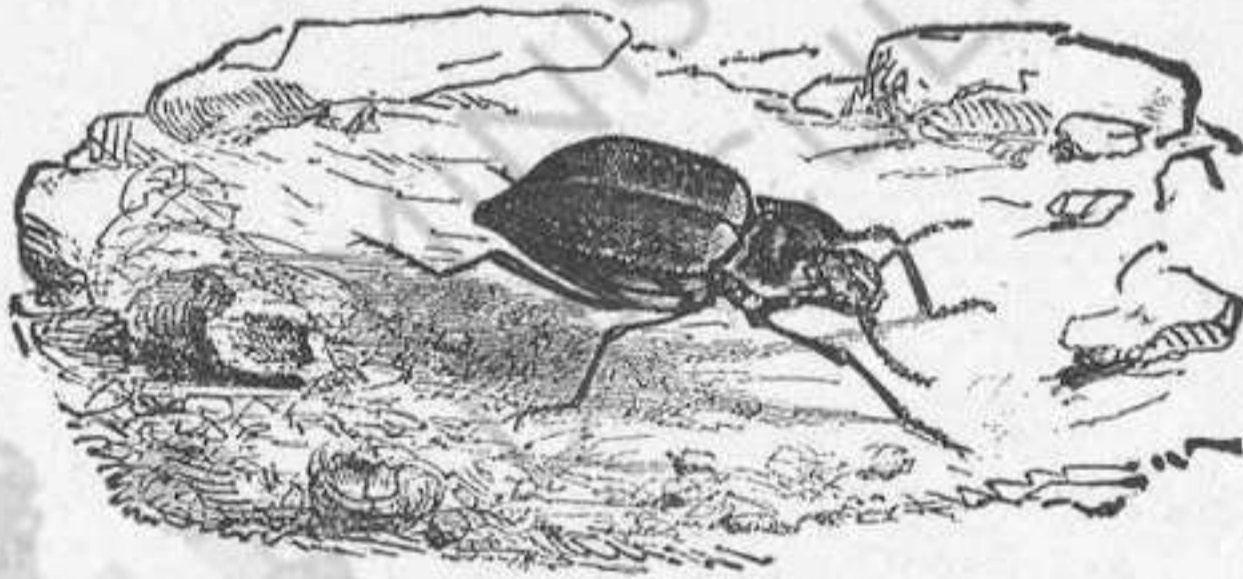


Fig. 66.—*Akis punctata*, L.

tierra; los *Pimelia* y *Akis* (fig. 66), de cuerpo macizo; los comunísimos y curiosos *Meloe* (fig. 67), de abdomen voluminoso y élitros cortos; los *Adimonia*, que, como el *A. tana-*

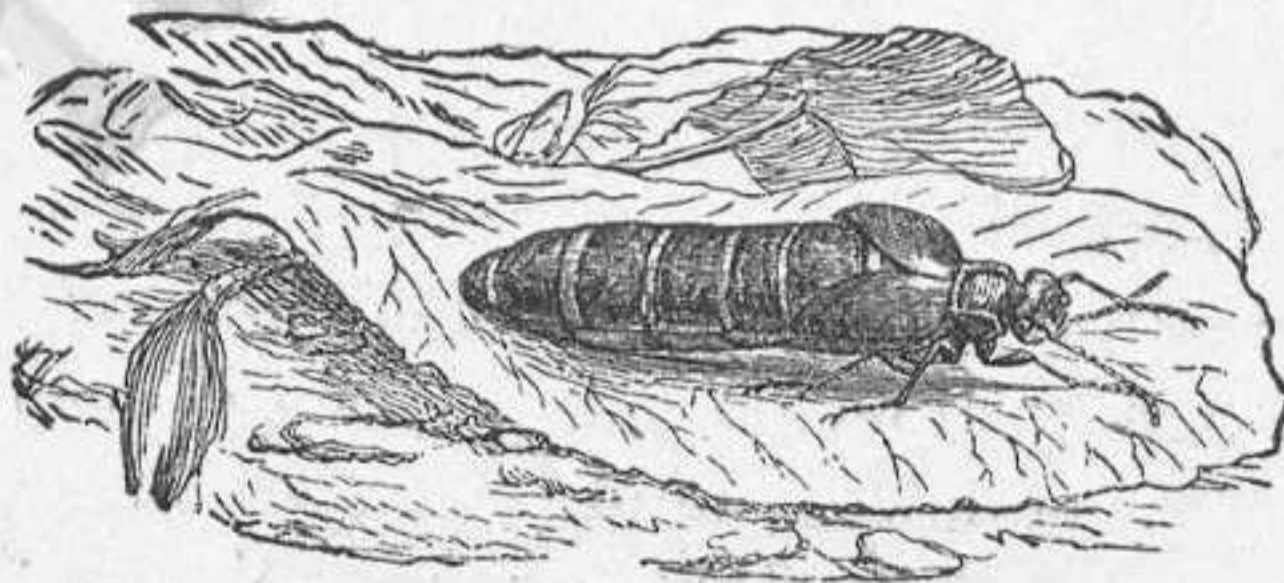


Fig. 67.—*Meloe majalis*, L.

ceti, L., es común y vulgar en España sobre las plantas de los bordes de los caminos; los *Chrysomela* y *Timarcha*, abundantes sobre las plantas bajas, y los *Opatrum*, que son

comunes en las carreteras, senderos y sitios secos. Más el *Corynetes ruficollis*, F. (fig. 68), que se encuentra en los cadáveres humanos y se le ve salir por las rendijas de los nichos en los cementerios.



Fig. 68.—*Corynetes ruficollis*, Fabr.

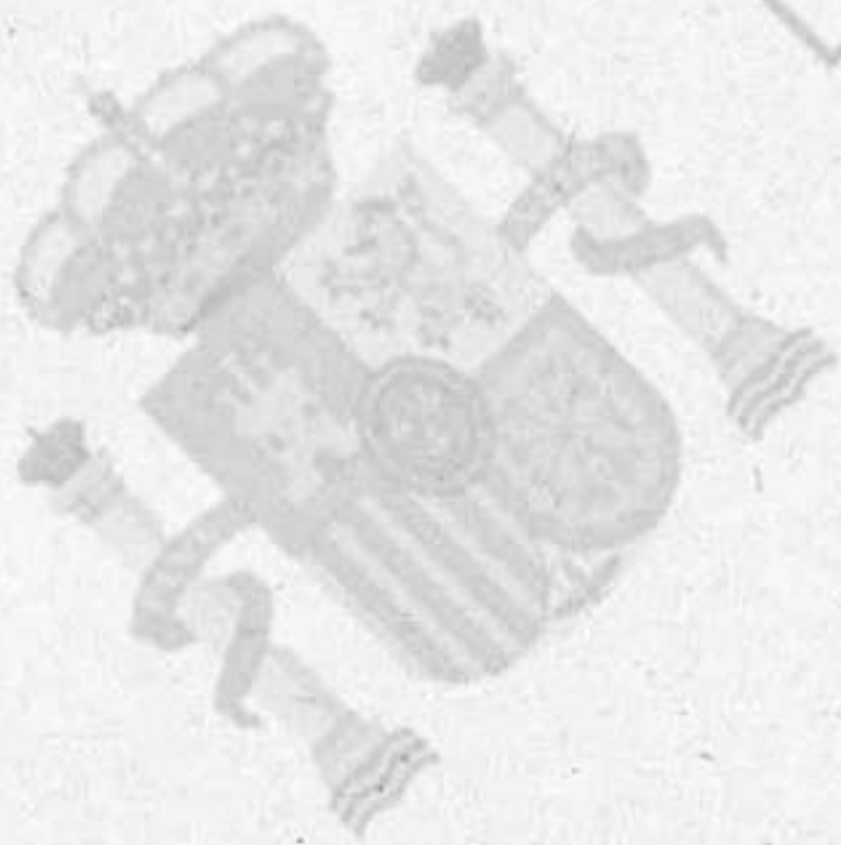
Finalmente, en las tenerías se hallan *Oryctes* ó *escarabajos nasicornis*, y en los almacenes de maderas exóticas se encuentran especies de países cálidos, en las tiendas de pieles y de lanas, que llevan *insectos* de otros países pegados á los pelos, y en las lonjas de comestibles y droguerías se hallan otros que no pertenecen á nuestras regiones.

A. DE SEGOVIA Y CORRALES.

(Continuará.)



MINISTERIO
DE CULTURA



CARTAS DE WAGNER ⁽¹⁾

Cuando se analiza por utilidad de estudio ó por fervor de admiración la obra artística del sumo ingenio, siempre se cuida de poner de relieve la parte referente al sentimiento y las vicisitudes morales del autor, las causas principales de su inspiración alegre ó triste, idílica ó trágica; y casi siempre se encuentra que un fantasma femenino alimenta en secreto la fuente encantada y da la palpitación de vida al ritmo del arte. Pero tratándose de algunos grandes creadores, ó menos subjetivos ó más celosos de su vida íntima, los críticos más agudos y los admiradores más apasionados no llegaron á levantar el velo místico que envolvía la ábside sagrada, y fueron considerados entonces como si estuviesen por encima de la humanidad, viviendo exclusivamente en el sueño y para el sueño, impersonales, magníficos, soberanos del ideal, é ignorantes de todo lo que agita la vida de la generalidad de los hombres.

Esto se ha creído hasta aquí de aquel coloso del ingenio alemán que se llamó Ricardo Wagner. Su obra misma, fantástica en la complexión y nutrida de filosofía, en la cual lo humano no es nada más que el símbolo, y los sentimientos, las pasiones, los hechos se nos presentan con la vaguedad de la leyenda ó con la majestad de la epopeya, es la prueba más convincente de una espléndida, pero un poco árida, divinidad creadora. Y de improviso, un día, una noticia que á muchos pareció insignificante, se enciende y corre por el mundo intelectual como una centella. Wagner amó: Wagner tuvo una

(1) Este artículo sirve de prefacio á la versión italiana, hecha por Petrucci, del *Epistolario* de Wagner á Matilde Wesendork.

pasión grande, inmensa, profunda, atormentadora, y á este amor, á esta pasión dolorosa, atribuye él mismo gran parte de su actividad artística y algunas de aquellas obras que trajeron á la mente de los humanos una alta y pura alegría ignorada.

No sabíamos que Wagner amó, que su corazón tuvo palpitations y estremecimientos, que sus ojos tuvieron lágrimas, que su alma fué desgarrada por las prohibiciones férreas del destino y por una voluntad de héroe: la suya. Sabíamos que aquel arte milagroso que nos parece un sueño de belleza y armonía, fué consuelo y refugio supremo, fué exhalación de dolor y de amor vivo y ferviente. Wagner amó: noticia que, repito, se podrá creer indiferente y sin importancia, puesto que se refiere al hombre; pero para aquellos que saben cuánto influye la íntima vida del alma en el arte sincero, por grande que sea, ilumina con una nueva luz toda la producción del maestro, la vuelve mucho más intensa, mucho más noble, más preciosa.

Gualterio Petrucci, que ha sido el primero en tener la feliz idea de dar á conocer á los italianos las pruebas de este amor elevadísimo, y además, como parece por alguna frase del mismo Wagner, completado humanamente, no esclarece con un oportuno proemio la historia triste y breve de éxtasis y separación. Sin embargo, ningún comentario, ninguna narración particular, aunque estuviese hecha por un contemporáneo de Wagner que hubiera vivido con él en intimidad de hermano, podría ofrecernos como estas cartas auténticas, con toda su evidencia, con toda su fuerza, con toda su angustia viva y ardorosa, con todo su valor y todo su abatimiento, la llama en que el arte y el genio fundieron un elemento inmortal y divino.

Cartas y diario fueron escritos por Wagner para la amada, á la cual se las enviaba de cuando en cuando. Wagner no suponía que pudiesen llegar al conocimiento de la posteridad y contienen por esto las más secretas aspiraciones, las más secretas alegrías y los más escondidos tormentos de su alma. Todo se lo confiaba á la lejana, y en aquel tiempo, su vida transcurrió compenetrada, coloreada de la esencia de la de

ella, que aparecía digna de escuchar y de recibir las confidencias del genio.

La belleza principal de las cartas, el motivo de su valor reside en que no son cartas eróticas en el sentido general de la palabra. El amor las inspira, las nutre, las ilumina y les da calor, palpita en ellas como la vida, pero no restringe los pensamientos y los afectos en torno de un único y monótono tema. No es esto descubrir en el genio alguna debilidad que aminore su grandeza, sino que ese íntimo fervor hace nacer una riqueza inesperada de brotes, algunos de los cuales se abren con un florecimiento soberbio. Wagner es psicólogo en la expresión delicada y profunda de los estados del alma creadores de aquella ternura apasionada, de aquella cruel lejanía; Wagner es filósofo en la meditación de las teorías de Schopenhauer, de las que anhelaba ampliar el sistema; Wagner es poeta y pintor de la palabra en el lirismo alado en que su espíritu volaba á reunirse al otro, en la impresión coloreada y fresca que nos dan sus cartas de los paisajes de Suiza y Venecia, la divina ciudad, digno destierro para un artista. Tan diversos aspectos se reflejan en el diario y las cartas, que se leen con reverencia conmovida, pues no es posible olvidar ni por un momento que el hombre que amaba y sufría, que mostraba desnuda su alma maravillosa, escribía entonces *Los Maestros cantores* y *Tristán*: Tristán, el formidable poema del amor que parecía animado por un filtro de mágica virtud y que ahora sabemos que no es otra cosa que *su* amor.

El conocimiento de los elementos que concurren á formar la obra del maestro hace estudiarla con criterios diversos, dándonos casi otra posible interpretación. Por esto las páginas que siguen tienen una gran importancia artística y á la vez biográfica.

La lectura de las cartas y el diario nos deja la impresión de habernos comunicado con un espíritu de singular sensibilidad que vibra al más ligero toque, como la cuerda de un instrumento delicado. Una alma verdadera de artista, á la cual se juntaba la fuerza de un pensador.

Pero sobre todo por su pasión descuella en nuestra mente la figura de Wagner. Tiene exquisiteces ideales. Llama «niña»

á la mujer amada, aun siendo esposa y madre, no sólo porque tenía menos de quince años, sino también por una purificación continua ante su pensamiento, en donde le había levantado un altar. Una de las cartas desde Venecia está dedicada á describirle la emoción que experimentó al recibir su piano, su *Erard* enviado de Suiza. Mas no son recuerdos, sensaciones, promesas de arte lo que le agita, sino una memoria de amor: «El día en que el *Erard* fué colocado en mi casa, el tiempo era frío, áspero y debía renunciar á verte sobre la terraza. Pero apenas estuvo colocado el piano, apareciste y miraste en mi dirección... Abrí la ventana y comenzaron los primeros acordes...» ¿Qué armonía fué aquélla que ninguna partitura ha conservado? ¡Oh, debió ser armonía divina!

Wagner ponía en música los *Lieder* escritos á la amada y le confiaba sus vastos proyectos, entre ellos el de una obra de asunto indiano que hubiera tenido por título *Los vencedores*; una ilustración filosófico-musical de la teoría budista, en la cual pensaba contraponer una victoria espiritual del amor puro y de la mujer ideal. Después un hijito de Matilde enfermo, muere. La madre está desesperada, y entonces la obra poderosa del genio, desordenada, suspendida por la muerte de aquella florecilla, escribe:

«Como dependo de ti, querida mía, no he podido trabajar ni pensar casi... Puesto que tú sufres, ¿podría consolarte que sufra contigo...?» El día de la muerte, un nebuloso día, tétrico sobre los lívidos canales venecianos, escribió á la amada que sólo el pensamiento de ella le había impedido arrojarse de la terraza, presa de un profundo disgusto de la vida, hacia el agua tranquila. «Después de esta noche terrible, voy á suplicarte que tengas una absoluta é ilimitada confianza en mí. Quiero decirte: está convencida de que yo todo lo puedo contigo y nada sin ti.»

No olvidemos que era Ricardo Wagner quien así escribía, y que si Matilde Wesendonk no hubiera existido ó su espíritu amante no hubiera hablado al alma de él, el Canal grande quizá acogiera á un augusto suicida y el arte no tendría ahora *Los Nibelungos*...

Este sentimiento de impotencia, de ineficacia, sin ella, apa-

rece con frecuencia en las cartas y en el diario, y á nuestros ojos eleva aquella mujer á un grado envidiable. «¡No des mucha importancia á mi arte!—le escribe una vez el autor de *Sigfrido*.—Lo he sentido claramente; no es para mí ni un consuelo ni una compensación: acompaña mi profunda armonía contigo, fortifica mi deseo de morir entre tus brazos»... Y otra: «Todo en mi vida se hunde apenas noto una pequeña discordia entre nosotros. Créeme, amiga mía, me tienes en tus manos. Sólo contigo podré conseguir el ideal supremo.»

¡Morir entre sus brazos! Este es el sueño último del héroe creador de una espléndida y armoniosa epopeya. En efecto, lo que más le aflige al abandonar la casita en que había vivido á poca distancia de la de ella, es el pensamiento de que no podría morir en la habitación en que gustaba imaginarse en el último día, mientras ella vendría á verle abriendo una de las puertas que comunicaban con la biblioteca.

Uno de los momentos más dulces de aquella gloria femenina fué, para la inspiradora, el día en que Wagner le llevó victorioso la última parte de *Tristán*, el poema de la pasión, de su pasión, que el maestro debía revestir poco de su armonía inmortal por estar todo lleno del pensamiento de ella durante el destierro. «Hoy hace un año que terminé el poema de *Tristán* y te mandé el último acto. Tú me abrazaste diciéndome: ¡Ahora no deseo nada!»

Extrañas palabras en los labios de una mujer superior. Sin embargo, ¿quién no las comprende? Wagner era entonces pobre y desconocido, pero Matilde Wesendonk sabía, *sentía* que el hombre que la amaba era un genio.

Las cartas de París y Viena tienen una entonación más calmada. Wagner vuelve á emplear el usted amistoso, y si su sentimiento por la mujer querida teje sus escritos con una trama exquisita de melancólica poesía y aun estalla de cuando en cuando en una llama ardiente y pura, se muestra capaz de dominar su pasión. La habla de sí, de sus débiles esperanzas, de sus pesares continuos, de sus raros consuelos y del dolor en que su gran alma formaba, como en un ardiente crisol, la obra inmortal. Le cuenta todos los pequeños detalles de su vida práctica con un abandono, con un *devouement*,

que eleva á nuestros ojos á su amiga á una envidiable altura. Algunas veces le transcribe su pensamiento musical por medio de notas, le narra minuciosamente las obras en que trabaja, le expresa franca y simplemente el juicio que le merecen, y por lo tanto, estas cartas constituyen, no solamente la historia, sino también el mejor comentario de las obras wagnerianas.

Interesantísimo es el apéndice formado por las cartas de Matilde al maestro. Por medio de ellas podemos conocer la musa inspiradora. Son suavísimas páginas en donde palpita un corazón de mujer que conoce bastante bien el arte difícil de interpretar la psiquis compleja del artista y de esparcir sobre sus pesares la tierna piedad de un afecto fiel.

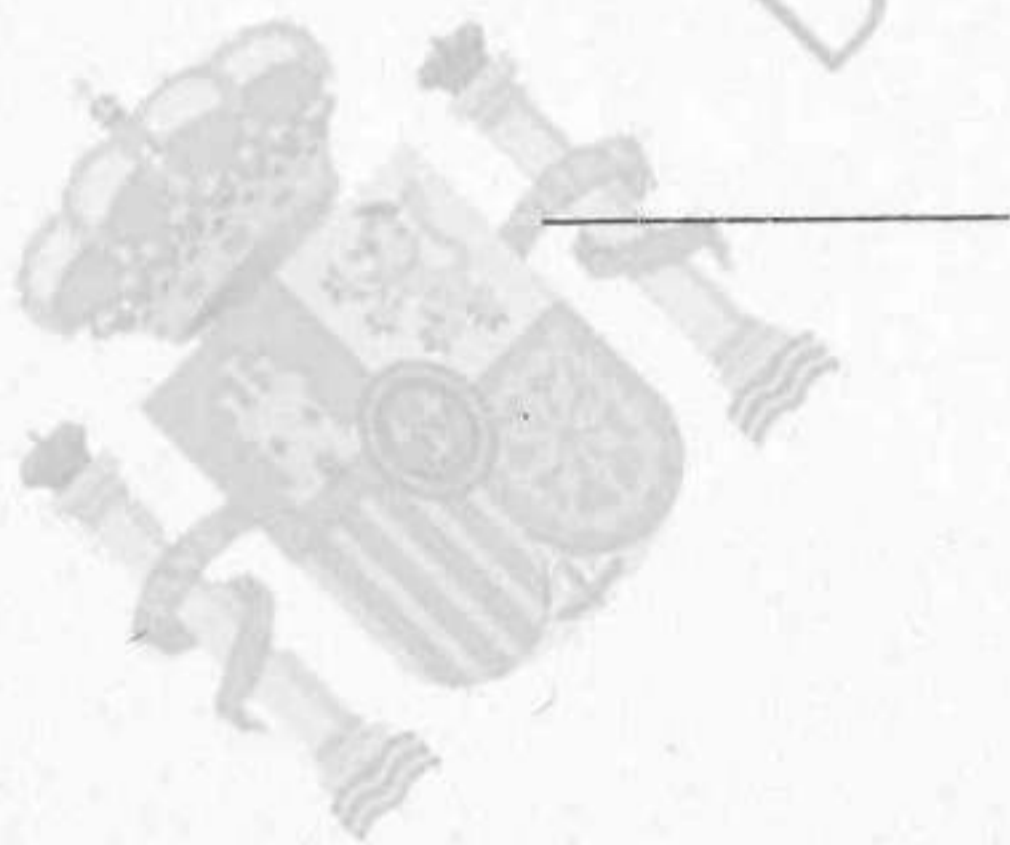
Le habla de las cosas que más le pueden interesar, le informa de la música que se ejecuta en Zurich, le conforta, le anima, le reconcilia con la vida por medio de una filosofía apacible, resignada y tierna en cuya fragancia late la bondad inteligente de su alma. «Ser felices juntos, sufrir juntos; nos queda, pues, mucho todavía», le escribe en una carta que no contenía más...

Al diario y á las cartas inspiradas en esta gran pasión, Petrucci hace seguir un breve epistolario del mismo Wagner á su amiga Wilde, por el cual se sabe su vida en la corte del Rey de Baviera y el profundo cariño del joven soberano hacia él, que correspondía con un afecto casi fraternal de infinita gratitud. Así como en el período de su amor por Matilde, Ricardo Wagner atribuía á ella el mérito de sus producciones, ahora, entre sus obras y el reposo que el Rey Luis le proporcionaba, sentía deber á la liberación de toda preocupación material el florecimiento pleno de su arte. Acaba el libro con una larga carta dirigida á una mujer desconocida á la cual Wagner expresa su gran admiración por Liszt y analiza minuciosamente su arte, más como filósofo que como músico. Estas páginas ponen en evidencia la singular intuición artística de Wagner, bien apta para penetrar las óperas de otro, para presentar las dificultades, los méritos, los defectos y los caracteres. Él se revela como crítico poderoso á la vez que como creador.

Son, pues, tres partes, tres aspectos de la gran alma wagneriana los que se nos presentan en estas cartas, pertenecientes á diversos períodos, dominando en ellas el amor, el reconocimiento y la amistad. Noble trilogía que vitaliza con palpitaciones humanas el espíritu magno del autor de los *Nibelungos*, irradia con un fulgor cálido el mismo genio.

JOLANDA.

(Versión española de Luisa Trigo.)



MINISTERIO
DE CULTURA



EL COLECTIVISMO ⁽¹⁾

Este programa fué aceptado por 48 votos. En él se prescinde por completo de las teorías del colectivismo parcial y progresivo de la propiedad, y así como éstas han sido presentadas por sus patrocinadores simplemente como preparatorias de un nuevo avance hacia un más completo colectivismo, así, á juicio de los congresistas del Havre, la socialización colectiva del suelo, del subsuelo y de todos los medios de producción, sin la que afirman no ser posibles la libertad y la igualdad, no será otra cosa que un paso que se aproxima al *comunismo libertario*, que facilite la implantación de éste.

En 10 de Junio de 1889 se abrieron en París las sesiones de un Congreso internacional obrero, que casi exclusivamente se proponía discutir y resolver lo referente á la *nacionalización* del suelo y de los instrumentos del trabajo, y á los medios que habrían de adoptarse para conseguir su pronta implantación. Refiriéndose á él y apreciándole según el criterio de los *libertarios* ó *ácratas*, decía *La Revolte*, órgano autorizado de los mismos, que los reunidos en el Congreso eran hombres que «tenían interés en la cuestión, que se congregaban libremente sin necesidad de representación oficial, correspondiendo la iniciativa á varios redactores de *La Terre aux Paysans*, á Eliseo Reclus, Eugenio Simón y A. Tourbeau»; lo cual basta para penetrarse del verdadero carácter y de la significación efectiva de dicho Congreso, y añadía: «Sabemos autorizadamente que George, en otro tiempo apóstol elocuente de la *nacionalización del suelo* y denunciador fogoso de los acaparadores del mismo, va á exponer sus ac-

(1) Véase la pág. 181 de este tomo.

tuales teorías sobre el impuesto y la renta; teorías que nos llevarían á la división del suelo entre los tenedores, si pudiera llegar á un principio de realización. Sabemos que el impuesto métrico de Tourbeau implica ya toda una revolución social, y que cuando ésta llegue, atacará en sus mismos principios al Estado, al impuesto y á la propiedad, apreciando la utopía propuesta por Tourbeau como un medio de mejorar las condiciones, sin pasar por la revolución. Sabemos además que la cuestión agraria puede separarse de la cuestión social en todo su conjunto, y que la nacionalización del suelo, sin la nacionalización de todo el capital social, es imposible, es utopía. Sabemos todo esto, y, sin embargo, nos complacemos en ver reunido un modesto Congreso que suscita una cuestión inmensa, una cuestión olvidada, desdeñada por los socialistas, y porque recuerda á éstos una de sus más graves faltas».

Estas líneas del que fué doctrinal órgano en la prensa de los más exaltados é intransigentes *anarquistas* vienen ya á señalar, por una parte, las ideas de éstos referentes á la *nacionalización del suelo*, que consideraban y siguen considerando como insuficiente y aun dañosa á la causa del proletariado y, por otra parte, su alejamiento del socialismo y en especial del que tiende á ensanchar considerablemente la acción del Estado. El articulista concede mayor atención á esta segunda parte. «El socialismo moderno—dice—ha nacido en las grandes ciudades; en medio de las manufacturas es donde ha madurado. Los socialistas activos son trabajadores fabriles, y los pensadores del socialismo moderno han tenido su educación socialista en el medio obrero de la ciudad, y por eso han desdeñado la cuestión de la tierra. Esta cuestión preocupó en los comienzos de la Internacional á varios socialistas, siendo por ella por la que se llegó á la idea de la expropiación en el Congreso de Bruselas en 1868, publicando al año siguiente Liebnicht un excelente trabajo sobre la cuestión agraria en Europa, rico en hechos y materia de reflexiones. Pero desde entonces, y bajo las preocupaciones de la política parlamentaria, la cuestión del suelo fué olvidada por los socialistas, siendo los anarquistas quienes más se han

ocupado de ella, y sabido es lo poco que hemos hecho en esta materia, pero en lo general los socialistas han atestiguado una indiferencia más que culpable hacia esa inmensa cuestión agraria, que es la de vida y muerte para más de doscientos millones de hombres de Europa: cuando más, se ha imitado á la famosa frase expropiación del suelo, del subsuelo, etc., frase que no tiene sentido, y que jamás se ha profundizado.»

¿Correspondió el Congreso á estos pronósticos y esperanzas? ¿Llegó á donde los teóricos del anarquismo contaban que llegase? «La nota característica del Congreso internacional de París, cuyas sesiones presidiera un comité directivo, concurriendo muy pocos delegados extranjeros y sí todos los emigrados—decía un importante periódico,—fué la dureza de los ataques á la propiedad individual considerada como base fundamental de la actual sociedad burguesa, contra la que revelaron un odio implacable y contra la que admitieron como buenos, como ciertos, como plausibles, todos los medios y la preconización del robo, con excepción de entre miserables, como dijo el delegado español, redactor de *El Productor*, de Barcelona, cual arma para que los despojados, los expoliados, recuperasen de los expoliadores lo que detentan por la fuerza.»

Como se ve por lo transcrito, el mencionado Congreso, distanciándose en ello, como en otros extremos fundamentales, de los principios y de la táctica del socialismo, no hizo más que copiar en su característica las exageradas ideas de algunos de sus teóricos. Á tales y tan radicales diferencias, que por sí solas bastan para que no puedan confundirse ambas escuelas, la colectivista, aun en su matiz más pronunciado, y la anarquista, se refieren las siguientes consideraciones: «En conformidad con dichas manifestaciones, únicamente posibles con la moral anarquista, que con razón sostienen ser la opuesta á la moral universal, es decir, á la verdadera moral, y reproducidas y exageradas más todavía en periódicos, hojas sueltas, libros y reuniones, agregó el célebre propagandista Pertilier, con general aplauso, que lo que los distingue de las demás escuelas socialistas es el co-

locar el *derecho á la existencia* por encima de todo otro principio; que lo que caracteriza á los anarquistas es la lealtad y la franqueza entre sí; y que es indispensable que cada individuo tenga el derecho de tomar lo que le sea necesario para subsistir». Sebastián Faure expresó que, en la importantísima, en la transcendental, en la capital cuestión de la propiedad se presentaban dos fórmulas: *todo es de algunos y todo es de todos*; que cualquier trabajo está compuesto de tres factores: *naturaleza, instrumentos y hombre*; que «la naturaleza es de todos, el instrumento de trabajo producto de las generaciones anteriores que han descubierto la ciencia», y que «hay que fomentar las rebeliones particulares, herir sin descanso y difundir el menosprecio á la propiedad».

En tales afirmaciones, acogidas con unánime asentimiento, se condensa la opinión del Congreso. Contra la propiedad particular y contra su absorción por el Estado se pronunció la asamblea. Nada se expuso en su sustitución. Destruir fué su aspiración única; la edificación surgiría después de un modo espontáneo. El acuerdo mutuo de los ciudadanos y de las colectividades voluntarias determinaría el régimen futuro. En cuanto á la destrucción, los congresistas fueron precisos y claros; en lo demás, vagos y nebulosos. Así, pues, les son aplicables no pocas de las censuras que ellos dirigieron á los socialistas.

CAPITULO V

La Internacional, la propiedad y el colectivismo.—Programas colectivistas del Congreso de Marsella de 1879 y del partido obrero de 1895.—El socialismo municipalista y la nacionalización del suelo en Inglaterra.—El colectivismo en España.

I

Mucha mayor importancia que los acuerdos y decisiones de los Congresos de que nos hemos ocupado tienen las ideas y los actos de la célebre Asociación Internacional de los trabajadores, Asociación en la que, á muy poco de constituirse,

ya se dibujaron las dos tendencias radicales opuestas, y se iniciaron las luchas que habían de determinar su disolución: estas tendencias se hallaban personificadas en Marx y en Bakounine. Entre las ideas que en un principio patrocinara y las que sustentó en sus postrimeras, media gran distancia; primeramente miraba más bien á las *Trades Unions*; después, á los *libertarios*. Eso mismo se observa en cuanto á sus ideas concretas referentes á la propiedad. Esta cuestión ó problema, que cada día se presenta más transcendental, y que es el eje sobre el cual giran todas las teorías socialistas, pasó casi desapercibido para los primeros internacionalistas, como lo demuestra el Congreso de Ginebra, en el que ni siquiera llegó á plantearse. No sucedió lo mismo en los posteriores, según muy oportunamente lo hace notar una interesante *Historia de la Internacional*, vertida al castellano hace algún tiempo. «El comunismo, que no había tenido entrada en el primer Congreso, ó que al menos no había osado tomar la palabra, lo hizo con altivez en el segundo, pues, con efecto, en Lausanne, después de haber reclamado la federación de las asociaciones, es decir, el abandono, en provecho de los perezosos y de los ineptos, de lo que los obreros laboriosos y hábiles hubieran ganado, pide que se haga al Estado propietario de los medios de transporte y circulación, á fin de anonadar el poderoso monopolio de las grandes Compañías, que sometiendo las clases obreras á sus arbitrarias leyes, atacan á la vez la dignidad del hombre y la libertad individual.»

Aun cuando ya esto indicaba de sobra cuál era la vía que la Internacional pensaba seguir, hizo una especie de parada. «No vió—según dice el autor de la mencionada historia—más que presentar la batalla á las grandes Compañías, á determinadas Sociedades obreras; no reclamó más que las propiedades aparentemente de carácter colectivo; la propiedad individual fué respetada en los Congresos de 1866 y 1869, propiedad que no tuvo que rechazar sino los ataques de la vanguardia y las incursiones de algunos *hulanos* del comunismo.» Esta actitud fué mantenida por poco tiempo; ciertos elementos comenzaron á preponderar; ideas que no habían hecho más que insinuarse tomaron cuerpo, penetraron en la

masa; y así ya en Bruselas, en 1868, la propiedad individual «sufrió un ataque general, dado por todas las fuerzas reunidas de la Asociación, sin exceptuar á los que de buena fe creían ir á su defensa». A contar de esta fecha ya no fué la lucha entre los mantenedores de tal propiedad y sus adversarios; lo fué entre los *colectivistas* y los *comunistas*, y dentro de aquéllos, entre los *templados* y los *radicales*. Las discusiones fueron interesantes y los acuerdos muy significativos; sus ideas quedaron bastante precisas. Veamos cuáles fueron. Para ello acudiremos al repetidamente citado libro de Mr. Emilio de Laveleye, en quien, á más de su conocimiento profundo de la materia, hay que reconocer un criterio en lo general desapasionado.

Según Laveleye, la *Internacional*, que hasta el Congreso de Bruselas (año 1868) no era sino una amplísima Sociedad de resistencia para mantener ó elevar la tasa de los salarios, sino una especie de *Trade Union* universal», cambió en lo sucesivo su espíritu, su tendencia y sus aspiraciones «y soñó con transformar completamente la sociedad suprimiendo el salaríato, esa nueva forma de la esclavitud». ¿Cómo entendió poder conseguirlo? «Atribuyendo todos los instrumentos del trabajo á la colectividad, lo cual es el *colectivismo*, régimen cuya idea y cuyas bases se habían ya expuesto, más ó menos completamente, por los socialistas, en especial por Karl Marx y los suyos.» «El comunismo—prosigue diciendo Laveleye—estaba desacreditado; la crítica implacable de Proudhon le había hecho absolutamente impopular. En el Congreso de Laussana ya se había decidido que las vías férreas debían pertenecer al Estado, y en el de Bruselas el mismo principio fué aplicado á las minas, á las canteras, á los bosques y aun al suelo laborable, siendo los fundamentos de esta última resolución los aducidos por los escritores socialistas.»

Con razón expresa después que «es de notar cuánto difiere el lenguaje empleado en el Congreso del de los revolucionarios de la tradición jacobina», advirtiéndose en ello la diferencia de la escuela positivista, que se precia de predicar el respeto de las leyes naturales; «no es la *revolución*, sino la

evolución, la que llevará la sociedad al *colectivismo*; no serán los decretos de una *convención*, sino las *necesidades sociales*, las que realizarán la transformación. Además, el Congreso hizo cierta reserva impuesta por la duda científica».

No seguiremos á Mr. de Laveleye en la extensa exposición que hace de las opiniones emitidas en el Congreso á que venimos refiriéndonos, Congreso cuya importancia principalmente estriba en que en él comenzaron á colocarse, por decirlo así, los jalones de la ruta que la Internacional había de seguir. El de Bale, que tuvo lugar en Septiembre de 1869, prosiguió, con un carácter más pronunciado, el examen de las mismas cuestiones referentes á la propiedad, que en el anterior habían sido discutidas. La síntesis de sus resoluciones puede encontrarse en la declaración que hizo de que «la sociedad tiene el derecho de abolir la propiedad individual del suelo, y de hacer entrar á ésta en la comunidad»; declaración que sugiere á Mr. de Laveleye la siguiente observación: «Cosa sorprendente: ninguno de los Congresos de la *Internacional* se había ocupado de las casas, de los capitales industriales, de las fábricas, maquinaria, etc.».

Mr. Tolain, uno de los oradores que más se distinguieron en los precedentes Congresos, y que militaba en la extrema derecha, hizo uso de la palabra en defensa de la propiedad individual. «Vuestra colectividad —dijo— es un ser abstracto, es lo desconocido, y, sin embargo, pretendéis imponé-nosla. Nada hay real más que el individuo, y todo lo que contrarie su libre albedrío es malo. En todo hombre encontramos el deseo de ser su propio rey y de gozar de su independencia. Atribuyendo al derecho de posesión todos los males de la humanidad, tomáis el efecto por la causa. ¿Tendrá la colectividad mayor inteligencia para la explotación que el individuo? ¿No es por la iniciativa individual por la que se vienen realizando todos los progresos?» En tales palabras se hacía eco el orador de una minoría de congresistas, y no hacía sino repetir argumentos contra el colectivismo y el comunismo de los aducidos por los economistas clásicos. Al apreciarlas Mr. de Laveleye, escribía: «Mr. Tolain era *mutualista* y no *colectivista*». Otro francés, un antiguo discípulo de

Proudhon, Largloix, pronunció estas proféticas palabras: «El socialismo se perderá, enajenándose á los habitantes del campo, si acepta sin consultarles ni contar con ellos las decisiones del Congreso de Bruselas. Veremos, como en 1848, á los campesinos levantarse en masa contra los obreros de las ciudades, y hacer ilusorio el triunfo de la revolución. ¿Estáis dispuestos á traer una obra viable cuando seáis los amos? El Estado propietario colectivo del suelo es el Estado haciendo trabajar á la fuerza, regimentando á los obreros por escuadras bajo el mando de ingenieros, contra maestres, etc., é instituyendo una jerarquía impuesta del trabajo».

Tales objeciones no fueron tenidas en cuenta en el Congreso en que se emitieron, pero sí en parte posteriormente por varios socialistas colectivistas, cual lo demuestra lo sostenido por Bebel en la ocasión á que ya nos hemos referido, y los acuerdos de exceptuar de la colectivación del suelo las pequeñas propiedades y extender la propaganda á la población rural, atendiendo á sus intereses y á sus legítimas aspiraciones. Enfrente de ellas se expusieron otras muy distintas y contra los oradores que más ó menos desembozadamente defendían la propiedad individual se levantaron otros, resueltos partidarios del colectivismo, y que respondían al espíritu de la mayoría de los delegados.

Uno de éstos lo fué el tan conocido y eminente escritor César de Paepe, de cuya intervención en el debate dice Laveleye: «Por su informe puede verse en qué difiere el comunismo del colectivismo. En el sistema colectivista no es el Estado ó la colectividad quien explota; el Estado conserva el dominio directo, pero abandona la dirección del trabajo á asociaciones cooperativas bajo ciertas condiciones, pago de un alquiler, garantía de buena conservación, reglamentos equitativos, etc.; para las vías férreas, cuando el Estado es á la vez propietario y explotador, viene á constituir una especie de comunismo, y cuando concede la explotación de esta propiedad, como quiere hacerlo en Italia, es más bien un caso de colectivismo. Para la remuneración del trabajo el comunismo quiere la igualdad, ó lo que es lo mismo, la aplicación de la máxima «á cada uno según sus necesidades», mientras

que el colectivismo pretende asegurar á cada uno el goce integral del producto de su trabajo, y de ese modo el verdadero, y en el fondo el único resorte de la actividad económica, el interés personal, que el primer sistema suprime por completo, es en cierto modo mantenido en el segundo. El comunismo se ve conducido por su principio al consumo en común, como en el cuartel, mientras que en el colectivismo puede conciliarse con la existencia separada en las familias. Los comunistas suprimen radicalmente la herencia; los colectivistas la conservan para todo lo que no pertenece al Estado».

Por estas distinciones entre el comunismo y el colectivismo combatía indirectamente Mr. de Paepe y rechazaba los ataques de los que, confundiéndolos cual si fuesen un solo sistema, hacían recaer sobre el uno los vicios y defectos que únicamente al otro eran atribuibles. En la Internacional se manifestaban tres tendencias, de las cuales dos pueden calificarse de radicales y extremas: la de aquellos que patrocinaban la propiedad individual y la de los que en absoluto la rechazaban, sustituyéndola con la comunista, y una tendencia intermedia que miraba á la colectivización de los goces y de los medios de producción. De aquí surgieron, como no podía menos de suceder, empeñadas controversias, siendo una de las más calurosas la que en dicho Congreso de Bale se suscitó acerca del derecho de sucesión. Respecto á esta cuestión, ciertamente de las más interesantes que encierra el problema social, dice Laveleye: «Los colectivistas, representados principalmente por De Paepe, adujeron los fuertes argumentos que comúnmente se han hecho valer en favor de la transmisión hereditaria de los bienes. Un individuo se ha constituido un haber por acumulaciones, no del producto del trabajo de otro, sino del suyo propio, procurándose así ciertos goces, ¿no es justo que pueda transmitir estas economías á sus hijos? Evidentemente esta facultad será un estímulo para el trabajo y un preservativo contra el derroche, y de consiguiente, una ventaja para la sociedad entera. Si cada uno recibe una instrucción completa y un instrumento del trabajo, la herencia individual no puede atentar á la igualdad racional.

Aunque la corriente comunista fuese hoy poderosa, en la abolición de la herencia, propuesta por la comisión de estudio, no obtuvo sino 32 de los 68 votos, y por consiguiente, fué rechazada».

Tales fueron algunas de las ideas capitales de la Internacional. En cuanto al conjunto, llegó al régimen colectivista, según el cual las empresas rurales é industriales pasarán á las asociaciones autónomas. Esta resolución, no obstante de que en ella se vislumbren sus ideas, no satisfizo á los comunistas anarquistas, como tampoco á otros elementos. Las disidencias, que ya se habían manifestado, tomaron cuerpo, la discordia agitó en medio de la asociación su disolvente antorcha, y sucesos posteriores é inmediatos contribuyeron á destruirla. Quisieron que llegara al comunismo, pero con todo no pasó de un comunismo prudente. Esto no podía satisfacer á los radicales revolucionarios, que habían ido creciendo. Su intransigencia determinó la muerte. Hoy parece resucitar, pero tal como se presenta, tiene poco de común con la anterior.

II

Ni los acuerdos de la *Internacional*, ni las discusiones en sus Congresos, por las causas que hemos apuntado, dan á conocer el verdadero colectivismo tal cual lo han concebido las masas socialistas, si bien sirven para marcar una de sus más importantes fases. Así dice un notable publicista, Mr. Eugenio d'Erchthal (*El socialismo y el problema social*, 1899): « Es preciso remontarse al *Programa del partido obrero* según fué formulado en sus respectivas circunscripciones en 1893 por Mrs. Guesde, Chaurrier y bastantes otros de sus candidatos, que, por otra parte, no hacían sino reproducir en lo concerniente á la propiedad las conclusiones del Congreso de Marsella de 1876, declarado memorable para los colectivistas discípulos de Guesde.»

¿Cuál fué este programa en lo que interesa, programa á cuyo frente se expresaba estar confeccionado con arreglo á

las resoluciones del citado Congreso nacional y aumentado con las del de Roubais? Helo aquí: «Considerando que el sistema individual que rige actualmente la propiedad es contrario á los derechos igualitarios, que deben ser la expresión de la sociedad futura, adopta el Congreso como objeto la colectividad del suelo, subsuelo, primeras materias, dadas á todos y hechas inalienables por la sociedad, á la que deben volver: Considerando que la emancipación de la clase productora es la de todos los seres humanos, sin distinción de sexo ni de raza, que los productores no llegarán á ser libres mientras no estén en posesión de los medios de producción, tierras, fábricas, barcos, etc.; que no hay más que dos formas por las que los medios de producción puedan pertenecerles, la individual, que no ha existido nunca en el estado de hecho general, y que es eliminada cada vez más por el progreso social, y la colectiva, cuyos elementos materiales é intelectuales están constituídos por el mismo desenvolvimiento de la sociedad capitalista: Considerando que esta apropiación colectiva no puede proceder sino de la acción revolucionaria de la clase productora organizada en partido político distinto; que semejante organización debe ser perseguida por todos los medios de que dispone el proletariado, siendo de comprender en ellos el sufragio universal, transformando de ese modo el instrumento de bribonería, que hasta el presente no lo ha sido de emancipación; Por todo ello, los trabajadores socialistas, dando como fin á sus esfuerzos la *expropiación política y económica de la clase capitalista y el retorno á la sociedad de todos los medios de producción*, han adoptado como modos de organización y de lucha las resoluciones siguientes: Parte económica. 1.º Descanso de un día en la semana, ó prohibición legal á los empleantes de hacer trabajar más de seis días cada siete. 2.º Reducción legal de la jornada á ocho horas por día para los adultos, prohibiéndose el trabajo de los niños en los talleres particulares hasta la edad de catorce años, y reduciéndose para ellos á seis horas la jornada hasta los diez y ocho años. 3.º Vigilancia protectora de los aprendices por las corporaciones obreras. 4.º Minimum legal de los salarios, determinado cada año según el precio local de

las mercancías, por una comisión de estadística obrera. 5.º Prohibición legal á los patronos de emplear obreros extranjeros con un salario inferior al del obrero nacional. 6.º Igualdad de salario en trabajo igual para los trabajadores de ambos sexos. 7.º Instrucción científica y profesional de todos los niños puestos para su sostenimiento á cargo de la sociedad, representada por el Estado y el Municipio. 8.º Sostenimiento por la sociedad de los ancianos y los inutilizados en el trabajo. 9.º Responsabilidad de los patronos en materia de accidentes, con la garantía del depósito que en las Cajas obreras haga el empleante industrial. 10.º Intervención de los obreros en los reglamentos especiales de los diversos talleres, suprimiéndose el derecho usurpado por los patronos de imponer multas ó retenciones de los salarios. 11.º Anulación de todos los contratos por los que se haya enajenado la propiedad pública, barcos, minas, vías férreas, etc., y explotación de los talleres del Estado confiada á todos los obreros que trabajan. 12.º Abolición de todos los impuestos indirectos, sustituyéndose por uno progresivo».

Al apreciar este programa, del que hemos suprimido la parte política, y que de programa mínimo colectivista puede calificarse, dice Mr. Eugenio d'Erchthal: « La forma colectivista de la propiedad sin distinción alguna era, como se ve, claramente indicada como una de las condiciones esenciales del futuro socialismo. Por otra parte, dicho programa se confirmaba con la declaración precisa de Karl Marx en *El capital*. « el régimen de los pequeños cultivadores independientes que trabajan por cuenta propia no es compatible sino con un estado de la producción perpetuamente limitado, y debe ser aniquilado »; la grande industria hace desaparecer al aldeano ». « La experiencia nos manda, dice Guesde en una conferencia de Bruselas en 1894, esperar todo del proletariado, de esta clase que se encuentra demasiado mal con el presente régimen económico para no tender con todas sus fuerzas á salir de él, y por consiguiente nos corresponde hacer que salga. Los intereses particulares de clase se confunden con el interés general de la humanidad y transforman el proletariado, aun cuando sin que tenga conciencia de ello, en

campeón de toda la especie, puesto que no puede dejar de ser una clase privada de propiedad sino transformando la capitalista, ó de algunos, en provecho general de todos. » La afirmación de los primeros colectivistas con relación al régimen de la propiedad debía suscitar bien pronto dificultades en el partido; «éste, á medida que se encaminaba á una parte mayor del sufragio universal, se apercibía de las repugnancias que producía en los pequeños propietarios, y así desde 1893 se asiste á un trabajo no interrumpido que consiste en recoger el programa original de Marsella para llenarlo con toda clase de equívocos »:

De algunas de estas atenuaciones, y de la táctica empleada para atraerse á los pequeños propietarios y en general á la población de la campiña, nos hemos ocupado anteriormente. En ellas es indudable que no resplandecía la lógica ni la consecuencia en el principio fundamental colectivista; pero también es evidente que responden al oportunismo, á la conveniencia de comenzar destruyendo los grandes capitales y propiedades, para llegar de un modo gradual y menos sensible á la transformación completa del régimen hoy imperante. Que estas concesiones han sido oportunas lo demuestra la difusión de las ideas socialistas en la población rural.

III

Esa inclinación al *oportunismo* ó *posibilismo* y ese propósito de facilitar, ó más bien, de preparar por un movimiento *evolutivo* la transformación social, principalmente en el orden económico, que, como hemos visto, se acentúan cada día más en los socialistas alemanes y franceses, y á los que dirigen rudísimos ataques los *libertarios*, se marca todavía más en la patria de las *Trades Unions*, en Inglaterra, donde tiene verdadero arraigo el llamado *socialismo municipalista*. y donde también se extiende la idea de la *nacionalización del suelo*. Con respecto al primero decía Mr. Alberto Metín (*El socialismo en Inglaterra*): «Los *fabianos* pretenden haber encontrado en el programa de los *progresistas* dos tendencias socia-

listas, la una en el impuesto progresivo sobre la propiedad territorial, y la otra consistente en transformar en los que se llaman servicios municipales las empresas de aprovechamiento, de cambio y de circulación, siendo esto lo que se denomina *socialismo municipal*, bastante bien definido en el *Fabian municipal program* de Febrero de 1892.

¿Cuáles son las características de este programa y cuál el matiz verdadero que reflejan? Oigamos al mencionado escritor:

«La sustancia del manifiesto—dice—puede condensarse en estos tres pasajes: 1.º Atribución de la renta del suelo á la comunidad, que la aplicara á los gastos de instrucción y del servicio de sanidad; 2.º Para el suministro de agua y de gas, para la explotación de los tranvías, para el arriendo de los mercados públicos y de los docks, institución de las grandes empresas por la comunidad, que pagara bien á los obreros y sirviera mejor á los clientes, en lugar de explotar á unos y otros para conseguir grandes beneficios. Y 3.º Intervención de las autoridades en las relaciones entre patronos y obreros para fijar el *mínimum* de los salarios y las horas de trabajo.»

Como se ve por estas breves indicaciones, el *socialismo municipal inglés* sustenta un colectivismo bastante limitado, le circunscribe á determinados servicios públicos, aplicando para su sostenimiento la renta del suelo, y haciendo intervenir á las autoridades en la fijación del *mínimum* del salario y del *máximum* del trabajo. No llega ni con mucho á donde las escuelas similares del continente, y por ello de él se alejan importantes elementos de la clase obrera y no pocos de los teóricos del socialismo, cual lo demuestra el auge que entre unos y otros ha conseguido la idea de la nacionalización del suelo; idea que vamos á presentar con relativa extensión, atendiendo á su alcance, al valor de algunos de los publicistas que la han patrocinado y á su conexión con otras ideas y teorías colectivistas.

Tal teoría de la nacionalización del suelo, presentada como el remedio más eficaz para curar los males que abruman á las sociedades, no es en Inglaterra concepción de reciente

fecha, pues como hace notar Mr. Arnold Toynbée, «ya fué emitida por James Mill, que la apoyaba en sus observaciones referentes al modo de posesión del suelo y percepción de los productos en la India»; y como observa Mr. Goddard, «hay razones para creer que semejante idea tuvo un origen bastante más antiguo», citando en comprobación de este aserto á Mr. Hyndinan, quien menciona un folleto de Thomas Spere, de Newcastle, publicado hace más de cien años, en el que encuentra formulado un sistema completo de nacionalización del suelo, siendo intermediarias las parroquias y las municipalidades.

Pero esta idea, emitida en época ya tan lejana, no se presentó como nueva, ni cautivó la atención pública, según Mr. Goddard, «hasta el año 1870, al redactarse los estatutos de la *Land fenian reforme association*, cuyo inspirador fué John Stuart Mill». El artículo cuarto de dicho reglamento establecía como uno de los fines de la asociación «reclamar en beneficio del Estado, por medio del impuesto, el *plus valor*, que es una consecuencia natural del aumento de la población y de la riqueza, sin ningún esfuerzo ni gasto por parte del propietario, reservando á éste el derecho de ceder sus tierras al Estado por el precio corriente en el día en que este principio sea adoptado por el legislador».

El inmortal publicista Stuart Mill defendía tal sistema, fundándose para ello en que «el suelo es un monopolio natural; en que en toda sociedad que prospera sin que los propietarios hagan nada al efecto, el suelo aumenta el valor, y como este *plus valor* proviene del hecho de la comunidad, es justo que ésta se aproveche de él; en que el propósito no era atacar las adquisiciones antiguas de propiedades, sino tan sólo tasar los aumentos naturales del producto, ofreciéndose á todo propietario dispuesto á renunciar á sus tierras el valor natural de las mismas; en que tal sistema sería ventajoso para la nación, porque un individuo no dará nunca en dinero constante, en previsión de un beneficio remoto, tanto como este beneficio vale al Estado, que es inmortal; y en que, sea lo que quiera lo que se piense sobre la posibilidad de aplicar el proyecto, no puede decirse que es injusto, como lo son la

mayor parte de los de nacionalización del suelo, siendo lo único que puede objetarse que el aumento natural del valor natural del suelo no tiene nada de especial, y que se produce regularmente, por ejemplo, en las estaciones de un camino de hierro, cuyo valor acrece también únicamente á causa del aumento de la riqueza».

Tanto ó más que el anterior programa da á conocer el movimiento del socialismo inglés hacia la nacionalización del suelo un libro que, con el título de *La nacionalización del suelo, su necesidad y su objeto*, dió á luz en 1882 el eminente escritor Mr. Alfredo Russel Wallace, del cual no podemos menos de ocuparnos, aun cuando ya de él hayamos hecho mención; libro en que pretende demostrar su autor que «un sistema racional de ocupación bajo el dominio eminente del Estado sería el remedio más completo de los males ocasionados por el actual sistema de propiedad absoluta». Al hacer su análisis y su crítica Mr. Goddard Oper, se expresa en estos términos: «En los primeros capítulos de Wallace discute las causas de la miseria que persiste al lado de la riqueza, y explica los sufrimientos que resultan del *propietarismo* en Inglaterra, en Irlanda y en Escocia, verificándolo con citas y resúmenes de autores conocidos; hace ver á continuación la diferencia entre el sistema de *ocupación* y el del *propietarismo*, y procura demostrar que «el bienestar y la felicidad del cultivador corresponden con el interés que tiene en el suelo». En un capítulo último, y después de haber sostenido que el libre cambio aplicado al suelo no puede hacer sino aumentar esas grandes propiedades y agravar los males que emanan del *propietarismo*, desenvuelve su propia solución del problema, que en síntesis es la siguiente: tan sólo el Estado debe ser propietario del suelo. Los que de él lo obtengan deben tenerlo en arriendo perpetuo, conservando la libertad absoluta de cultivo, de venta y de cambio de sus lotes, debiendo prohibir en absoluto el subarriendo y limitar extremadamente las hipotecas. La propiedad del Estado no debe ser meramente nominal, sino que debe comprender un alquiler proporcionado al valor real del suelo. Se haría una evaluación exacta de cada parcela del terreno, y así determinado

el valor arrendable, sería dividida en dos partes, la una representativa del valor inherente, dependiendo de su misma naturaleza, de los medios de comunicación, de la vecindad de los mercados, etc., y la otra consistente en el valor adicional dado al suelo por los propietarios y los ocupantes, y proveniente de las mejoras permanentes realizadas. La parte primera determinaría el alquiler pagable en lo sucesivo al Estado y sometido á una revisión periódica, y la segunda, que Mr. Wallace llama *derecho del tenedor*, le pertenece exclusivamente».

Continuando esta exposición del sistema, dice Mr. Goddard: «Como en lo sucesivo se prohibirá en absoluto el subarriendo, el derecho del terrateniente sobre todos los terrenos no ocupados actualmente por sus propietarios será vendido. Los terratenientes actuales tendrán el derecho de preferencia, y si no pudiesen arreglarse amistosamente con los propietarios, la cuestión será resuelta por tribunales locales especialmente nombrados á este efecto. En caso necesario la suma fijada podrá anticiparse á los terratenientes por sociedades de préstamos autorizadas, ó por la autoridad municipal, y será reembolsada por un alquiler á plazos. Una vez adquirido el derecho del terrateniente, el que le adquiera se hace poseedor por el Estado, y sujeto al impuesto de alquiler, pudiendo, según le plazca, enajenar su derecho».

Tales son algunas de las teorías que, con la de Mr. George, del máximum y del colectivismo radical, se dividen el campo reformador en la Gran Bretaña. Cuentan con bastantes partidarios, pero las primeras son muchas menos que las otras, por lo mismo que son inspiradas por un colectivismo tímido y que no satisfacen sino en pequeña parte las aspiraciones del proletariado, adversario resuelto del actual régimen de la propiedad. Podrán aceptarlas como un principio de la transformación de ésta, pero en manera alguna como el régimen apetecible, no viendo en ellas el remedio para sus males: en el colectivismo sin restricciones lo encuentran los más; en el comunismo, sea ó no anarquista, le hallan no pocos.

IV

En España las ideas socialistas-colectivistas bajo la forma de *municipalización del suelo*, y la comunista, pero con caracteres especiales, acusan bastante antigüedad. Los en mal hora desaparecidos bienes de propios y comunes, etc., ofrecían más ó menos pronunciadamente el indicado carácter, y las leyes desamortizadoras, que privaron de esas propiedades á los municipios y á sus habitantes de los aprovechamientos que disminuían su miseria, leyes que tan sólo han servido para la reconcentración de las tierras en pocas manos, pugnan principalmente con el espíritu de los aldeanos que en ellas veían más que otra cosa un despojo. Por otra parte, la idea de la *nivelación de las hijuelas* se ha visto muy generalizada en nuestro país, siendo varias las comarcas donde hasta no ha mucho venía practicándose, en virtud de usos y costumbres inmemoriales, una especie de colectivismo, como lo han demostrado en curiosos estudios D. Joaquín Costa y otros publicistas. No es, por lo tanto, sorprendente que en unas regiones de España haya profundizado la propaganda comunista y en otras la colectivista.

«En las regiones montuosas de España—dice el Sr. Sanz y Escartín (*El individuo y la reforma social*)—subsisten aún restos de la antiquísima comunidad primitiva, administraciones adaptadas á las necesidades de su economía. Merced á ellas, los servicios públicos se efectúan en condiciones ventajosísimas, la explotación de la tierra y de los ganados da los mejores rendimientos posibles, la mutua y fraternal asistencia alivia las miserias, y una administración verdaderamente paternal atiende al mejoramiento constante de los intereses que le están confiados. Lo que no podría realizar la acción individual en aquellas poblaciones, que luchan siempre con una naturaleza dura y esquiva, lo alcanza con ventaja el esfuerzo colectivo. En lo alto del Pirineo y al Norte de Navarra hay una bella planicie, surcada de arroyos y tapizada de praderas; junto á famosa colegiata, que

está en medio de la planicie, hay un pueblo exiguo, pero su aspecto es risueño. No hay pobres; una viuda desdichada es auxiliada por todos los vecinos. El Ayuntamiento es allí genuina representación del vecindario; su acción es siempre provechosa. Como la riqueza consiste en el ganado, el Ayuntamiento ha adquirido, con gastos de relativa importancia, pero con gran beneficio para el pueblo, sementales que sostiene con gran cuidado. El pan y el vino son servicios municipales, y por las mañanas acuden gravemente á la casa del concejo á recibir su ración los mastines guardadores del ganado.»

A este ejemplo tan significativo de por sí, y mucho más presentado por un escritor de la escuela económico-individualista, pueden agregarse otros varios recogidos de varias regiones españolas; con ellos, y con la fuerza incontrastable de los casos prácticos, tienen contestación cumplida los principales argumentos que contra el colectivismo aducen sus adversarios, y se ve también que el planteamiento de tal sistema, siempre que se procure adaptarlo á las condiciones particulares de las distintas localidades, no es obra titánica, ni siquiera difícil.

¿Es de extrañar que ante los resultados beneficiosos que ofrece en tales localidades y comarcas un régimen colectivista y aun comunista, más ó menos pronunciado, que tanto se aproxima al municipalista de otros países, y ante el recuerdo del que en épocas ya lejanas imperara en casi todas las provincias, cuando los pueblos disfrutaban de los aprovechamientos de extensos terrenos, sujetándose en dichos aprovechamientos á reglas equitativas hijas de la experiencia; es de extrañar que consideren y acojan benévola-mente los trabajos de los que intentan implantar sistemas que tanto se aproximan al que echan de menos? ¿Es de extrañar que los obreros de todas las industrias, que desde la desaparición de las antiguas corporaciones y que ciertamente debieron reformarse para corregir sus vicios y abusos, pero no abolirse, se ven víctimas de una concurrencia desenfrenada y del insaciable capitalismo, busquen la atenuación de sus desdichas, y el término de la explotación á que se les

sujeta, en teorías y en sistemas inspirados en la justicia, ó que creen que tienden á ella? Los unos contemplan al capitalismo constituyéndose en poder despótico gracias á su perseverante reconcentración, y entrando en ésta, en el agio, en el monopolio, y en el trabajo exiguamente pagado de los obreros, sus inmensos provechos. Los otros se han visto arrojados y desposeídos de sus bienes comunales, de los que aliviaban su miseria, por propietarios que los adquirieron en muchísimo menos de su valor efectivo prevaliéndose de angustias nacionales, ó usúrpándolos y consolidando la usurpación por el transcurso del tiempo, viendo también que no pocas y extensísimas propiedades se deben á concesiones gratuitas que á sus favoritos hicieron los Reyes de lo que no les pertenecía, sin que la generalidad de estas distintas clases de propietarios cultiven las tierras, y aun cuando no hayan leído á Proudhon ni á los continuadores de éste, abriguen el convencimiento de que propiedades así constituídas son un robo, y de que si alguna puede decirse legítima, no es el propietario ocioso, que no hace sino percibir la renta, quien puede alzar la voz.

En las ciudades y centros industriales ha ido creciendo el socialismo colectivista, y en la población rural de algunas regiones el comunismo anarquista. Andalucía es la en que este último ha tenido mayor desarrollo, siguiéndole Cataluña; y el primero, ó sea el socialismo, tiene sus principales fuerzas allí donde las industrias crecen y reúnen á los trabajadores. No es el marxismo el que impera, sino más bien el colectivismo positivista, pues los directores del movimiento comprenden la necesidad de una preparación por medio de reformas y conquistas escalonadas.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

FEREKRAZIOS

Los bersos ferekrazios
son bersos eminentes
por su ritmo, ke griegos
í latinos usaron
alternando kon otros
kasi sienpre, í ke konstan
DETRES PIESKOMO BEMOS:
el primero de ëlyos
espondëo, i asimismo
el terzero; i segundo
ke era dáktilo. Forman
armoniosa kadenzia
kon el berso glikonio
i kon otro ke nonbre
de asklepiadëo lyeba.
Eskandirse pudiera
tanbién el ferekrazio
ENDOSPIES SOLAMENTE:
un moloso segido
del yamado pekeño
jonio, ke es de pirrikio
i espondëo dipodia.
Kon su ritmo rekuerdan
los bersos ferekrazios
la kanziön del errero,
i el tin tan de la fragua
kon los golpes á konpás
sobre el yunke i los ierros
del martilyo. Echa chispas,
chaskeäntes, i raudas
kual estrelyas aladas,

salta en zien pedazitos
a kandente arenilya
ke el errero maestro,
sobre el yerro ke ärde
del lingote ke forja,
ba esparziendo kon arte.

R. ROBLES.

MINISTERIO
DE CULTURA



NOVELISTAS ESPAÑOLES

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Continuación.)

Del personaje representativo, que es Neleta, ya he dicho algo. Ved cómo la describe Blasco más adelante: «Era pequeña; pero sus cabellos, de un rubio claro, crecían tan abundantes que formaban sobre su cabeza un casco de ese oro antiguo descolorido por el tiempo. Tenía la piel blanca, de una nitidez transparente, surcada de venillas; una piel jamás vista en las mujeres del Palmar, cuya epidermis escamosa y de metálico reflejo, ofrecía lejana semejanza con las tencas del lago. Sus ojos eran pequeños, de un verde blanquecino, brillantes, como el ajeno que bebían los cazadores de Valencia» (1). Un poco más incoloro y gris es el personaje que se llama tío Toni. Quizás sea símbolo, según el avisado Torner (2), de nuestra clase media, «alma seca de español que al faltarle el *resorte* que la mantiene enhiesta, cae desmadejada y lacia», ó bien «el alma árida y de una pieza del antiguo español ávido de extender su poder». En cambio, su hijo Tonet es quizás el más sobresaliente tipo de la novela. Los episodios en que Blasco hace resaltar su figura son muchos; las citas podrían multiplicarse. El crítico más perspicaz del autor de *La Barraca*, el ya citado Torner, lo representa con un golpe de vista pasmosamente científico y una síncreisis de pensador como «nuestro pueblo agotado, incapaz de un esfuerzo persistente y fiándolo todo al azar de una hora de fortuna, no pudiendo confiar en la labor lenta y perseverante de una voluntad que él es el primero en saber que le falta», y abandonándose á «un

(1) *Cañas y Barro*, III, 95.

(2) *Obra citada*, 17 y 18.

poder que gravita sobre él como el peso de una fatalidad, le atrae dulcemente á descansar en la muerte como en un sueño, suprema aspiración de su temperamento de pueblo perezoso, oriental, euro-africano, según los descubrimientos de la moderna etno-sociología, capaz de sufrir toda clase de *trabajos*, pero no el *trabajo* (1) como dice Unamuno, pueblo de raza semítica, inepto para la moderna civilización» (2).

Después de los personajes, ocurre, naturalmente, el estudio de las escenas que los encuadran. El episodio sin duda más bello de toda la obra es el del bosque, cuando Neleta y Tonet, siendo niños, se pierden allí una noche. Dos fragmentos soberbios hay en este episodio: uno descriptivo, psicológico el otro, que trataré de reproducir por dar entonación de obra documentada á esta mía. «Encima de los pinos, por la parte del mar, comenzó á teñirse el espacio de una blanquecina claridad. Las estrellas parecían apagarse sumergidas en un oleaje de leche. Los muchachos, excitados por el ambiente misterioso de la selva, miraban este fenómeno con ansiedad, como si alguien viniera volando en su auxilio rodeado de un nimbo de luz (3). Las ramas de los pinos, con el tejado filamentososo de su follaje, se destacaban como dibujadas en negro sobre un fondo luminoso. Algo brillante comenzó á asomar sobre las copas de la arboleda; primero fué *una pe-*

(1) Tan español—ó mejor tan musulmán—es el pecado de la pereza, que así se comprende que en las épocas primitivas, un español docto la haya podido describir tan admirablemente como lo hace el bachiller Pero López de Ayala en su *Rimado de Palacio* (118):

Acidia es un pecado en que vien tristura,
de bien fazer peresa e una grant floxura;
muy muelle e sin pro, que pierde onme cura;
que faser buenas obras, si las fas poco dura.

(2) *Obra citada*, 15, 16 y 17.

(3) He aquí una luminosa imagen que sólo cabe en la imaginación de un artista poderoso y un fragmento de prosa rítmica como en pocas novelas españolas puede leerse. Hé aquí en prosa la revelación de un artista lírico; pues la poesía no consiste, como hace constar Goethe, más que en pensar por imágenes. Gerardo de Nerval ¿no es tan lírico cuando describe en prosa «los manzanos florecidos de noche, como estrellas en la tierra», como cuando canta en *Les Cydalises*?...

queña línea ligeramente arqueada, como una ceja de plata; después, un semicírculo deslumbrante y, por fin, una cara enorme, de suave color de miel, que arrastraba por entre las estrellas inmediatas su cabellera de resplandores. La luna parecía sonreír á los dos muchachos que la contemplaban con adoración de pequeños salvajes» (1). ¿Hay en muchas páginas de nuestros novelistas contemporáneos imágenes como esa de la *ceja de plata*? Cuando el instinto artístico se revuelve y gime y patalea como un recién nacido ansioso de luz y de conocimiento, para adquirir conciencia de sí mismo, ¿se pueden seguir discutiendo aún las dotes intelectuales de un artista? Mas es quizás, si cabe, superior el fragmento psicológico (en cuanto que la ciencia de la línea y del color está debajo de la ciencia del espíritu). Helo aquí: «Neleta ya no sentía el dolor del pie y hablaba quedamente al oído de su compañero. Su precoz instinto de mujer, su astucia de gatita abandonada y vagabunda la hacía superior á Tonet. Se quedarían en la selva ¿verdad? Ya buscarían *al* día siguiente, *al* volver *al* pueblo (2), un pretexto para explicar su aventura.

(1) *Cañas y Barro*, III, 72.

(2) Nótese aquí cómo Blasco no es un artista corrector. Pocos hubieran dejado pasar deslices como éstos. En realidad para limar y pulir hay que resignarse á no ser fecundo, y Blasco quiere ante todo ser fecundo, porque así se lo ha impuesto como tarea y porque además cree en la virtud redentora de la fecundidad, puesto que adora la fuerza; y en literatura como en todo, según ha dicho Menéndez Pelayo á propósito de Galdós, la fuerza es la que domina. Blasco Ibáñez es un viril y un vigoroso, tanto física como psíquicamente. Física-mente, es, de fijo, de los que pudieran decir, un poco fanfarrona y un poco ingeniosamente, como Teófilo Gautier: «Yo levanto muchos kilos en el dinamómetro y hago metáforas que se siguen. Todo está ahí». En lo psíquico, la tarea de limar tiende á producir la endeblez y el descaecimiento físico. Flaubert tuvo días—cuando estaba más enfe- vorizado en componer *Salammbô* y *Madame Bovary*—de levantarse de la silla, sudando, con debilidad general y con calambres, y eso que Flaubert era de una construcción robustísima. Lo que se quiere, pues, dar como *élan* espiritualista redunda á veces en trastorno fisiológico. Otro testigo de cuenta, también novelador naturalista, podemos sacar á plaza. Se trata del gran novelista belga, del Zola de su país, del potente Camilo Lemonnier, que confiesa en alguna parte:

Sangonera sería el responsable. Ellos pasarían la noche allí, viendo lo que jamás habían visto; dormirían juntos; serían como marido y mujer. Y en su ignorancia se estremecían al decir estas palabras, estrechando con más fuerza sus brazos. Se apretaban, como si el instinto les dictase que su naciente simpatía necesitaba confundirse con el calor de sus cuerpos. Tonet sentía una embriaguez extraña, inexplicable. Nunca el cuerpo de su compañera, golpeado más de una vez en los rudos juegos, había tenido para él aquel calor dulce que parecía esparcirse por sus venas y subirse á su cabeza, causándole la misma turbación que los vasos de vino que el abuelo le ofrecía en la taberna. Miraba vagamente frente á él; pero toda su atención estaba fija en la cabeza de Neleta, que pesaba sobre su hombro, en la caricia con que aquella boca al respirar envolvía su cuello, como si le cosquillease la piel una mano aterciopelada; los dos callaban, y su silencio aumentaba el encanto. Ella abría sus ojos verdes, en cuyo fondo se reflejaba la luna como una gota de rocío, y revolviéndose para encontrar una postura mejor, volvía á certarlos. ¡*Tonet... Tonet!*... murmuraba como si soñase, y se apretaba contra su compañero» (1). Pocas veces el despertar del sexo, ese desgarramiento de la personalidad, que es como el desdoblarse de dos hemisferios, ese grito del alma que clama: ¡*tierra!* ó ¡*vida nueva!* deliciosamente sorprendida, esa sobreexcitación nerviosa que parece encender el espíritu, ha tenido un intérprete tan delicado y certero como este artista, á quien sus

«Escribo de pie ante un alto pupitre, triturando cada frase, congestionado, sudoroso, dando patadas de desesperación ante las palabras que se huyen. Porque para decir una cosa no hay dos voces. Sólo hay una. Yo desconfío del que, cambiando de asunto, es incapaz de cambiar los signos representativos. Si se trata del verano, las palabras deberán ser claras y ligeras. Pero eso es inútil para describir los silencios helados del invierno. El estilo es un ritmo, y ese ritmo es el movimiento mismo de un alma en correspondencia con el universo». (Véase el hermoso estudio de Gómez Carrillo—¡un atormentado del estilo, él también, uno de los que sufren crucifixión por la frase justa y noble!—Sobre el trabajo de la prosa artística, en su libro *El modernismo*).

(1) *Cañas y Barro*, 73 y 74.

enemigos tildan de rudo y áspero. Á bien que no puede uno empecinarse mucho tiempo en tan absurda y malévola y nefasta creencia después que haya leído este párrafo harmónico de la misma página, donde se observan las aficiones musicales de Blasco Ibáñez, y que versa sobre un tema lírico que llamaré *la sinfonía de los mosquitos*: «Era un extraño concierto que los arrullaba meciéndolos sobre las primeras ondas del sueño. Chillaban unos como violines estridentes, prolongando hasta lo infinito la misma nota; otros, más graves, modulaban una escala, y los gordos, los enormes, zumbaban con sorda vibración, como profundos contrabajos ó lejanas campanadas de reloj» (1).

*
* *

Uno de nuestros mejores críticos actuales, sin duda el más equilibrado, acaso el más erudito, Eduardo Gómez de Baquero, escribe en alguna parte estas palabras que son el mejor panegírico de la novela moderna y á la vez la mejor abreviatura y concreción de todo lo que designamos con los nombres de *visión realista* (2), *imagen de vida*, etc., los que nos hemos

(1) *Cañas y Barro*, 74.

(2) La visión que exige la novela realista es visión genuinamente espiritual. Los griegos se referían á ella cuando decían que «no es el ojo el que ve ni el oído el que oye, sino el espíritu». Goethe, que tan penetrado estaba del sentir heleno, hablaba de una visión que se efectúa, no con los ojos de la carne, sino con los del espíritu. Por lo demás, los psicólogos modernos han venido á dar la razón á esos grandes intuitivos. Casi todos distinguen entre ceguera *sensorial* y ceguera *mental*, y entre sordera *sensorial* y sordera *mental*, exponiendo así muy agudamente que no son el oído ni el ojo los que principalmente oyen y ven, sino el espíritu. Uno de ellos, William James, que, siendo un gran psico-fisiólogo, es en el subsuelo de su espíritu un gran humorista, ha llegado á decir no sé si paradójica ó científicamente: «Estoy mentalmente sordo, sí, oyendo una campana, no puedo recordar su aspecto. (*I am mentally deaf if, hearing a bell, I can't recall how it looks*); estoy mentalmente ciego, sí, viéndola, no puedo recordar su sonido ó su nombre; (*and mentally blind if, seeing it, I can't recall its sound or its name*)». (*The Principles of Psychology*, by William James, Professor of Psychology in Harvard University; *In two*

encariñado con este género de arte: «Ese acento de la *verdad* que en las personas nos convence existe también en las artes. *Está hablando*, decimos delante de un retrato, aunque no hayamos visto jamás el original, y del mismo modo en las descripciones literarias de lugares, sucesos y costumbres, parece que la realidad declara serlo cuando ha sido intensa y fielmente reproducida por el escritor, y hace que por tal realidad la reconozcamos en sus imágenes, aunque en el mundo sensible no la hayamos contemplado cara á cara. Tierras lejanas que nunca vimos, escenas que no presenciábamos, tipos y caracteres cuyos modelos de carne y hueso nos son desconocidos, nos hablan á veces en los libros con aquel acento de la verdad, y, en cambio, en otras páginas, que pueden ser primorosas y elocuentes, algo inexplicable nos advierte que aquéllo es caprichosa ficción, afeite literario, invención de la fantasía» (1).

¿Quién no advierte este acento de verdad en las mejores novelas de los grandes escritores realistas? Soy yo demasiado imbele, y me siento demasiado encarrujado en otras labores para acometer la imbricada tarea (ó quizás suene mejor corbea, uno de los pocos galicismos familiares y caros á Blasco Ibáñez) de señalar estos relieves vitales en las mejores novelas de nuestra época. Me limito á llamar la atención sobre algunos contenidos en ésta, acaso la más bella novela de Blasco por este concepto, porque no tiene las indecisiones de incipiente de *Arroz y tartana*. Así en el capítulo tercero tiene

volumes; Macmillan and C.^o Limited; London, 1902; vol. I, cap. II, página 50.)

Ya se ha hecho, pues, casi inválida y desprovista de sentido la palabra de la Escritura, á propósito de los ídolos: «*Simulacra gentium argentum et aurum; opera manuum hominum. Os habent et non loquentur; oculos habent et non videbunt. Aures habent, et non audient; nares habent et non adorabunt*». Los simulacros de oro y plata (*simulacra gentium argentum et aurum*) hubieran podido ver, oír, palpar y oler, si, además de carecer de ojos, oídos, manos y olfato, no les hubiera faltado el espíritu. El Salmo CXIII no se hubiera escrito en un laboratorio de psicología experimental.

(1) *Letras é ideas*, p. 120; Barcelona, 1905. (Biblioteca de Escritores Contemporáneos.)

este hermoso párrafo: «Después, en los tres días de fiestas, venían las diversiones tormentosas, que las más de las veces acababan á palos. El baile en la plaza, á la luz de teas resinosas, donde obligaba á Neleta á permanecer sentada, pues por algo era su novia, mientras él bailaba con otras menos guapas, pero mejor vestidas: y las noches de *albaes*, serenatas de la gente joven que iba hasta el amanecer de puerta en puerta cantando coplas, escoltada por un pellejo de vino para tomar fuerzas y acompañando cada canción con una salva de relinchos y otra de tiros» (1). Mas en este orden de aire realista, de tonalidad vital, ningún capítulo supera al sexto, que, por otra parte difícilmente tendrá rivales en la novela española. Sólo hay en él un párrafo sobrante y exicual, porque demuestra una vez más cuán desgraciadamente flaquea Blasco por la ironía, cuando trata de hacerla, como ya he indicado repetidas veces: «Había que divertirse como todos los años, aunque se helase el lago y se anduviera sobre él como contaban que ocurría en lejanas tierras. Más aún que el deseo de divertirse, les impulsaba el deseo de molestar con su alegría á los rivales, á la gente de tierra firme, aquellos pescadores de Catarroja que se burlaban del niño del Palmar, despreciando su pequeñez. Estos enemigos sin fe ni conciencia llegaban á decir que los del Palmar sumergían á su divino patrón en las acequias cuando la pesca no era buena. ¡Oh sacrilegio!... Por eso el niño Jesús castigaba su lengua pecadora, no permitiendo que gozasen el privilegio de los *redolins*» (2). Mas en las páginas siguientes ¡qué sucesión de visiones realistas, qué encanto en estas figuras y escenas, con las que trabajamos relación, al punto en que el autor nos las presenta, aunque de antes no las conociésemos, como con hermanos distantes á los cuales nunca hemos visto y que, sin embargo, con un día nos son tan amados como si de siempre nos viniese la relación fraternal! Ved algunas de las hermosas páginas en que este capítulo abunda: «Nadie sentía los rigores de la temperatura. Las mujeres, para lucir sus trajes flaman-

(1) *Cañas y Barro*, 88.

(2) *Ibidem*, VI, 167.

tes, habían abandonado los mantones de lana y mostraban los brazos arremangados, violáceos por el frío. Los hombres llevaban fajas nuevas y gorros rojos ó negros, que aún conservaban los pliegues de la tienda. Aprovechando la charla de sus compañeras se escurrían hasta la taberna, donde la respiración de los bebedores y el humo de los cigarros formaban un ambiente denso que olía á lana burda y alpargatas sucias. Hablaban á gritos de la música de Catarroja, asegurando que era la mejor del mundo. Los pescadores de allá eran ma'a gente, pero había que reconocer que música como aquélla no la oía ni el rey» (1). Y ahora he aquí este otro episodio realista, sobremanera bello, incomparable: «A las diez comenzó la misa. La plaza y la iglesia estaban perfumadas por la olorosa vegetación de la dehesa. El barro desaparecía bajo una gruesa capa de hojas. La iglesia estaba llena de candelillas y cirios, y desde la puerta se veía como un cielo obscuro, moteado por infinitas estrellas. Tonet había preparado bien las cosas, ocupándose hasta de la música que se cantaría en la fiesta. Nada de misas célebres que hacían dormir á la gente. Eso era bueno para los de la ciudad, acostumbrados á las óperas. En el Palmar querían la misa de Mercadante, como en todos los pueblos valencianos. Durante la fiesta se enternecían las mujeres oyendo á los tenores, que entonaban en honor del Niño Jesús barcarolas y apolitanas, mientras los hombres seguían con movimientos de cabeza el ritmo de la orquesta, que tenía la voluptuosidad del vals. Aquello alegraba el espíritu, según decía Neleta: valía más que una función de teatro y servía para el alma. Y mientras tanto, fuera, en la plaza, trueno va y trueno viene, se disparaban las largas filas de *masquets*, conmoviendo las paredes de la iglesia y cortando muchas veces el canto de los artistas y las palabras del predicador. Al terminar, la muchedumbre se detuvo en la plaza esperando la hora de la comida. La banda de música, algo olvidada después de los esplendores de la misa, rompió á tocar en un extremo. La gente se sentía satisfecha en aquel ambiente de plantas olorosas y humo de

(1) *Cañas y Barro*, 175 y 176.

pólvora, y pensaba en el caldero que la aguardaba en sus casas con los mejores pájaros de la Albufera. Las miserias de su vida anterior parecían ahora de un mundo lejano al cual no habían de volver. Todo el Palmar creía haber entrado para siempre en la felicidad y la abundancia, y se comentaban las frases grandilocuentes del predicador dedicadas á los pescadores, á la media onza que le daban por el sermón, y la espuerta de dinero que costaban seguramente los músicos, la pólvora, las telas con franja de oro manchadas de cera que adornaban el portal de la iglesia y aquella banda que los ensordecía con sus marciales rugidos» (1). No son muchos los novelistas españoles que han tentado estos bellos rasgos de psicología colectiva, y entre los que lo han tentado, no habrá muchos que hayan salido del empeño tan airoosamente como Blasco, y esto no es adularle con frases sicofánticas y de cortesanía. Él, que es tan ardorosamente republicano, desdeñaría estos conatos de *regium exequatur* para sus obras, que yo pudiera adjudicarle, arrogándome atribuciones imperiales *in the realm of criticism*;—para hablar en el lenguaje del país más monárquico y á la vez más liberal del mundo: la Gran Bretaña. Por otra parte, yo mismo soy de los que á veces pienso que pueda ser exacta y, sobre todo, que es muy artística la frase de un agudo historiador antecitado que tanto se ocupó del pueblo, el zarandeado Buckle. «Quien no es republicano á los veinte años, no tiene corazón...» Por tener veinte años ¿estaré yo en la obligación de amar á la República? Me disuade de ello pensar que el mismo Blasco ha cumplido ya los veinte (... y aun algunos más), y sigue tan republicano como cuando armó las primeras grescas en la Universidad de Valencia.

Si difícil es penetrar en el interior de un individuo y leerle los pensamientos más íntimos, sobremanera arduo habrá de ser forzosamente ahondar en el sentir de todo un pueblo en una circunstancia determinada. Al final de este mismo capítulo y en el comienzo del siguiente hace su aparición la simpática y tímida figura de *La Borda*, siempre á favor de su

(1) *Cañas y Barro*, 181, 182 y 183.

hermano y pidiendo al padre por él. «Sólo le quedaba el cariño de los suyos. Y cada vez se unía más al tío Toni y *La Borda*, participando de sus ilusiones y sus penas, compartiendo con ellos la miseria y admirándoles con la sencillez de sus costumbres, pues apenas bebía y pasaba las veladas relatando al padre sus aventuras de guerrillero. *La Borda* mostrábase radiante de felicidad, y cuando hablaba con alguna vecina era para elogiar á su hermano. ¡El pobre Tonet! ¡cuán bueno era! ¡cómo alegraba al padre cuando quería...!» (1).

El ya citado Gómez de Baquero ha podido escribir en su libro *Letras é ideas* un capítulo titulado *La filosofía de Sangonera*, de la cual dice que «no es tan desatinada y paradójica como parece á primera vista» (2). Veamos cómo Blasco Ibáñez da cuerpo á esta filosofía por boca de su personaje, haciéndole declarar que «mientras Tonet andaba por aquellas tierras del otro lado del mar metido en batallas, leía él los libros de los curas y pasaba las tardes á la puerta del presbiterio, reflexionando sobre las abiertas páginas en el silencio de un pueblo cuyo vecindario huía al lago. Había aprendido—de memoria casi—todo el Nuevo Testamento y aún parecía estremecerse recordando la impresión que le produjo el sermón de la montaña la primera vez que lo leyó. Creyó que se rompía una nube ante sus ojos. Había comprendido de pronto por qué su voluntad se revelaba ante el trabajo embrutecedor y penoso. Era la carne, era el pecado quien hacia vivir á los hombres abrumados como bestias para la satisfacción de sus apetitos terrenales. El alma protestaba de esta servidumbre, diciendo al hombre: *No trabajes*, esparciendo por los músculos la dulce embriaguez de la pereza como un adelanto de la felicidad que á los buenos aguarda en el cielo... No había que preguntarse con angustia por la comida y el vestido porque, como decía Jesús, las aves del cielo no siembran ni siegan, y á pesar de esto comen; ni los lirios del campo necesitan hilar para vestirse, pues los viste la bondad del Señor. Él era criatura de Dios y

(1) *Cañas y Barro*, VII, 219.

(2) *Obra citada*, 125.

á él se confiaba. No quería insultar al Señor trabajando, como si dudase de la bondad divina que había de socorrerle. Solamente los gentiles, ó lo que es lo mismo, las gentes del Palmar, que se guardaban el dinero de la pesca sin convidar á nadie, eran capaces de afanarse por el ahorro, dudando siempre del mañana» (1). Éste es el resumen que Blasco, condescendientemente, hace de la filosofía del trabajo (del no-trabajo, diríamos mejor) privativa de su héroe; y aunque la reboza con cierta punta de ironía para no dar lugar á que se tamice su opinión sobre el carácter verídico ó erróneo de ella, lo

(1) *Cañas y Barro*, 152 y 153.—En un párrafo de la página anterior es más explícito y más conciso Blasco Ibáñez y hace decir á su héroe: «El trabajo era obra del diablo; una desobediencia á Dios; el más grave de los pecados. Sólo las almas corrompidas, los que no podían conformarse con su pobreza, los que vivían roídos por el deseo de atesorar aunque fuese miserias, pensando á todas horas en el martirio, podían entregarse al trabajo, convirtiéndose de hombres en bestias». Algo más adelante, perseverando en esa ironía algo molesta porque daña al realce de la convicción, pero grandiosamente artística porque forma contraste con el tipo—esa ironía que sin duda le vale de disfraz para celar su última palabra sobre el asunto,—Blasco Ibáñez añade: «Tonet se burlaba de *Sangonera*. Ya que era tan puro, ¿por qué se emborrachaba? ¿Le mandaba Dios ir de taberna en taberna para correr después los ribazos casi á gatas, con el tambaleo de la embriaguez?... Pero el vagabundo no perdía su solemne gravedad. Su embriaguez á nadie causaba daño y el vino era cosa santa; por algo sirve en el diario sacrificio á la divinidad. El mundo era hermoso, pero visto á través de un vaso de vino parecía más sonriente, de colores más vivos, y se admiraba con mayor vehemencia á su poderoso autor». (Pág. 154). Y un poco más adelante vuelve á hacer la apología de la pereza: «Se le diría, como cierto vicario del Palmar, que el hombre estaba condenado á ganar el pan con el sudor de su rostro, después del primer pecado; mas para esto había venido Jesús al mundo, para redimirlo de la primitiva falta, volviendo la humanidad á la vida paradisíaca, limpia de todo trabajo. Pero ¡ay! los pecadores, aguijoneados por la soberbia, no habían hecho caso de sus palabras: cada uno quería vivir con mayores comodidades que los demás; había pobres y ricos, en vez de ser todos hombres: los que desoían al Señor trabajaban mucho, muchísimo, pero la humanidad era infeliz y se fabricaba el infierno en el mundo. Le decían á él que si la gente no trabajase se viviría mal. Conforme: serían menos en el mundo, pero los que quedasen permanecerían felices y sin cuidados, subsistiendo de la inagotable misericordia de Dios» (Pág. 155).

cierto es que insensiblemente á veces se compenetra con su soberbio personaje y parece perder por un momento la mármorea impersonalidad que debe distinguir al novelista del naturalismo y que tan fielmente ha observado siempre el autor de *La Barraca*, para sentirse inspirado y soñar en un cristianismo patriarcal á la manera de Tolstoi (1).

(1) Lo que se ha llamado la filosofía de Sangonera (que la tiene y muy seria) es en verdad una filosofía genuinamente tolstoiana. Una parte de la doctrina de Tolstoï (en los círculos europeos ya se habla de tolstoismo, como antaño se habló de nietzchianismo) está condensada en las teorías del *mujik* ruso Bondaref, que fecundó el espíritu del autor de *Ana Karenine*. Aparte del neo-cristianismo heterodoxo que el gran novelista de *La Guerra y la Paz* profesa, distínguese en su esquema religioso social una tendencia absorbente al enaltecimiento del trabajo; —que es precisamente lo contrario de lo que predica Sangonera. Mas en arte, ya sabemos que rige la ley de los contrastes; y el predicar la resignación y la inercia en nombre de Tolstoï, se comprende tan bien como el predicar la lucha y la acción en pro de ideas favoritas. La muda y pasiva resistencia de cierta secta rusa, que se niega á entrar en el servicio militar y engrosar las filas del ejército del Czar, ¿no es una especie de *sangonerismo* á ultranza? Y el *sangonerismo* ¿no es un *bondarismo* al revés? (Perdonen los que se sientan chocados por estos particularismos.) Las doctrinas de Bondaref las expone en su prosa rica y elegante la cultísima Sra. Pardo Bazán, siempre al acecho de todo cuanto suena á literatura europea. «La gran reforma social y humana que el labriego propone al conde, consiste ni más ni menos que en ajustarse estrictamente al precepto ó castigo bíblico impuesto por Dios á Adán y á Eva: el hombre ha de comer pan amasado con el sudor de su rostro, de su propio rostro, no del ajeno, y la mujer ha de dar á luz con dolores. Las hembras, dice el buen labriego, cumplen el precepto ó ley soberana; pero consiste en que no pueden ingeniarse de otro modo, y si ciertas cosas se arreglasen con dinero, las ricas no parirían sino por extraordinario. En cuanto á los varones, éstos sí que se echan á la espalda con toda desvergüenza el mandato del Génesis, y como vean un efugio para adquirir el pan ya cocidito en el horno, cualquiera les persuade á sembrar y arar el trigo. Los labradores cargan con el mochuelo y acatan ellos solos la ley del trabajo agrícola—ley natural y primordial de la vida, según Tolstoï.— El día en que la humanidad entera se vuelva labradora, abandone las ciudades, donde no se encuentran sino piedras y polvo, y subsista de las faenas rurales, estaremos rescatados y la amarga desigualdad desaparecerá de la tierra. Nuestra perdición actual nace de que hemos distribuido la humanidad por fichas en un casillero. Este hombre dice misa,

Por algo dice Gómez de Baquero que Sangonera «no se contenta con filosofar; su filosofía no es meramente discurs-

aquél recluta soldados, el otro estudia, el de más allá cura, el de acullá enseña y con estos arbitrios rehuyen *el trabajo del pan*. Ahora bien: el pan no debe venderse; vender el pan es una iniquidad; cada uno que cultive el que necesite, y al necesitado que se le dé por caridad, puesto que no hay interés donde no hay transacción mercantil. El supremo mandamiento cristiano y divino es que *servamos á nuestros semejantes* y nadie creerá que sirve á los que mueren de hambre y frío con redactar leyes, fundir cañones, elaborar objetos de lujo ó tocar el piano; ¡Ah!—exclama el revelador Bondaref, con más ardor sombrío, con más retintín profético que Tolstoï.—¡Ricos, coméis el pan comprado, y os atrevéis á decir que es vuestro! No es vuestro, no; como no sería hijo propio el que la rica hembra feriasse á peso de oro á la aldeana. Cuando Dios impuso castigo al hombre y á la mujer, ¿creéis que el uno fué alegórico y el otro literal? Literales ambos, mal que os pese. A la mujer no la ordenó Dios que trabajase, y si la aldeana trabaja, es porque treinta millones de hombres en Rusia—militares, comerciantes, abogados, propietarios, periodistas — comen el pan comprado y echan sobre la hembra el peso que ellos solos debieran soportar. (*Vida Contemporánea*, páginas 124, 125 y 126; *Colección Diamante*, XL.) Sangonera no quiere trabajar por no dar qué disfrutar y medrar á los opulentos. En esta inconsciente protesta de un vagabundo valenciano que el poderoso impulso de Blasco hizo pasar á la vida novelesca, ¿no hay como un eco del anarquismo razonado que hizo cantar al gran bardo inglés Percy B. Shelley, al segundo poeta británico del siglo XIX (el primero es Byron), en estrofas bravías y sonoras, como himnos incitantes al combate pasivo propio de las épocas modernas, estrofas que pocos conocen y que son muy dignas de ser conocidas porque parecen una interpretación lírica anticipada de las doctrinas de los Kropotkine y Malato? Esas estrofas, rotuladas *Song to the men of England*, dicen así:

*The seed ye sow another reaps;
the wealth ye find another Keeps;
the robes ye weave another wears;
the arms ye forge another bears...
Sow seed;—but no tyrant reap;
find wealth;—let no impostor heap;
weave robes;—let not the iddle wear;
forge arms;—in your defence to bear...*

(«La semilla que sembráis, otro la siega; el tesoro que encontráis, otro lo guarda; las telas que tejéis, otros las gastan; las armas que forjáis, otros las llevan. Sembrad la semilla, pero que no la siegue el tirano; descubrid el tesoro, mas no dejéis que lo acumule el impostor; tejed telas, mas no consintáis que las gaste el ocioso; forjad armas, pero empleadlas en vuestra defensa.»)

siva; la iluminan á veces místicos resplandores». Este carácter difícilmente frangible; este personaje de vértebra, de relieve, tiene apariciones de leyenda áurea. Sueña con una venida de Jesús y se expresa así: «Jesús había de volver para enderezar de nuevo á los hombres por el buen camino. Lo había soñado muchas veces y hasta en cierta ocasión que estuvo enfermo de tercianas, cuando le entraba el frío de la fiebre, tendido en un ribazo ó agazapado en un rincón de su ruinoso barraca, veía la túnica de Él, morada, estrecha, rígida, y el vagabundo extendía sus manos para tocarla y sanar repentinamente» (1). Es al final de este mismo capítulo quinto donde encontramos la descripción de la primera entrevista de Tonet y Neleta, llena de tal encanto realista que se lee con el mismo amor con que leeríamos una traducción de nuestras más amadas impresiones. Ved en qué sencillo lenguaje y con qué sobriedad descriptiva está narrada esta primera caída sobre una barca: «En el fondo marcábase lejana, como una playa fantástica á la que nunca habían de llegar, la línea dentellada de la Dehesa. Neleta, con incesantes risas, en las que había algo forzado, recordaba á su amigo la noche pasada en la selva, con sus miedos y su sueño tranquilo: aquella aventura que parecía del día anterior; tan fresca estaba en su memoria. Pero el silencio del compañero, su vista fija en el fondo de la barca con expresión ansiosa, le llamaron la atención. Entonces vió que Tonet devoraba con los ojos sus zapatos amarillos, pequeños y elegantes, que se marcaban sobre el cáñamo como dos manchas claras, y algo más que con los movimientos de la barca había ella dejado al descubierto. Se apresuró á cubrirse y quedó silenciosa, con la boca apretada por un gesto duro y los ojos casi cerrados, mientras una arruga dolorosa se trazaba en su entrecejo. Neleta parecía hacer esfuerzos para vencer su voluntad» (2). Y el capítulo remata con esta lacónica descripción, resumen y corona de tan lindo episodio: «Cerca sonaba la

(1) *Cañas y Barro*, 155 y 156.

(2) *Ibidem*, 160.

perezosa canción de unos barqueros. Perchaban sobre el agua poblada de susurros, sin sospechar que á corta distancia, en la calma de la noche, arrullado por el gorjeo de los pájaros del lago, el amor, soberano del mundo, se mecía sobre unas tablas» (1).

En el capítulo séptimo Blasco vuelve á describir á *Sangonera*, deleitándose con sus genialidades y rarezas, con la indiscutible simpatía del padre que advierte las aficiones más ó menos vulgares de su hijo. El ebrio trashumante describe á su amigo la aparición del Divino Maestro y aquél le contesta en tono de objeción y de chanza. Blasco Ibáñez parece mirar con complacencia esta alternativa de homilía iluminada, casi ascética, y de redargución irónica, casi diabólica. Y escribe: «El vagabundo se estremecía al recordarlo. La mirada dulce y triste, la barba partida, la cabellera larga. ¿Cómo iba vestido? Sólo recordaba una envoltura blanca, algo así como túnica ó blusa muy larga; y á la espalda, como abrumado por su peso, un enorme armatoste que *Sangonera* no podía definir. Tal vez era el instrumento de un nuevo suplicio, con el cual se redimirían los hombres... Se inclinó sobre él y toda la luz del crepúsculo pareció concentrarse en sus ojos... No le había visto más, pero era Él, estaba seguro. Volvía al mundo para salvar su obra comprometida por los hombres: iba otra vez en busca de los pobres, de los sencillos, de los míseros pescadores de las lagunas. *Sangonera* debía ser uno de los elegidos; por algo le había tocado con su mano. Y el vagabundo anunciaba, con el fervor de la fe, el propósito de abandonar á su compañero apenas se presentase de nuevo el dulce aparecido. Pero Tonet protestaba con mal humor viéndose interrumpido su sueño y le amenazaba con voz fosca. ¿Quería callar? Le había dicho muchas veces que aquello no era más que ensueño de borracho. De estar *claro y en seco*, que es como debía cumplir sus encargos, hubiese visto que el hombre misterioso era cierto italiano vagabundo, que pasó dos días en el Palmar afilando cuchillos y tijeras y llevaba á

(1) *Cañas y Barro*, 163.

la espalda la rueda de su oficio» (1). No se sabe si el espíritu de Blasco, poeta antes que intelectual, opta por la afirmativa ó por la irónica, aquí, donde su arte se eleva.

*
* *

El capítulo octavo es de los más intensos y mórbidos de la novela porque detalla la fase dolorosa de la pasión adúltera de Tonet y Neleta. En pocas novelas naturalistas se han pintado estas escenas de amor violento, trágico, fatídico, atormentado, con tanto cariño y arte como en *Cañas y barro*; apenas si con ocasión de ésta pueden recordarse esas obras inmortales que se titulan *Teresa Raquin*, *El maestrante* y algunas páginas de *El cisne de Vilamorta*. Después de la muerte de *Cañamel*, los dos amantes se encuentran solos y libres; pero les sorprende el anuncio de un fruto de maldición. Además la herencia torna á Neleta avara, desconfiada, regañona. Ved cómo nos la presenta Blasco en fragmentos inolvidables para los que una vez los hemos leído: «La avaricia de la mujer rural se revelaba en Neleta con una fogosidad capaz de los mayores arrebatos. Despertábase en ella el instinto de varias generaciones de pescadores miserables roídos por la miseria, que admiraban con envidia la riqueza de los que poseen campos y venden vino á los pobres, apoderándose lentamente del dinero» (2). Ei hastío viene; ya no ayuda á la pasión la sobreexcitación del peligro y aquélla se amortigua. Por algo he dicho que es ésta la novela más psicológica de Blasco (si se excluye *Entre naranjos*, que aparenta más por su subjetivismo): ved con qué fino análisis estudia el autor de *Arroz y tartana* el período decadente de esta pasión: «No era que Neleta se cansase de aquellos amores. Le quería, pero su riqueza le daba sobre él una gran superioridad. Además, la mutua posesión durante las noches interminables del invierno, en la taberna cerrada y sin correr riesgo alguno, había amortiguado en ella la excitación del peligro, la temblo-

(1) *Cañas y Barro*, VII, 207 y 208.

(2) *Ibidem*, VIII, 230.

rosa voluptuosidad que la dominaba en tiempos de *Cañamel*, al besarse tras las puertas ó tener sus citas rápidas en los alrededores del Palmar, siempre expuestos á una sorpresa... Su humor desigual y nervioso convertía las noches de amor en agitadas entrevistas, durante las cuales alternaban las caricias con las recriminaciones, y faltaba poco para que se mordieran las bocas que momentos antes se besaban» (1). Más adelante, cuando se anuncia un hijo, el tono de desesperación y de queja es más franco y violento. Raras páginas de novela española acumplen el grado de perfección en el arte mórbido que aquí reviste el análisis de este amor desventurado. «Las entrevistas de los amantes durante la noche eran borrascosas. Parecía que *Cañamel* se vengaba resucitando entre los dos para empujarlos el uno contra el otro. Neleta lloraba de desesperación, acusando á Tonet de su desgracia. Éi era el culpable, por él veía comprometido su porvenir. Y cuando con la nerviosidad de su estado se cansaba de insultar al *Cubano*, fijaba sus ojos iracundos en el vientre, que, libre de la opresión á que estaba sometido durante el día para burlar la curiosidad de los extraños, parecía crecer cada noche con una monstruosa hinchazón. Neleta odiaba con furor salvaje al ser oculto que se movía en sus entrañas, y con el puño cerrado se golpeaba bestialmente, como si quisiera aplastarlo dentro de la cálida envoltura» (2). Y para dulcificar esta descripción de escenas airadas, hay más adelante un episodio de placidez, un punto muerto en este mar borrascoso de la pasión de Tonet y Neleta. Ved con qué inefable encanto realista describe Blasco estas escenas de calma: «Oculta tras las gavillas, arrancábase el corsé con gesto angustioso y se sentaba al lado de Tonet, sobre la enorme pila de paja de arroz, que esparcía un olor punzante. A sus pies daban vueltas los caballos en la monótona tarea de la trilla y ante ellos extendía la Albufera su inmensa lámina verde, reflejando invertidas las montañas rojas y azuladas que cortaban el horizonte. Estas tardes serenas calmaban la inquietud de los dos

(1) *Cañas y Barro*, 233.

(2) *Ibidem*, 235 y 236.

amantes. Se sentían más felices que en la cerrada alcoba, cuya oscuridad se poblaba de terrores» (1).

En el curso del capítulo el novelista presenta un interesante episodio: la cacería que todos los años celebran en la Albufera los buenos burgueses de Valencia. Una intensa visión realista preside á la descripción de los preparativos. Debe transcribirse esta página, de las más hermosas de la novela: «Entre las casas del Saler, algunas buenas mozas de la ciudad habían establecido sus mesas de garbanzos tostados y turrónes mohosos, alumbrándose con bujías resguardadas por cucuruchos de papel. En las puertas de las barracas las mujeres del pueblo hacían hervir las cafeteras, ofreciendo tazas tocadas de licor, en las cuales era más la caña que el café; y una población extraordinaria discurría por el pueblo, aumentada á cada momento por los carros y tartanas que llegaban de la ciudad. Eran burgueses de Valencia, con altas polainas y grandes fieltros, como guerreros de Transvaal, contoneando fieramente su blusa de innumerables bolsillos, silbando al perro y exhibiendo con orgullo su escopeta moderna dentro del estuche amarillo pendiente del hombro; labradores ricos de los pueblos de la provincia, con vistosas mantas y la canana sobre la faja, unos con el pañuelo arrollado en forma de mitra, otros llevándolo como un turbante ó dejándolo flotar en largo rabo sobre el cuello, delatando todos en el tocado de su cabeza los diversos rincones valencianos de que procedían» (2). Otro poético episodio, que nos conmueve y nos turba, es aquel en que Tonet lleva á su hijo, «envoltorio de carne blanducha», según la áspera frase de Blasco, debajo del brazo para arrojarlo al lago, mientras en la noche callada y tranquila se desenvuelven las peripecias de la caza. «Parecía que instantáneamente se había despertado una nerviosidad extraña que aguzaba sus sentidos. Oía todos los rumores del pueblo, hasta los más insignificantes, y le parecía que las estrellas tomaban un color rojo. Él viento estremeció un olivo enano inmediato á la taberna y el rumor de las hojas

(1) *Cañas y Barro*, 239 y 240.

(2) *Ibidem*, 247.

hizo correr á Tonet, como si todo el pueblo despertase y se dirigiera hacia él preguntando qué llevaba bajo el brazo» (1). Díganme si como fragmento psicológico no es éste incomparable.

Y si se quiere descripcionismo, véase este trozo: «Todo un pueblo iba y venía en la obscuridad sobre los negros barquitos. En el silencio de la Albufera, que transmitía los ruidos á prodigiosas distancias, sonaban los mazos clavando las estacas de los puestos de los cazadores, y como rojas estrellas brillaban á flor de agua los manojos de inflamadas hierbas, á cuya luz terminaban los preparativos los barqueros» (2). El capítulo termina con un supremo impulso de desesperación del desesperado Tonet y con este rasgo de un psicologismo casi fisiológico: «Después se tendió en el fondo de la embarcación y durmió con un sueño profundo y anonadador: el sueño de muerte que sobreviene tras las grandes crisis nerviosas y surge casi siempre á continuación de un crimen» (3).

En el capítulo noveno hay dos bellos episodios: la muerte de *Sangonera*, á consecuencia de una formidable indigestión de carne (que no había catado desde tiempo inmemorial, según dirán nuestros historiadores del porvenir) y el hallazgo del fúnebre envoltorio de Tonet, cuando éste está perchando en la laguna donde arrojó al hijo de sus malvados amores. Del primer episodio, más picaresco que elegíaco, por la socarrona malicia, genuinamente popular, que, en medio de su iluminismo místico, postizo ó sentido, respira todo el tipo de *Sangonera*, entresaco dos bellos fragmentos: en el primero se describen las fatigas del ebrio vagabundo cuando el *pare Miguel* (una figura episódica de gran realce en la novela de Blasco) le plantea el problema de la muerte sin rodeo y con una salvaje franqueza que hubiera amedrentado al mismísimo Bourdeau. Dice así: «Por los ojos del vagabundo pasó una expresión de terror. Su existencia, llena de miserias, se

(1) *Cañas y Barro*, 258 y 259.

(2) *Ibidem*, 261.

(3) *Ibidem*, 265.



le apateció con todo el encanto de la libertad sin límites. Vió el lago con sus aguas resplandecientes; la Dehesa, rumorosa, con sus espesuras perfumadas, llena de flores silvestres, y hasta el mostrador de *Cañamel*, ante el cual soñaba, contemplando la vida de color de rosa al través de los vasos... ¡Y todo aquello iba á abandonarlo!... De sus ojos vidriosos comenzaron á rodar lágrimas. No había remedio: le llegaba la hora de morir. Contemplaría en otro mundo mejor la sonrisa celestial, de inmensa misericordia, que una noche le acarició junto al lago» (1). El otro fragmento expresa las picarescas reflexiones de los compañeros de *Sangonera* al verle en el ataúd con hábito religioso: «Sus antiguos compañeros se frotaban los ojos enrojecidos por el alcohol, conteniendo la risa que les causaba ver á su amigote tan limpio, en una caja de soltero y vestido de fraile. Hasta su muerte parecía cosa de broma. ¡Adiós, *Sangonera!*... ¡Ya no se vaciarían los *mornells* antes de la llegada de sus dueños, ya no se adornaría con las flores de los ribazos como un pagano ebrio! Había vivido libre y feliz, sin las fatigas del trabajo y hasta en el trance de la muerte sabía marchar al otro mundo con aparato de rico á costa de los demás» (2). El capítulo se termina por un trozo de patética sobriedad y por una imagen de un plasticismo dolorosamente mórbido. Es cuando el perro saca del agua las piltrafas acusadoras de su crimen, y ved cómo Blasco manifiesta el terror de aquel hombre: «Tonet se irguió, con la mirada loca, estremecido de pies á cabeza, como si el aire faltase de pronto en sus pulmones. Vió junto á la borda de su barca un lío de trapos y en él algo lívido y gelatinoso, erizado de sanguijuelas: una cabecita hinchada, deforme, negruzca, con las cuencas vacías y colgando de una de ellas el globo de un ojo: todo tan repugnante, tan hediondo que parecía entenebrecer repentinamente el agua y el espacio, haciendo que en pleno sol cayese la noche sobre el lago (3). Levantó la percha con ambas manos, y fué tan

(1) *Cañas y Barro*, IX, 285.

(2) *Ibidem*, 287.

(3) No se encontrarán con facilidad imágenes que delaten tan in-

tremendo el golpe, que el cráneo de la perra crujió como si se rompiese, y el pobre animal, dando un aullido, se hundió con su presa en las aguas arremolinadas. Después miró con ojos extraviados á su abuelo, que no adivinaba lo ocurrido y al pobre D. Joaquín, que parecía anonadado por el terror; y perchando instintivamente, salió disparado cual una flecha por la vía de agua como si se incorporase el fantasma del remordimiento adormecido durante una semana y corriera tras él rasgándole la espalda con sus uñas implacables» (1).

El décimo y último capítulo está dedicado á la desesperación de Tonet, que termina con su suicidio y á la impresión que este suceso produce en su familia. De las reflexiones de Tonet con antelación á su muerte, he aquí un fragmento «En las tinieblas de su pensamiento brillaba como un punto de luz cierta confianza en sí mismo. Él no era malo. Tenía la buena sangre de su padre. Su delito era el egoísmo: la voluntad débil que le había hecho apartarse de la lucha por la vida. La perversa era ella, Neleta, aquella fuerza superior que le encadenaba, aquel egoísmo férreo que arrollaba el suyo, plegándolo á todos sus contornos como una vestidura dúctil. ¡Ay, si no la hubiese conocido! ¡Si al volver de tierras lejanas no hubiera encontrado fijos en él los ojos glaucos que parecían decirle: *Tómame; soy rica: he realizado la ilusión de mi vida; ahora me faltas tú!* Ella había sido la tentación, el impulso que le arrojó en la sombra, el egoísmo y la codicia con careta del amor que le guiaron hasta el crimen. Por conservar migajas de su fortuna, no vacilaba ella en abandonar un trozo de sus entrañas, y él, esclavo inconsciente, completaba la obra aniquilando su propia carne» (2). Otra vez, como se ve, retorna nostálgico, pesimista y lleno de tristeza, el tema de la mujer prevaricadora, inducente al mal, fatal é inalienable castigo del hombre.

Y la novela finaliza con la misteriosa insinuación de un
 tensa fuerza de visión artística como ésta, que raya en los lindes del tormento psiquiátrico, tan hermosamente analizado por Dostoiewsky en *Crimen y castigo*.

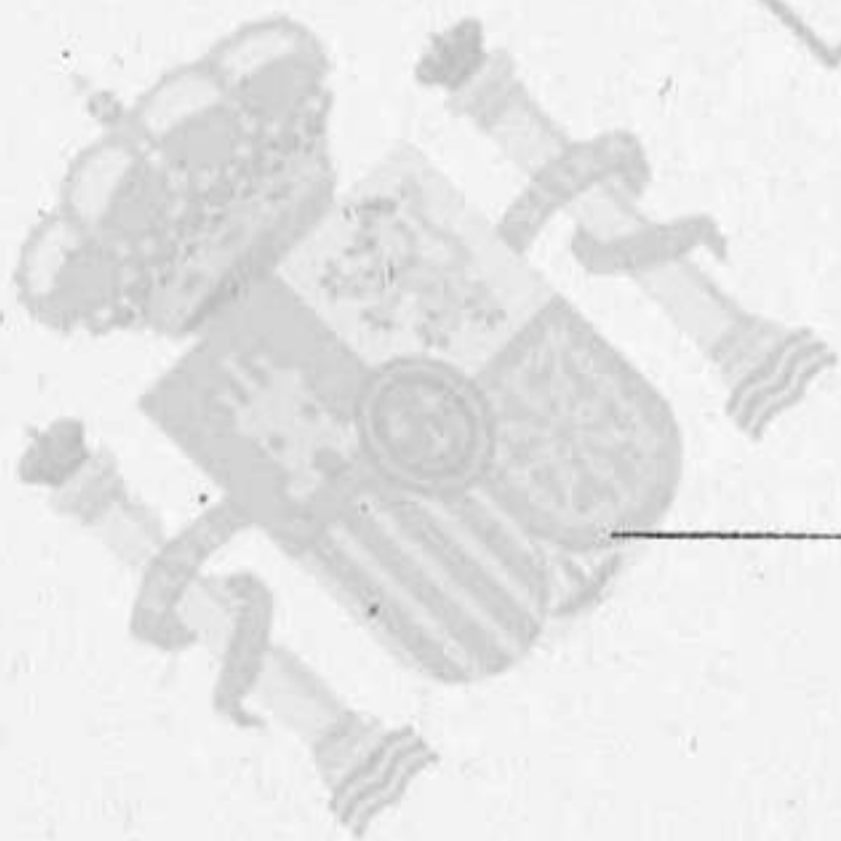
(1) *Cañas y Barro*, 294 y 295.

(2) *Ibidem*, X, 299 y 300.

incesto moral, la pasión de la pobre *Borda* por su hermano, en quien compendia todo el mundo viril, con sus excelencias y sus defectos;—otro nuevo clamor de redención, otra sacudida de la envoltura terrenal, otro himno de desconfianza en la belleza de la vida, otro canto á la tristeza de ser hombre, que enaltece más la personalidad de este novelista, que es artista puesto que es descontento. «Y mientras el lamento del tío Toni rasgaba como un alarido de desesperación el silencio del amanecer, *la Borda*, viendo de espaldas á su padre, inclinóse al borde de la fosa y besó la lívida cabeza con un beso ardiente, de inmensa pasión, de amor sin esperanzas, osando, ante el misterio de la muerte, revelar por primera vez el secreto de su vida» (I).

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

(I) *Cañas y Barro*, 311 y 312.



CONTESTACIÓN A UNA CRÍTICA⁽¹⁾

En los libros atribuidos á Moisés no se habla más que del mes *âbîb*, es decir, de las «nuevas espigas» ó de los nuevos frutos. Si el doctor Codina se atreve á negarlo, extienda contra él su mano el exégeta católico Glaire (2), y tápele la boca, reconociendo que los Hebreos sólo durante su cautividad en Babilonia adoptaron los nombres de los meses caldeos, y como los lunares no tienen más que veintinueve días y medio, dieron al primer mes treinta días, al segundo veintinueve y así sucesivamente, para que sobre poco más ó menos coincidieran unos con otros. De aquí la siguiente serie: *a) nisân*, antiguamente *âbîb* (3), de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Marzo; *b) ziv* ó *îyâr*, de veintinueve días, que principiaba en la Luna Nueva de Abril; *c) sîvân*, de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Mayo; *d) tammuz* (4) de veintinueve días, que principiaba en

(1) Véase la página 737 del tomo anterior.

(2) *Introduction Historique et Critique à l'Écriture Sainte*, III, 5, 2, 2 apéndice. Otro sabio ortodoxo, Lenormant (*Les Premières Civilisations*, II, 69), hace notar la utilidad de toda investigación que busque una relación directa entre los nombres de las constelaciones y fases de las estaciones y los trabajos de la agricultura, contra lo que pretendía la Escuela de Dupuis. Advierte asimismo lo difícil que es explicar los términos asirios (sumerianos) de los meses por su origen ancestral; pero añade que *fueron indiscutiblemente aceptados mucho después por los Hebreos y el resto de los Semitas*.

(3) Véase á Josefo, *Antigüedades Judaicas*, I, 4.

(4) Ha llamado la atención de los historiadores (véase á Lenormant, *Les Premières Civilisations*, II, 94) que en los monumentos babilónicos y asirios, el mes que tomaba su nombre del «dios joven» (especie de *Osiris* ó *Adonis* Mesopotámico) no se presente precisamente bajo

l a Luna Nueva de Junio; e) *âb*, de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Julio; f) *êlul*, de veintinueve días, que principiaba en la Luna Nueva de Agosto; g) *tischri* (1), de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Septiembre; h) *bul*, llamado por los Judíos Modernos *mar-heschvân*, de veintinueve días, que principiaba en la Luna Nueva de Octubre; i) *kislêv*, de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Noviembre; j) *têbêth*, de veintinueve días, que principiaba en la Luna Nueva de Diciembre; k) *schebat*, de treinta días, que principiaba en la Luna Nueva de Enero; l) *âdâr* (2), que empezaba en la Luna Nueva de Febrero (3). Ahora bien: el procedimiento para llegar á formar la

la forma *tammuz*, sino bajo la de *duzû* ó *duvazu*, por lo cual se ha supuesto que el primer término no es semítico, y que hay que buscar su etimología y filiación en la lengua acadiana. Según lo que puede desprenderse del relato del rarísimo libro árabe *Agricultura Nabateneana*, uno de cuyos fragmentos citó ya Maimónides (*Moreh Nebojim*, III, 29), y que se compuso en gran parte con ayuda de documentos arameos, *tammuz* fué un dios acádico, equivalente á «hijo único». Ahora bien: á juzgar por el formal testimonio de los silabarios de *Asurbanipal*, la mejor expresión y lectura, en idioma acadiano, de la idea de «hijo» corresponde al primer signo del nombre de «hijo de la vida», *dû* ó *duv*, por lo que aquel dios se llamaba *du-zi* ó *duv-zi*. Y pocos hechos hay mejor comprobados en la Fonética Acadiana que la confusión de las articulaciones *v* y *m*, no mucho más diferenciadas, en la escritura, que el órgano: esta confusión se mantuvo siempre en la ortografía de los textos cuneiformes, persistiendo en la pronunciación local del asirio en Babilonia hasta la época griega: así vemos á Hesiquio transcribir *Samas*, por Σαώς, y Beroso *tahamti*, por Θαυάρθ. Compréndese en tal sentido, por qué el nombre de origen acádico del «hijo de la vida» (D V Z, *duvzi*) se convirtió, para los pueblos de Siria y Palestina, en T M Z, que los Hebreos y los Fenicios han vocalizado en seguida (*tammuz*), en tanto que los Semitas Septentrionales, diciendo *tomús*, permanecían más próximos á la pronunciación originaria.

(1) Antiguamente *ethanim*.

(2) Cuando el año era de trece meses, al que se aumentaba se llamaba *veádâr*, como si se dijera «y *idâr*» ó «segundo *âdâr*».

(3) Compárese esta lista hebrea con la de los nombres asirios equivalentes: *nisannu*, *airu*, *sivanu*, *dûzu* (= *tammuz*), *abu*, *ululu*, *trasritu*, *arakh-samna*, *Kisilivu*, *tabitu*, *sabatu*, *addaru*. La analogía es tan patente, que huelga todo comentario, y hasta todo parangón detenido.

división septenaria fué seguramente deductivo, no inductivo, es decir, que jamás se hubiera llegado á semejante división sin conocer previamente la mensual que la contiene. Inductivamente pudo llegar á determinarse el día por el nacimiento y el ocaso del Sol, y aun el año por la estación del estío y la madurez de los frutos; pero, sin caer en lo arbitrario, nunca hubieran llegado los hombres á la división de *siete en siete*, á menos de determinar previamente las revoluciones lunares en que los meses se fundan.

No sé cuál haya sido la religión de las tribus nómadas que acaudillaron *Abraham, Nahor y Taré*, antes que salieran de la Caldea para internarse en la Armenia, de donde parte de ellos llegó más tarde á la tierra de los Cananeos. Pero sé que sería absurdísimo afirmar, sin un solo dato, que los Patriarcas observaban el uso del Sábado (1), antes de que pudiera ser referido á observaciones astronómicas exotéricas. Y no sería menos absurdo invalidar el dilatado é inexplicable silencio del *Génesis*, pretextando que en el desierto

(1) Respecto á esta cuestión, caemos á menudo en el error de empezar colocando como primitivo lo que es un hecho derivado de la transformación, por lo cual no sabemos después salir del Tradicionalismo y del Historicismo Exagerado. Sin embargo, nadie puede hoy ignorar que los once primeros capítulos del Génesis no tienen nada de esencialmente hebraico. El fondo de sus relatos y noticias constituía, indudablemente, una herencia común que los antecesores de toda la familia semítica aportaron de Caldea, su primitiva cuna. *Ce sont là des restes de l'argile maternelle, que les ancêtres d'Abraham emportaient attachée à la semelle de leurs sandales, en quittant les bords enchantés des grands fleurs orientaux* (Sabatier, *Esquisse d'une Philosophie de la Religion d'après la Philosophie et l'Histoire*, 145). Criticando Samy (*Introductio in Sacram Scripturam*, I, 5), la opinión «de los que no hacen al Sábado anterior á Moisés,» responde con las palabras de Cristo á los Judíos, en el Evangelio de San Juan, VII, 22: *Moisés os dió la Circuncisión, no porque ella es de Moisés, sino de los Padres. Cree, pues, Bamy que, puesto que Abraham se circuncidó, antes de Moisés, no sólo los Hebreos, sino la mayor de las naciones, habían observado el Sábado, en cuyo período ó numeración de ellos convenían con los Judíos, «lo cual no es de admirar (concluye), siendo todos los pueblos descendientes de los hijos de Noe.»* Dejo al lector que por sí mismo juzgue este tejido de incoherencias.

se renovó la ley del Sábado ó día *séptimo*, destinado para santificar á Dios en memoria de la Creación (1). Como veremos más adelante, tampoco el *Exodo* prescribe nada sobre el particular, y encomiendo al diablo, regla, ni costumbre, ni ceremonia de cuantas serían menester que aquel libro hablase, para calificarlo de *sabático*. Verdad es que á esto se contesta que la Escritura no hace en todas las ocasiones mención de todas las condiciones y circunstancias de las cosas, suponiéndolas bastante conocidas. Regla cómoda sin duda, y que se parece bastante, y podría aplicarse mejor, al *permisio non actio est legis, sed actionis negatio* de los legisladores públicos modernos. ¡El silencio del legislador es frecuentemente un acto de sabiduría!

Infiérese de todo lo dicho que el origen caldeo de la semana, tomado en el sentido puramente *laico, cronológico ó septenario* que yo indiqué, es, hoy por hoy, una solución *provisionalmente evidente*, mal que les pese al doctor Codina, al abate Hamard, al abate Vigoroux y á *Le Dimanche Catholique*. Tocante á la solución *definitiva* que el doctor Codina, apoyado en estos dos últimos testimonios, se permite dar, nuestro autor va muy lejos, pero muy lejos; como que no le cuesta nada el billete para tan largo viaje. Sólo en la edad prehistórica, cuando el hombre se ocupaba en luchar con el *mamuht* y el oso de las cavernas, se comprende que existiese y tuviese inventores la institución llamada Semana, santificación temporal de la Creación, protegida cuidadosamente por la autoridad. ¡*Risum teneatis!* ¿O es que el doctor

(1) *Exodo*, XX, 10; XXXI, 15. Ya dije en *La Institución y Origen del Descanso Dominical* que, en todas las épocas primitivas de los antiguos pueblos, el Sábado se dedicó á *Saturno*, día y dios nefastos. Según las reglas de la Astrología, la Luna Dudosa gobierna el séptimo mes; el Siniestro *Saturno* rige el octavo; el noveno obedece á *Júpiter*, astro del bienestar y de la perfección. Á causa de esto, se miraba un nacimiento, sobrevenido bajo la influencia de *Saturno*, como amagado de desgracias mayores que el que se presentaba bajo la influencia de la Luna. LANGE (*Geschichte des Materialismus*, II, 122), observa que en tan extraña fuente inconscientemente se inspiran aun los no pocos médicos que tienen por más viable un feto de siete meses que uno de ocho.

Codina, á semejanza de los sociólogos evolucionistas, confunde la «Sociedad Primitiva» con las salvajes ó bárbaras que aún subsisten? Recuerde que á mí no se me olvidó citar á los Mongoles, á las tribus de Goa, á los Negros de Guinea; pero ¿dónde está la universalidad de la práctica en el conjunto de los pueblos que aún se hallan en el «estado natural»? No queda, pues, más solución que entender por «Sociedad Primitiva» la de *Adam* y su gente. De este modo, nos acogemos al recurso desesperado de Bonald, Gerbet, Bautain, Lamneais, Demaistre, Ráulica y demás Tradicionalistas: todas las leyes humanas estaban en germen en la «Sociedad Primitiva»; todas las ideas religiosas estaban en germen en la «Revelación Primitiva». La Humanidad Posterior corrompió unas y otras.

Si al menos los teólogos del sentir del doctor Codina entendiesen por «fundamentos de la Sociedad Primitiva» los instintos poderosos universales en la Humanidad... Pero no. Hablan de cosa muy diferente y mucho menos inteligible. Han llegado á proponerse inocentemente la razón de que ciertas doctrinas religiosas presenten un fondo común en los diversos pueblos, y se han dicho que esto se debe á que proceden todas ellas [de la Primitiva Revelación], y se han quedado tan convencidos y orgullosos de su descubrimiento, como si los muy mentecatos comprendieran qué es eso de la Revelación Primitiva. Si siquiera aceptasen por tal lo que los teosofistas llaman la Sabiduría Secreta, la Revelación Esotérica conservada en todos los Misterios y partes superiores de las religiones, y ocultada á la profanación del vulgo grosero y aferrado á sus mitos patriarcales y naturalistas, y á sus ritos exotéricos, su teoría tendría caracteres de verdad, sobre todo para los que no admiten en sentido absoluto el salvajismo primitivo del género humano. Por mi parte, no dudo que la tierra que habitamos deba los gérmenes de toda Elevada Cultura á una Tradición Religiosa, escrita ú oral, de cualquier modo que concibamos su derivación (1); pero (sin entrar en preadamitismos extemporáneos,

(1) Esta idea la desenvolveré en un estudio de Mitología Compa-

ni probar, por el hebreo y el egipcio, el sentido indeterminado y colectivo del nombre *Adam*, cosa que en esta misma publicación (1) hice cumplidamente hace algún tiempo), sostengo que semejante Ciencia Revelada no lo fué, ni pudo serla, al exotérico *Adam*, tierra, arcilla, materialidad, en quien la tierra (2) fué maldita. Ya notó Espinosa (3) que *Adam*, el primero á quien se supone que Dios se ha revelado, ignoraba su Omnipotencia y su Omnisciencia, porque quiso ocultarse á Dios, y se esforzó en atenuar su pecado delante de Él, como hubiese hecho delante de un hombre (4).

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

(Continuará.)

rada, sobre los orígenes del Politeísmo, que pienso publicar pronto. Por lo que hace al aspecto negativo del problema, puede verse mi artículo *Salvajismo y Degradacionismo* (en *La República de las Letras* de 8 y 15 de Julio de 1905).

(1) *La Lingüística como Ciencia de Observación* (en la REVISTA CONTEMPORÁNEA, Julio 17: 1903).

(2) *Génesis*, III, *Adamé* (*Adamah*), terra: *humus, ager*; y no *Aratz* (ó *Aretz*), terra: *orbis terrarum*. Compárese el texto hebreo: *hafar min adamah*, con la versión de los Sesenta: *κουν από της γης*. Un rasgo de pequeñez y pedantería de Bossuet, es el de haber hecho de la ley del séptimo día la ley de *Adam*, de sus descendientes y del primitivo género humano por entero. Esta teoría ha sido renovada por el cardenal Pie (*Œuvres*, III, 352); pero recientemente la ha impugnado definitivamente un exégeta tan poco sospechoso como el P. Mir (*La Creación*, 76).

(3) *Tractatus Theologico-Politicus*, II, 32.

(4) *Génesis*, III, 8 y siguientes.

POLITICA INTERIOR Y EXTERIOR

I

Como habíamos anunciado hace dos meses, se han formado los tres grupos, partidos ó como quiera llamárseles, que en lo sucesivo alternarán en la gobernación del país, y también, como habíamos anunciado, tal formación no es obra de las ideas de tales ó cuales ciudadanos, no es resultado de la reunión de los que piensan de uno ú otro modo, sino acuerdo de los llamados jefes para mayor comodidad de sus estancias ministeriales.

Hecho el partido conservador para entrar en el poder, Maura suaviza asperezas y prepara muy bien la creación del liberal, encargando á Moret de la dirección de él y aparentando que la creación es de otro modo, por medio de una carta de ex Ministros liberales, que sirve como banderín de enganche.

Entre tanto, los demócratas se reúnen, y dentro de poco veremos que Maura y Moret, ya jefes, dan la beligerancia como tal á Canalejas.

Y ya tenemos nuestros tres partidos turnantes y todos contentos.

¡Expuesto, muy expuesto juego!

*
**

El aspecto es tanto más tentador y sonriente, cuanto que el partido republicano termina como tal partido á manos y á pretexto de ese engendro llamado solidaridad catalana, con tubernio de carlistas, conservadores y republicanos que con

mucho acierto preparó en tiempo oportuno Maura para que, estallando al ser él poder, diese el último golpe á los partidos extremos y le quedase el campo despejado.

*
* *

Mientras que todo esto ocurre entre bastidores, la parte pública de la farsa política presenta la preparación de las elecciones provinciales y de las á Cortes con la misma tramoya de siempre, con la misma repartición de actas y con la consabida proporción entre ministeriales y de oposición. No vale la pena de hablar de esto.

* * *

Para las Cortes, y esto es más importante, si es sincero, prepara el gobierno de Maura varios proyectos, entre los que se destacan los de Hacienda, que pueden ser base de gran riqueza si, como decía el Sr. Osma, se declara enemigo de monopolios y plantea como debe las cuestiones de alcoholes y azúcar y presenta una conveniente transformación del amortizable y corrige el desaguizado de las cédulas y sabe emplear el *superavit*.

Maura vuelve á anunciar el proyecto de administración local, y los demás Ministros, sin detallar qué, aseguran que tienen sus respectivos planes. ¡Y cómo no!

* * *

Poco á poco, van cediendo los pujos liberales de Maura y vuelve pasos atrás, como tenía que hacer para cumplir compromisos contraídos en la oposición y evitar que de modo violento precipiten los sucesos sus aliados retrógrados. El primer paso ha sido la Real orden de Gracia y Justicia sobre el matrimonio civil, que no juzgo siquiera porque sólo debo consignar hechos.

* * *

Vuelven las épocas de anormalidad, que se acentuarán con las elecciones. Entró al fin sin novedad en su diócesis el Arzobispo de Valencia; estallaron petardos en la propia ciudad del Turia; hubo huelga de importancia en Madrid; amenaza haberla en Bilbao, *et sic de cæteris*.

* * *

Como detalle más social y moral que político—aunque quiera dársele este carácter—y digno de todo aplauso, merece consignarse la campaña del Marqués del Vadillo contra la... *sicalipsis* (llamémosla así, aunque tiene otro nombre más crudo y castizo) que invade á la corte.

II

Del exterior, como más saliente aparece la organización del Parlamento alemán, y las ambiguas frases del Canciller, tan ambiguas que todos creen que lo dicho no se refiere á ellos, sino á los otros. En todo caso, es un anuncio de que si no sirve el Parlamento, volverá á ser disuelto y se harán otro y otro, que sirvan los planes del Kaiser preparatorios de la guerra con Inglaterra.

* * *

Esta nación, por su lado, no pierde tiempo; prepara la conferencia de Eduardo VII con Alfonso XIII, cuyo alcance diplomático á nadie se oculta; se asegura tanquilidad con la organización del Gobierno del Transvaal, encargando de él á los mismos boers combatientes; detiene la cuestión marroquí, é impone su criterio para la próxima Conferencia llamada de la paz y que debiera llamarse de la guerra, puesto que de ella ha de salir.

* * *

La situación de Francia y el Vaticano sigue al parecer lo mismo, aunque en el fondo se ve cuál es el arreglo convenido.

* * *

En el Centro América soplan vientos belicosos, acaso sostenidos por los Estados Unidos, á los que conviene que se desvanezca la acusación que hecha por su misma prensa pesa sobre ellos, por la venalidad nacional, con motivo de nuestra guerra de Cuba y del apoderamiento de la Gran Antilla. Es un caso de descalificación de una nación y pretenden ver cómo se evita.

* * *

Rusia tiene otra vez su Duma. ¿Servirá de algo? ¿Será señal de paz ó señal de más acentuación del trastorno nacional?

Es difícil preverlo todavía.

ABDESLAN-BEN-URIZ EL ICHUDEF.



BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Mujeres de regia stirpe, por D.^a CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.—*Madrid.—Tipografía Española, 1907.*

El feminismo ha entrado en una nueva vía; saliendo del terreno de la sensibilidad, penetra en el de la inteligencia; tiene propósitos y presenta soluciones prácticas. Creemos que no es invención moderna. Prescindiendo *del mar iarcado* como institución jurídica muy especiada hoy, en todos los documentos antiguos de todas las civilizaciones, en los sánscritos, en la Biblia, en Homero, en los Eddas, vemos ensalzada a la mujer, más realzada en la literatura, sin embargo, que bien tratada en las leyes. Vino luego la época de la sensibilidad y se torció el camino. Sólo algunos ingenios como Vives y Fenelon lo entendieron bien y se constituyeron con sus obras en maestros de la mujer y de la sociedad, á la que enseñaron á respetarla. Siguió Monseñor Dupanloup la tendencia de su eminente colega en el episcopado; pero volvió á equivocar el camino Toussenel con sus mil exageraciones, que del mundo nominal extendió al zoológico en todas las clases. Jamás salió de los claustros una voz más elocuente que la del Padre Feijoó en favor de las mujeres, á pesar de que su estado de instrucción era en España el bien conocido del siglo XVIII. Pero en el siguiente el P. Lacordaire reivindicó para Santo Domingo la gloria de haber promovido antes que nadie en Francia la educación del bello sexo. Como quiera que sea, el impulso está dado, avanza la máquina y no es de temer que descarrile.

La señora de Flaquer parece haber consagrado á esta empresa su vida literaria, que comenzó hace algún tiempo, cabiéndonos la honra de haber juzgado en la prensa su primer libro. El que acaba de publicar penetra en las profundidades de la historia y se propone demostrar que el sexo femenino es apto para la labor del gobierno. En España jamás lo ha dudado quien sepa historia. La multitud de noticias que contiene el libro es una completa prueba. Sobriamente descritos los personajes, bien elegidos los cuadros históricos y bien razonados los juicios. Solemos buscar nosotros en los escritos de las mujeres rasgos característicos de su sexo; en este libro lo hemos hecho como en todos, encontrando rasgos como los siguientes. Con todas estamos conformes, pero sobre todo con la primera, que no recordamos haber visto en ningún otro libro:

«La manía epistolar será siempre funesta á la mujer enamorada. El papel, que la atrae con fuerza magnética, hace traición á su pensamiento, obligándola á la inconsciente confianza. Sabido es que la mujer vela más sus impresiones ante el hombre amado que en una carta: en ella sufre la sugestión de la franqueza, la imperiosa necesidad de exteriorizar sus ideas; la pluma es el más terrible enemigo de la mujer apasionada; las mujeres debieran desconfiar de ella; pero no lo harán, porque no saben escapar á su yugo: toda mujer enamorada es grafómana.» (Vida de María Stuart.)

«Los reyes carecen del sentido de lo real, porque viven engañados siempre, ya por la adulación de los que quieren explotarles, ya por la buena fe de los adictos, acostumbrados á no dejarles saber nada que les pueda molestar, nada que les sea desagradable.»

El objeto de la obra obliga á la señora de Flaquer á recorrer varios siglos y naciones, y lo hace con sencillez y copia de datos, juzgando muy acertadamente, entre otras mujeres célebres, á las Reinas de Escocia y de Francia, ambas decapitadas, no ocultando los delitos de la primera ni las ligerezas de la segunda, y al no absolverlas del todo y al compadecerlas, sigue las huellas de los mejores historiadores imparciales y cristianos.

Sea lícito á un antiguo amigo, que ha ganado en años y en experiencia lo que no en conocimientos ni en crítica, al agradecer á esta escritora que haya querido oír su opinión, decirle, como también al público, que sigue admirando las dotes de la Sra. Flaquer, y aún más lo meritorio de su empresa, al servicio de la cual pone hoy un estilo que aún es más digno de aplauso que el antes empleado en sus novelas. Todo estudio histórico modifica notablemente nuestras ideas y palabras, y si esa clase de indagaciones se hace habitual en nosotros, llega á disgustarnos de la retórica, en cuanto sirve de disfraz al color ó meramente á la invención.

Aún falta nueva labor en el cuadro de estudios de la señora de Flaquer: extender su trabajo á otras clases de la sociedad que, por más numerosas y por más relacionadas con el pueblo, presentan más modelos que imitar que las estirpes regias, y á esa nueva labor la invitamos, al estudio, exposición y elogio de las virtudes modestas que tantas veces habrá visto y no habrán escapado á su penetración.

*
* *

Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

Hemos tenido el gusto de examinar los cinco volúmenes que lleva publicados esta Biblioteca, ya saludada por nosotros con aplauso, convencidos como estábamos de que la obra de nuestro amigo D. Manuel Rivadeneyra había quedado imperfecta y persuadidos como también lo estamos de que ocurrirá otro tanto con la continuación á que nos referimos. Obras como ésta jamás se

terminan; pero siempre son de inestimable valor, aunque sólo atendamos á la dificultad de procurarse ciertos libros que los eruditos buscan y publican para instrucción y solaz de los aficionados á las buenas lecturas.

Desde luego se han aprovechado nuestras advertencias al malogrado y estudioso joven Adolfo Rivadeneyra, que pensaba proseguir la empresa de su padre; la parte tipográfica es mejor en estos volúmenes que en los anteriores, y mucho más si se tiene en cuenta la impresión de las obras españolas del siglo XVII y de la mayor parte del XVIII, salvo muy contadas y honrosas excepciones.

Los que se han reunido para esta empresa no pueden ser más conocidos del público: son especialistas en sus respectivos ramos de estudio. El ímprobo trabajo que se han tomado para la elección y corrección de los impresos originales jamás será bastante encomiado ni agradecido por los que utilizamos sus investigaciones. Siguiendo la tradición de los colectores antiguos, adornan la publicación con muy eruditas introducciones y comentarios, y no vacilamos en asegurar que los Hartzenbusch, Gayangos, Pedrosa, Durán y Rosell tendrán en ellos excelentes imitadores. Quizá, gracias á los continuos progresos de la crítica, se ofrezcan ahora al público mejores trabajos. Si hemos de juzgar por los ya publicados, se ha demostrado ya que podemos fundar en el nuevo trabajo las más lisonjeras esperanzas.

El Sr. Menéndez Pelayo, creyendo, y con razón, que la novela antigua española no estaba bien representada en los volúmenes de Rivadeneyra, ha escrito uno en que investiga, como él sabe hacerlo, los orígenes de este género literario. Si no estamos equivocados, no es de hoy su afición á tales investigaciones; el primer trabajo que de él conocemos es un análisis del *Satiricón*, de Petronio, autor que ahora ha puesto de moda Simkiewicz, más bien como personaje histórico que en calidad de escritor, pero entonces casi olvidado. De los libros de caballerías y de la novela picaresca teníamos más noticias; pero no de las que pudiéramos llamar de costumbres y no malas. De hoy en adelante no se podrá hablar de este género tan de moda sin citar en la parte histórica y también en la crítica el trabajo del Sr. Menéndez Pelayo.

Será más ó menos aceptable el del novelista; pero deleita ver que nuestros mayores ya lo conocieron con sus verdaderos caracteres y que no siempre desbarraron escribiendo narraciones inverosímiles y fabulosas leyendas y que no nacieron del todo desprovistos de las prendas que distinguen á los sagaces investigadores y no agrada menos comprobar en textos clásicos de nuestro hermoso idioma la afición al estudio de costumbres.

Claro es que tenemos estragado el gusto y que la obra será únicamente leída por los eruditos; pero ése es cabalmente el objeto de los nuevos colectores, que no pueden proponerse reformar el gusto de toda una generación que ha tenido muy mala enseñanza.

Existe en nuestra literatura dramática un autor de quien se ha-

bla mucho, porque se le ha formado una reputación popular, no muy diferente de la de Quevedo, y cuya biografía ofrece muchos puntos oscuros. Quien desee ver los últimos y más recientes datos acerca de Tirso de Molina—autor á quien nos referimos,— puede contentar su curiosidad leyendo el discurso pronunciado en el Ateneo Científico y Literario de Madrid por la Sra. D.^a Blanca de los Ríos Lampérez, dado á luz en la revista de aquella docta casa. El Sr. Cotarelo, nuestro buen amigo, ha hecho respecto de Fray Gabriel Téllez lo mismo que acerca de la novela antigua española el Sr. Menéndez Pelayo. Del estudio de los actores ha pasado al de los autores el referido académico, dándonos gallarda muestra de lo que se propone y sabe hacer en esta clase de trabajos. Los que han visto algunos publicados por Lista, Hartzzenbusch y Mesonero Romanos saben cuán difícil es leer aquellos textos mal impresos, aunque indudables modelos de buen castellano, y todos, eruditos y no eruditos, pueden comprender la improba labor de quien lee y comenta obras que tan mal trataron los antiguos editores y que los autores mismos no comprendieron bastante.

Poco ha, un célebre actor inglés, invitado á dar una conferencia en una corporación académica de su patria, tuvo la buena ocurrencia de probar filosófica é históricamente que no hay incompatibilidad entre la vida religiosa y el teatro bien comprendido, y esto mismo debieron pensar nuestros padres, que leían sin extrañeza las producciones de Torres Naharro, Calderón, Lope de Vega, Moreto y Tirso y veían que los sacerdotes y religiosos asistían á las representaciones dramáticas. El *Qui illibet audendi*, permitido por Horacio á los poetas, se ensanchaba no poco, sin que por eso padeciese la moralidad en general de los espectadores. Quizás no es tan libre en alguna ocasión el teatro moderno y produce peores resultados.

Del Sr. Cotarelo esperamos todavía mucho, sabiendo que tiene en cartera muchas curiosidades de obras y noticias dramáticas. Ciertamente, lo que Rivadeneyra había publicado en este género, aun habiéndose esmerado en ello, no da suficiente idea del maravilloso trabajo de la Talía española.

La historia en el ramo especial de las autobiografías hallábase en el mismo caso, y á completar las nuestras en este ramo de la literatura se ha dedicado el Sr. Cenzano.

La introducción es notable y no lo es menos la elección de las obras. Noticias curiosas como la de las Memorias de Carlos V y de Fernando VII, habrán de sorprender agradablemente á los que hojeen el volumen. Un libro que tenemos muy leído y estudiado, las *Memorias del Príncipe de la Paz*, ha merecido á este colector acertadísimos juicios, con los que estamos absolutamente conformes. Muchas autobiografías en nuestra literatura, como en todas, son relaciones de viajes, y las del Canónigo de Astorga, Ordóñez, verdadero clérigo tan andariego como agradecido, según él se llama, serán leídas con tanta curiosidad como placer.

Por cierto que en este libro hemos visto que á las tierras de la Oceanía y á esta parte del mundo en general da un nombre que

debiera haberse aclimatado, el de Magallánica, en vez del que lleva, que no tiene significación alguna, ni siquiera el de la gratitud histórica. Este volumen, como los análogos que en lo sucesivo pudieran publicarse, merece el nombre de joya de la nueva Biblioteca, y no obtendrán sino justos elogios.

Al publicar D. Miguel Mir, tan conocedor de nuestra literatura ascética y religiosa, el tomo de sermones de Fr. Alonso de Cabrera ha hecho un verdadero servicio á nuestra literatura. En la introducción se esfuerza en probar que es inexacto lo que pasa ya por cosa juzgada, á saber, que no tenemos oradores sagrados comparables con los extranjeros, y particularmente con los franceses del siglo de Luis XIV. Introducción es ésta muy bien escrita, pero que, en nuestra opinión, no demuestra lo que el autor se propone. Todo lo que él dice debió pasar; pero la historia no se forma con probabilidades ni presunciones. Laudable es, sin embargo, y digno de imitación el propósito del Sr. Mir; con él por delante y empleando el trabajo de que ha dado tan brillantes muestras en el libro que ha dedicado á la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y en el discurso acerca de los ascéticos españoles, se descubrirían oradores de quienes hoy no tenemos noticias, ó al menos se podría acertar con la verdadera causa de que, á pesar de brillar España como país de los grandes teólogos, no haya sido el de los mejores oradores sagrados, y tampoco lo sea en la edad contemporánea.

Relevante muestra nos ha dado de sus trabajos en otro volumen D. Ramón Menéndez Pidal, tan docto como laborioso investigador de nuestras crónicas.

A. BALBÍN DE UNQUERA.

*
* *

Bizancio, por J. LOMBARD.—P. Orrier, editor, Madrid, plaza de la Lealtad, 2.—Precio, 4 pesetas.

La inspiración de Jean Lombard, al resucitar la brillante y fastuosa existencia del imperio bizantino en tiempo de Constantino V, con sus apasionadoras carreras del circo, sus luchas religiosas y políticas y su civilización semibárbara en medio de su refinamiento, ha dado lugar á que otros escritores distinguidos volviesen la vista á aquellas edades lejanas y trataran de buscar inspiración para sus novelas en Grecia y en Roma.

El prodigioso estilo de Lombard ha sabido pintar como nadie las grandes oleadas de la muchedumbre, y su exuberante imaginación ha logrado hacer revivir de un modo inimitable no sólo los variados incidentes de la épica contienda entre Verdes y Azules, sino también todas las suntuosidades de la vida de Bizancio.

El traductor, Miguel de Toro Gómez, no ha omitido esfuerzo ni trabajo para conservar á este libro la brillantez de su estilo, y

ha completado su trabajo agregando al texto un léxico en que se hallan explicadas multitud de palabras desconocidas para la generalidad de los lectores.

*
* *

Los civilizados, por CLAUDE FARRÈRE.—P. Orrier, editor, Madrid.—
Precio, 3 pesetas.

Pocas obras literarias habrán logrado excitar en tan alto grado la atención del público literario como *Los civilizados*. La Academia de los Goncourt le concedió en su último certamen el premio de 5.000 francos asignado á la mejor obra literaria de las presentadas á su examen, y se agotaron en breve tiempo numerosas ediciones.

Claude Farrère, distinguido oficial de la marina francesa y brillante émulo de Pierre Loti, ha trazado en las páginas de esta obra el cuadro más verídico de la vida colonial en el Extremo Oriente, cuadro en que no salen muy bien librados los modernos civilizadores, que suelen llevar á la administración colonial lo más corrompido y menos valioso de la civilización occidental.

El autor ha descrito con colores harto vivos en ocasiones el cuadro de la vida en aquellas regiones. Puede decirse que su obra representa la lucha del ideal de ciertos *civilizados*, libres de toda preocupación y de todo freno moral, con la vida sana, moral y fecunda de los que guardan en su corazón el culto del honor, del hogar y de la patria.

La versión castellana, hecha por Miguel de Toro y Gisbert, nada deja que desear en punto á corrección y propiedad de las voces.

*
* *

Las confidencias de una abuela. Novela, por ABEL HERMANT.—
P. Orrier, editor.—Madrid.—4 pesetas.

Estas confidencias datan de antiguo, pues la primera página lleva la fecha de 1788, y son una novela contemporánea; la penitente que nos hace su confesión escribe aún en los tiempos del segundo Imperio, de Marieta la Tolosana y del célebre casino de la calle Cadet.

La fantasía y el realismo se dan la mano para pintarnos la agitada existencia de la Marquesa, gran señora, deliciosa y frívola, la cual, á veces filosofando, y siempre sentimental é ingeniosa, va de amores en amores al través de los tumultuosos acontecimientos de la Revolución y del Imperio.

Abel Hermant nos revela en este libro una nueva faz de su talento: la mordaz alegría y libertinaje de alto estilo, que nos hacen recordar el *Cándido* de Voltaire y las *Uniones peligrosas* de La-clos, reanudando así las tradiciones del ingenio francés.

Abel Hermant ha resucitado toda la historia amorosa de un siglo, con tanta naturalidad y gracia, que parece que el autor fué testigo presencial de los sucesos y comensal asiduo de la legendaria abuela.

La versión castellana se debe al literato D. Andrejulio Aibar.



Mi tío Barbassou. *Novela*, por MARIO UCHARD.—P. Orrier, editor.—Madrid.—4 pesetas.

El célebre Alfonso Daudet, en *Tartarin de Tarascón*, puso de relieve la parte extravagante y ridícula del carácter provenzal con sus exageraciones y sus grotescas fanfarronadas.

La delicada pluma de Mario Uchard nos da en *Mi tío Barbassou* una nueva encarnación del tipo provenzal, mucho más natural y simpática. Barbassou aparece á nuestros ojos como un héroe legendario, rodeado de una atmósfera de originalidad natural y sencilla al mismo tiempo, que no choca con los sentimientos del lector, á pesar de lo extravagante de sus aventuras.

Al mismo tiempo, el autor ha dispuesto con el mayor ingenio, alrededor de su famoso protagonista, una acción verdaderamente extraña, en que aparece el curioso contraste de la vida oriental con los refinamientos de nuestra existencia civilizada, y en la que figuran como principales personajes Andrés de Peyrade, sobrino de Barbassou, y la joven odalisca Konye Gul. Los amores de Andrés y de Konye Gul llegan á adquirir carácter trágico, que excita el más vivo interés, y tienen feliz desenlace, haciendo de esta novela uno de los más interesantes libros de aventuras.

Á todo esto se une la elegancia del estilo, las originales teorías del autor y lo notable de las ilustraciones. *Mi tío Barbassou* es un cuento de las *Mil y una noches*, que se desarrolla bajo el hermoso cielo de Provenza y en medio de los refinamientos de la vida parisiense.

El literato granadino D. Miguel de Toro Gómez ha traducido esta obra.



La adorada, por RENÉ MAZEROY.—P. Orrier, editor, plaza de la Lealtad, 2, Madrid.—4 pesetas.

René Mazeroy, novelista poco conocido entre nosotros y sin embargo artista de primera fuerza, es, según dice Gómez Carrillo en el prólogo que precede á la versión española de esta obra, «el pintor de las costas meridionales, el peregrino apasionado de las ciudades italianas, el colorista cuyas páginas parecen reflectores puestos al sol».

Es además un psicólogo intenso que ha penetrado profunda-

mente en el alma humana. Así lo demuestra cumplidamente en *La adorada*, la novela de «ese lento martirio voluntario y absurdo, sufrido hora tras hora, semana tras semana, y de ese cáncer de amor que se llama celos», y que exasperando más el carácter sensible, pasional, nervioso é irritable del protagonista, le conduce á la locura.

La versión española, muy bien hecha, se debe al distinguido literato Carlos de Batlle.

E.



Aviso á nuestros lectores de Madrid y su provincia.—Tenemos el gusto de darles á conocer una noticia que interesa á todos, ya sean abogados, agentes de negocios, ingenieros, militares, eclesiásticos, etc., como á cualquier centro ó establecimiento mercantil ó fabril, y esta noticia es la aparición de la *Guía Comercial de Madrid y su provincia para 1907*, que publica la casa Bailly-Baillièrre é Hijos hace veintidós años.

La edición del año actual ha aumentado en tal cantidad los datos que sobre parte oficial, comercial, industrial, etc., contiene, que los editores, con el fin de no dar á la *Guta Comercial de Madrid y su provincia para 1907* un tamaño que, por lo excesivo de su grueso ó volumen, fuera poco manejable, han arrostrado, en beneficio del público, todo género de sacrificios y la han impreso en papel llamado indiano, con lo que, reduciendo su peso y volumen, la hacen más manejable. La *Guta Comercial de Madrid y su provincia para 1907* (Bailly-Baillièrre) es, sin duda alguna, el indicador más perfecto de cuanto Madrid y los pueblos de su provincia encierran; así observamos que la *Guta* no solamente sirve para buscar unas señas, sino para darnos idea de la importancia de una profesión, de la extensión de una calle, y hasta formamos el concepto exacto de cada casa, porque la *Guta Comercial* da á conocer todas las profesiones por orden alfabético, con indicación de los nombres de quienes las ejercen y sus señas; da una relación de todos los habitantes por orden alfabético de apellidos, con expresión de la profesión y domicilio, y además contiene todas las calles de Madrid por orden alfabético; también con la exposición de todas las casas y la relación de las personas que habitan en cada número é indicación de la profesión que ejercen.

La edición del año actual, repetimos, está impresa en excelente papel indiano, por lo que, á pesar de haber aumentado el número de datos ó informes, ha permitido disminuir su peso y volumen, lo que facilitará su constante manejo.

Precio, 5 pesetas.

De venta: Bailly-Baillièrre é Hijos, editores, plaza de Santa Ana, número 10, Madrid, y en todas las librerías.



Tannhauser, per RICART WAGNER *Traducción adaptada á la música per GERONI ZANNE y JOAQUÍN PENA.*—Barcelona, 1907.—Precio, 2 pesetas.

La Associació Wagneriana, de Barcelona, se propuso traducir—á raíz de su fundación en 1901—todo el teatro de Wagner, guardando una fidelidad absoluta con el original. Este trabajo, ya casi realizado, ha dado un paso más con la publicación del *Tannhauser*, y será completado en cuanto salgan á la luz *Les Fades* y *Par-sival*.

En esta obra, como en todas las anteriores, acompaña al texto, adaptado á la música, una exposición temática completísima, cuyo estudio es debido á los Sres. Domenech Espanyol y Pena.

*
* *

La Gioconda, tragedia por GABRIELE D'ANNUNZIO. *Traducción de F. VILLAESPESA.*—Gregorio Pueyo, editor.—Precio, 3,50 pesetas.

Gran poeta, gran novelador, gran dramaturgo, con un espíritu sentidor de las tragedias griegas, el nombre de D'Annunzio es reverenciado por todos los saboreadores de refinamientos espirituales. Y *La Gioconda* ha contribuido en gran parte á nuestra admiración por el indiscutible artista, fiel espejo en el que se reflejan todas las complejidades del espíritu moderno, y que sabe narrarlas con un encanto que es patrimonio de un restringido número de elegidos.

*
* *

La Altísima, novela, por FELIPE TRIGO.—Madrid, librería de Pueyo, Mesonero Romanos, 10.—Precio, 3,50 pesetas.

Entre nuestros novelistas es Felipe Trigo uno de los que gozan mayor estima literaria y mayor crédito editorial. Garantizan lo primero las opiniones y juicios de la crítica sincera y desapasionada; prueba lo segundo la prontitud con que las ediciones de sus obras se agotan. Felipe Trigo no es un novelista mojigato, como muchos tímidos y ridículos escritores; ni el novelista del naturalismo, como Zola; ni el novelista de las aberraciones sexuales, como Pierre Louys; ni el novelista del amor por la estética, como D'Annunzio. Es, á mi juicio—y en esto estriba la admiración plena que le profeso,—el novelista de la redención del amor por el amor mismo. En unas obras, pospone todo convencionalismo, todo prejuicio, todo criterio sistemático á la explosión triunfal del amor en la vida. Ante todo, amar; ante todo, vivir. Vivir en el goce supremo de una unión, no sólo física, no sólo legal, no sólo sancionada por la Iglesia, con la mujer adorada, sino además en un consorcio sancionado por el cariño mutuo, por la concurrencia de las goethianas afinidades electivas, por una espiritualidad que se cierna y

extienda su manto protector sobre la pareja que marcha en busca de la felicidad, destruyendo trabas y salvando obstáculos.

Esto se ve en *Las ingenuas*, esto se muestra en su admirable libro *La sed de amar*, en el que los espíritus frívolos sólo hallarán la encarnación del erotismo; pero en el que los que penetren más hondo encontrarán que bajo aquel externo superficialismo lírico late una preocupación que justifica á los ojos de los más miopes el subtítulo *Educación social*. Sí, aquí existe sociología; pero sociología no sistemática, no científica, no seca, sino revestida de bellezas literarias, de bellezas artísticas, de sentimientos, de emociones, de pasiones. Es una sociología decorada por el reflejo de las vidas en las páginas de las novelas.

Ahora Felipe Trigo nos da *La Altísima*. En esta obra existe, como en todas las anteriores, el mismo despego de rubicundeces tímidas; en ella late el mismo espíritu inquieto y atormentado del autor. Así como *Alma en los labios* es un ensayo experimental de la posibilidad del amor amplio y digno de dos seres perfectos posibles, considerados intelectual y emocionalmente, dentro del estado social de hoy, así *La Altísima* es un ensayo experimental de la posibilidad de imitar á la protagonista de *Alma en los labios*, una mujer cuyo solo mérito positivo es la emocionalidad. Tal es Adria, cuyo análisis anímico, hecho en la primera parte, se continúa en la tercera por Víctor, que al verla loca, en una locura de misticismo y de amor—en el cual se han fundido sus antiguas propensiones dispersas de pecadora mundana y sus idolatrías divinas,—la traslada á su retiro que «siempre esperaba un alma».

Al lado de Adria, la mujer todo emoción, figura *Bibly Dora*, mujer falsa y ridícula, llena de prejuicios en sus libertades, pseudo-literata en la que fracasa el *verdadero amor*.

Tal es, á grandes trazos, la síntesis de la bella novela que acaba de publicar Felipe Trigo, uno de mis más admirados novelistas.

JOSÉ SUBIRÁ.

*
* *

Los conquistadores, por JOSÉ SANTOS CHOCANO.—Gregorio Pueyo, editor, Madrid.—Precio, 2 pesetas.

Ya el año pasado aplaudió la prensa este drama heroico, en tres actos y en verso, del notable poeta americano Santos Chocano, á raíz de su estreno en el teatro de la Princesa, por lo que nos limitamos á anunciar su publicación.

*
* *

Memoria del Congreso celebrado en Bremen los días del 25 al 29, redactada por los congresistas D. EDUARDO CALVET, D. JUAN RIBAS, D. ALEJANDRO BOSCH y D. JOAQUÍN AGUILERA.—Barcelona, 1906.

Esta Memoria está publicada por la Agrupación de hiladores y tejedores del Fomento del Trabajo Nacional, adheridos á la Federación internacional de Asociaciones de industriales algodóneros.

*
* *

Se ha publicado un refranero y colección de cantares referentes á curas, frailes, monjas y sacristanes, reunidos por Garevar. En él se reproducen los contenidos en el *Vocabulario de refranes, frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la lengua castellana*, que reunió el maestro Gonzalo Correas en los comienzos del siglo XVII y otros muchos recogidos por el recopilador.

*
* *

Opiniones, por RUBÉN DARÍO.—*Librería de Fernando Fe. En 8.º—*
Precio, 3,50 pesetas.

Con este libro consagra el gran poeta americano la sólida reputación de crítico que alcanzó con *Los raros*, al mismo tiempo que continúa su carrera gloriosa de paisajista y observador comenzada en *Tierras solares*.

Mezcladas en armónica proporción las facultades de soñador y la serenidad de observación que en tan alto grado posee Rubén Darío, producen en *Opiniones* el fruto soberano de un libro escrito por uno de los poetas más grandes y pensado por un hombre de amplia cultura. Capítulos contiene este volumen, como los titulados *El poeta León XIII* y *Rostand ó la felicidad*, que dan la sensación exacta de una crítica en que se hermanan el buen juicio y el afecto por la cosa juzgada, libre de pasiones y dominadora de toda parcialidad. Otras páginas, como aquellas en que Darío nos habla de Asturias, tienen todo el perfume campesino de la tierra descrita.

En *Opiniones* pueden encontrarse todos los matices de la compleja personalidad de Rubén Darío.

E. A.

*
* *

Teoría de la educación é instrucción del recluta, por D. LUIS RODRÍGUEZ GARCÍA.—*Precio, 4 pesetas.—San Sebastián, 1907.*

Dicen los inteligentes en asuntos militares que el libro del señor Rodríguez García, capitán del regimiento de infantería de Sicilia, núm. 7, es de lo mejor que se ha escrito sobre la materia. Apreciabilísimo es, en efecto, el libro que nos ocupa, lo mismo por su método y sistema que por el fondo; la forma deja algo que desear.

*
* *

El General Martínez Campos y su monumento, por el COMANDANTE D. JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN y el MARQUÉS DE CABRIÑANA. *Dibujos de M. BENLLIURE.—Madrid, 1907.*

En la cubierta de la obra se lee:

«Este libro no se pone á la venta.

Es propiedad de los señores suscriptores del monumento al Ge-

neral Martínez Campos, que podrán adquirirlo gratis en la casa de Banca de los «Sres. Hijos de A. G. Moreno y Sobrinos», Los Madrazo, 27, de tres á cinco de la tarde, previa entrega del recibo de suscripción.

Los ejemplares sobrantes se destinarán á las Bibliotecas de los Centros y Corporaciones civiles y militares que se encarguen de recogerlos directamente, canjeándolos por recibos sellados y firmados por los Sres. Presidentes y Bibliotecarios de dichas Corporaciones.

La Comisión ejecutiva no puede encargarse de su remisión á provincias.»

*
* *

L'Année technique (1906), par A. DA CUNHA, *ingénieur des arts et manufactures*.—Paris, librairie Gauthier-Villars.—1906.

Es ésta una de las publicaciones más interesantes y de más utilidad.

Consta la obra de cuatro capítulos. En el primero trata de «Los accidentes del trabajo»; en el segundo, de «La calefacción y distribución del agua en las casas»; en el tercero, de los «Trabajos públicos y calefacción», y el cuarto, de la «Locomoción».

El precio de dicha obra es de 3,50 francos.

*
* *

Anuario del Observatorio de Madrid para 1907, publicado por la Dirección general del Instituto Geográfico y Estadístico.

En el índice encontramos los epígrafes siguientes:

- I. Calendario.
- II. Efemérides y tablas astronómicas.—Elementos generales y datos astronómicos-geodésicos.
- III. Tablas meteorológicas.
- IV. Medida del tiempo.
- V. Nota acerca de la radiación calorífica solar.
- VI. Instrucciones para la formación de una estadística de manchas solares.
- VII. Progresos de la física solar.

PEDRO ANSÚREZ.

*
* *

Por Europa. Impresiones de viaje, por CARMEN DE BURGOS SEGUÍ (COLOMBINE).—Maucci, 1907.

Cuando se viaja, la vida se acelera; yo creo que nada llagará un espíritu sensible ni cosa alguna excitará su sensorio como el vertiginoso y emocionante sucederse de impresiones de los viajes, que mezclan en un día la ilusión de lo ignorado á donde se ca-

mina, la sensación de lo visto y la pena melancólica de lo que se abandona. Penas, dolores, nostalgias, placeres, estudios é ilusiones: los factores todos de nuestra vida conmoviendo el espíritu tan rápidamente sucesivos, simultáneos á veces, que se vive en un día lo que después, ya entrados en la más despaciosa, vulgar acaso, vida cotidiana exige tiempo y tiempo. La vida se acelera en los viajes, se vive más, pues desde luego no cuento la vida por años transcurridos, sino por emociones y obras.

Por lo tanto, considerándose los viajes, según digo, como una vida acelerada, hacen falta dos cualidades—una en cuanto á tal vida y otra en cuanto á su aceleración—para que lo visitado fructifique y el fruto llegue á los demás.

Pues, en efecto, la vida enseña y recrea, instruye y perfecciona si el espíritu que pasa por ella tiene sólida orientación ó buenos andadores. Pero si no, la vida es indiferente ó pervertidora.

Y además hace falta la pronta percepción, la asimilación rápida, el golpe de vista sintético y sutil para resumir concisamente las emociones atropelladas.

Carmen de Burgos Seguí, comisionada por el Gobierno español, ha recorrido Francia é Italia poseyendo estas dos virtudes; ahí está el libro de que trato para comprobar esta afirmación.

Conforme con lo que ha dicho otro periódico, tengo como principal excelencia de este libro la amenidad llevada al extremo de hacernos leves sus quinientas y pico de páginas.

Comenta lo que ve según su temperamento, y á fe que le expone clara y sinceramente en el libro, con una simpática esplendidez pagana.

Son constantes sus nostalgias de un tiempo pasado, helénico, de belleza, filosofía limpia y risueña y arte glorificador de la forma humana.

Los epígrafes ya desde el primer momento despiertan curiosidad y regocijo, pues hablan de las mil cosas que la fama popular ha hecho atrayentes, inculcándonos un ávido deseo de conocerlas en sus detalles y secretos. Por eso abrimos el libro con impaciencia y leemos con interés.

Nos cita lo más notable de cada ciudad, de cada Museo, de cada hombre célebre que conoce al paso, y por doquiera salpica el relato de reflexiones varias, acudiendo á todas las ramas del sentimiento y de la idea. En cuestiones sociológicas se muestra sensatamente opuesta al *feminismo*... antifeminizador, podremos decir; en arte apunta observaciones felices como la que cito á continuación:

«He pensado si los pintores antiguos verían la claridad que forma la luz en torno de las figuras y, no disponiendo de recursos de colorido, recurrirían al dorado para expresarla, exagerándola en torno de los seres divinos, más luminosos por su divinidad.»

Y de este modo en todas las cuestiones. Hablando en uno de los capítulos de una interpretación humorística que ha dado el pueblo á un grupo de estatuas del Palacio Real napolitano, exacta á la hecha en París con motivo de unas figuras de los cuatro

evangelistas, hace notar que «la humanidad... latina tiene cierta unidad en lo picaresco», y pregunta profundamente si «serán los hombres en religión, en política, en filosofía y en todo como los castores ó las abejas, que no saben idear ni hacer más que una especie de habitaciones ó panales».

Y para concluir y quitar á este escrito cualquier viso de adulación, le haré notar la costumbre monótona que tiene de usar como ponderación extrema al describir obras de arte la cualidad vital: «Parece que va á echar á correr», «Parece que aquel mármol esta caliente», «Dijérase que va á correr la sangre», etc. Es algo sin importancia, claro es, pero precisamente por lo mismo...

MANUEL ABRIL.

*
* *

Sumario-guia de Guadalajara y su provincia.—Año VI, 1907.—
Su autor, BRAVO Y LECEA, abogado.

Esta excelente y utilísima obra, que forma un tomo elegantemente impreso, de nutrida lectura y con magníficos grabados, se vende en Guadalajara al precio de 2 pesetas en rústica y 2,50 encuadernada.

*
* *

El cristianismo y los tiempos presentes, por MONS. BOUGAUD Obispo de Laval.—Traducción de la novena edición francesa por el DR. D. EMILIO A. VILLELGA RODRÍGUEZ, presbítero, catedrático de Apologética y de Elocuencia Sagrada en la Universidad Pontificia Compostelana.

La obra apologética más popular de nuestra época lo es sin duda alguna la titulada *El cristianismo y los tiempos presentes*, escrita en francés por el que fué ilustre Obispo de Laval, Mons. Bougaud, y compuesta de cinco partes, intituladas: 1.^a, Religión é irreligión; 2.^a, Jesucristo; 3.^a, Los dogmas del credo; 4.^a, La Iglesia; 5.^a, La vida cristiana.

De esta obra, tan elogiada por los sabios católicos y por todos los hombres de buena voluntad, se ha publicado la primera parte ó el tomo I. Los cuatro restantes saldrán á luz en el corriente año de 1907.

El precio de cada tomo es de 6 pesetas en rústica y 8 encuadernado. El precio total de la obra será de 30 pesetas en rústica y 40 encuadernada.

Los tomos, á medida que se vayan publicando, se remitirán francos de porte y certificados á nuestros suscritores de España. En cuanto á los de América y extranjero, deberán añadir al precio indicado una peseta por cada tomo, y 5 por la obra completa, para atender al aumento de gastos que ocasiona el envío.

Pago anticipado de toda la obra.

*
* *

Imitación de Cristo y menosprecio del mundo, por TOMÁS DE KEMPIS, traducción del P. NIEREMBERG, S. J.—4.^a edición revisada, seguida del *Ejercicio cotidiano, Ejercicios para la confesión y comunión, Ordinario de la santa misa y varias devociones*.

Un elegante tomito de 359 páginas en tamaño prolongado de 8 por 13 centímetros. Verdadera edición de propaganda, baratísima.

Encuadernado en tela inglesa flexible, rótulos en oro, cortes rojos, una peseta. En igual forma, con cortes dorados y estuche, 1,50.

*
* *

Manual de mnemotecnia ó arte de la memoria, por el P. MIGUEL GARCÍA ESTÉBANEZ, S. J.

El arte de ayudar á la memoria creando una verdadera *memoria artificial* es hoy más que nunca, por la variedad y extensión de nuestros conocimientos, una imperiosa necesidad que viene á satisfacer cumplidamente este *Manual*.

Un tomo en 8.^o, encuadernado en cartoné, una peseta.

Varias publicaciones.

D. Eduardo Sanz Escartín, Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ha tenido la atención, que estimamos en lo mucho que vale, de remitirnos dos ejemplares de las siguientes obras:

Anuario de la Academia para 1907, al que precede una reseña histórica de ella;

Extractos de discusiones habidas en dicha Corporación sobre temas de su instituto. Parte primera del tomo III, que abarca discusiones sobre los temas «Estado actual de la propiedad», «La asociación contra el crimen» y «Discusión acerca de la persona y doctrinas filosóficas de Herbert Spencer», entre otros, y

Catálogo de sus publicaciones, para la confección del cual se ha seguido el orden alfabético.

Dios creador, Dios redentor. Discurso que con motivo de la fiesta que los ingenieros de Minas dedican á su Patrona Santa Bárbara, pronunció en la iglesia de San José, de Madrid, 4 de Diciembre de 1906, el P. Zacarías Martínez Núñez, agustino, licenciado en Ciencias, maestro de Sagrado Teología, predicador de S. M., director del Real Colegio de Alfonso XII (Escorial), etc.—Madrid, 1907. En 4.^o, 39 páginas.

La fagocitosis, por el R. P. Zacarías Martínez Núñez, O. A. Publicado en la *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, de Madrid. Tomo, IV, núm. 3. Mayo de 1906. En 4.^o, 15 páginas.

Inauguración del Oratorio de San José y San Luis (calle de Lista, Madrid, 16 de Febrero de 1907), fundado por D.^a Manuela Díez Bustamante, viuda de Gallo, en memoria de su difunto hijo el Excmo. Sr. D. José Luis Gallo y Díez Bustamante, y confiado á los PP. Agustinos de la Provincia Matritense. Sermón predicado por el P. Zacarías Martínez Núñez, Director del Real Colegio del Escorial.—Madrid, 1907. En 4.^o, 27 páginas.

Los tres anteriores trabajos son dignos de la fama del ilustre agustino, hombre de ciencia, orador elocuentísimo y varón de cristianas virtudes. Tal entusiasmo causó á los ingenieros de Minas la oración pronunciada por el P. Zacarías, que se apresuraron á imprimirla en elegante folleto, que han regalado á multitud de personas. Ciertamente que su autor demuestra que es un naturalista de primer orden, á la vez que eminente filósofo, y que está enterado de los últimos adelantos de la ciencia.

La fagocitosis es un estudio interesante, y el sermón pronunciado al inaugurarse el Oratorio de San José y San Luis, otra maravilla de elocuencia, que conmovió hondamente á cuantos le escucharon.

Creemos que no tardará el nombrado P. Zacarías Martínez Núñez en ocupar una diócesis, porque la Iglesia siempre, y más en los actuales azarosos tiempos, necesita preladados del talento, bríos, instrucción y elocuencia que atesora el sabio Director del Real Colegio del Escorial.

Consejos á los padres y á los maestros sobre la educación de la pureza, por J. Fonssagrives. Traducción de la quinta edición francesa, con la debida autorización del autor y del editor, Ch. Poussielgue, por D. Enrique Reig y Casanoves, presbítero.—Madrid, 1907. En 8.^o, 144 páginas, 2 pesetas.

Preciosa obrita es la que antecede, traducida con singular esmero por el doctísimo Auditor de la Rota D. Enrique Reig, que es de los que más honran al estudioso clero español. Mucho bien puede hacer el libro, porque en él se trata de evitar los escollos con que tropieza la juventud. El Sr. Reig se lamenta con valentía en el breve prólogo que ha puesto á la obra de Fonssagrives del abandono de nuestras autoridades, y dice: «A varios personas experimentadas hemos oído que es más peligroso para la juventud Madrid que París, y de ciencia propia podemos afirmar que difícilmente hemos atravesado una sola vez la Puerta del Sol sin oír pregonar el periódico, la revista ilustrada ó el libro pornográfico con el picante estribillo «para hombres solos», lo cual no hemos oído ni en la avenida de la Opera ni en los bulevares. Y esa procacidad para la exhibición y venta de lo pornográfico no es de Madrid sólo, es de toda España, que, con mengua grande de nuestro prestigio, figura, desgraciadamente, á la cabeza de todas las naciones civilizadas en punto á libertades para lo inmoral».

Para dar la educación de la pureza hay que referirse, en cierto modo, á la impureza. Y esto es lo que hace el autor, pero con plausible discreción y especial tino.

Utilísima puede ser en nuestro país la obra que acaba de dar

á la estampa el Sr. Reig, y labor meritoria realizarán cuantos procuren su difusión. Urge combatir la *ola verde*, formada por esa multitud de impresos y de composiciones del género *infimo* (¡qué tal serán cuando se apellidan así!) que pervierte á la juventud, la encanalla y la imposibilita para toda empresa noble.

Gran desventura es que no tengamos autoridades. En Madrid, y lo propio acontece en toda la Península, no se advierte jamás la acción de las autoridades para perseguir las inmoralidades de todo género que nos invaden y van creciendo, creciendo...

Nuestra cordial enhorabuena al ilustre Auditor de la Rota, don Enrique Reig.

Alimentación y su influencia en la degeneración de la raza latina. Ventajas del régimen vegetariano, por el Dr. D. Antonio Muñoz Ruiz de Pasanís.—Madrid, 1907. En 8.º, 103 páginas.

Es un estudio completísimo, nuevo testimonio de los profundos conocimientos de su autor, esclarecido médico y acaudalado propietario de Cazorla, quien con perseverante voluntad se ha propuesto ser útil á sus conciudadanos. El Sr. Muñoz Ruiz de Pasanís hace una defensa brillante del régimen vegetariano, y como escribe con galanura y sabe tanto, acierta á hacer amenísimas las páginas del folleto, el cual está dedicado al Dr. Calatraveño, eminente especialista en las enfermedades de la infancia.

Plácemes merece el señor de Pasanís por el bien que hace á la humanidad con sus perseverantes investigaciones acerca de las causas que motivan la degeneración de la raza latina.

R. A.

MINISTERIO
DE CULTURA



GRAN HOTEL Y RESTAURANT DEL COMERCIO

— (GERONA) —

SUCESOR DE ANTONIO SERRA

Antonio Vallvé y Serra.

Está situado en el centro de la inmortal ciudad, y con la radical reforma sufrida, nada tiene que envidiar á los mejores del extranjero.

CONFORT Y ECONOMÍA

50 habitaciones lujosamente amuebladas.—Cuarto de baños y duchas.—Salón de lectura y el incomparable jardín de las acacias.—Comedor de verano.

Luz eléctrica en todo el Hotel y sus anexos.—Agua inmejorable.—Coche en las estaciones á la llegada de los trenes.—Salones para banquetes.

Intérpretes y personal idóneo para excursiones.

PASTILLAS BONALD Las mejores que se conocen para las enfermedades de la boca y garganta.

Núñez de Arce, 17 (antes Gorguera).

SOCIEDAD DE ALTOS HORNOS

— Y FÁBRICA DE HIERRO Y ACERO DE BILBAO —

FABRICACIÓN DE HIERRO ORDINARIO Y HOMOGÉNEO

Acero BESSEMER (primera y única en España) y acero SIEMENS-MARTÍN en las dimensiones usuales para el comercio y construcción.—Fabricación de chapas.—Especialidad en viguería para construcciones desde 8 centímetros de alto hasta 32.—Fabricación de rails ligeros para minas y otras industrias y pesados para ferrocarriles.

Construcción de vigas armadas para puentes y edificios.

Fundición de columnas, calderas para desplatación y otros usos y grandes piezas hasta 20 toneladas.

MINISTERIO
DE CULTURA

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Filipinas.—Trece viajes anuales, arrancando de Liverpool y haciendo las escalas de Coruña, Vigo, Lisboa, Cádiz, Cartagena, Valencia, para salir de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean 5 Enero, 2 Febrero, 2 y 30 Marzo, 27 Abril, 25 Mayo, 22 Junio, 20 Julio, 17 Agosto, 14 Septiembre, 12 Octubre, 9 Noviembre y 7 Diciembre, directamente para Génova, Port-Said, Suez, Colombo, Singapore y Manila. Salidas de Manila cada cuatro martes, ó sean 22 Enero, 19 Febrero, 19 Marzo, 16 Abril, 14 Mayo, 11 Junio, 9 Julio, 6 Agosto, 3 Septiembre, 1 y 29 Octubre, 26 Noviembre y 24 Diciembre, haciendo las mismas escalas que á la ida hasta Barcelona, prosiguiendo el viaje para Cádiz, Lisboa, Santander y Liverpool. Servicio por trasbordo para y de los puertos de la costa oriental de Africa, de la India, Java, Sumatra, China, Japón y Australia.

Línea de Cuba Méjico.—Servicio mensual á Habana y Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21, directamente para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, directamente para Coruña y Santander. Se admite pasaje y carga para Costafirme y Pacífico, con trasbordo en Habana al vapor de la línea de Venezuela-Colombia. Combinaciones para el litoral de Cuba é Isla de Santo Domingo.

Línea de New-York, Cuba Méjico.—Servicio mensual, saliendo de Génova el 21, de Nápoles el 23, de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, directamente para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 26 y de Habana el 30 de cada mes, directamente para New-York, Cádiz, Barcelona y Génova. Combinaciones con distintos puntos de los Estados Unidos y litorales de Cuba. También se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Habana.

Línea de Venezuela-Colombia.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 11, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes, directamente para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico, Habana, Puerto Limón, Colón, de donde salen los vapores el 12 de cada mes para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, etc. Se admite pasaje y carga para Veracruz, con trasbordo en Habana. Combina por el ferrocarril de Panamá con las Compañías de navegación del Pacífico, para cuyos puertos admite pasaje y carga con billetes y conocimientos directos. Combinación para el litoral de Cuba y Puerto Rico. Se admite pasaje para Puerto Plata, con trasbordo en Puerto Rico, y para Santo Domingo y San Pedro de Macoris, con trasbordo en Habana. También carga para Maracaibo, Carúpano, Coro y Cumaná, con trasbordo en Puerto Cabello, y para Trinidad, con trasbordo en Curaçao.

Línea de Buenos Aires.—Servicio mensual, saliendo accidentalmente de Génova el 1, de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, directamente para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 1 y de Montevideo el 2 directamente para Canarias, Cádiz, Barcelona y accidentalmente Génova. Combinación por trasbordo en Cádiz con los puertos de Galicia y Norte de España.

Línea de Canarias.—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19 y de Cádiz el 22, directamente para Tánger, Casablanca, Mazagán, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma, con retorno á Santa Cruz de Tenerife, para emprender el viaje de regreso el día 1.^o, haciendo las escalas de las Palmas, Cádiz, Alicante, Valencia y Barcelona.

Línea de Fernando Poo.—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses para Fernando Poo, con escalas en Las Palmas y otros puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea. Regresan de Fernando Poo el 26 de Febrero, y así sucesivamente cada dos meses, haciendo las mismas escalas que á la ida para Cádiz y Barcelona.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Lunes, miércoles y viernes para Tánger, con extensión á los puertos de Algeciras y Gibraltar.

Salidas de Tánger: Martes, jueves y sábados para Cádiz.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias, á viajantes del comercio y por pasajes de ida y vuelta. Precios convencionales por camarotes de lujo. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares. La empresa puede asegurar las mercancías que se embarquen en sus buques.

Avisos importantes.—*Rebajas en los fletes de exportación.*—La Compañía hace rebajas de 30 % en los fletes de determinados artículos, con arreglo á lo establecido en la R. O. del Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas de 14 Abril 1904, publicada en la *Gaceta* de 22 del mismo mes.

Servicios comerciales.—La sección que de estos Servicios tiene establecida la Compañía se encarga de trabajar en Ultramar los muestrarios que le sean entregados y de la colocación de los artículos cuya venta, como ensayo deseen hacer los exportadores.

REVISTA CONTEMPORANEA

LA REVISTA CONTEMPORANEA se publica mensualmente en cuadernos de 128 páginas en 4.º

PRECIO DE SUSCRICIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas.	EXTRANJERO Y ULTRAMAR	Pesetas.
Tres meses.....	5	Tres meses.....	5	Seis meses.....	15
Seis meses.....	10	Seis meses.....	10	Un año.....	25
Un año.....	20	Un año.....	20		

Número suelto, 2 pesetas en toda España.

Representante en Londres: ANG. SIEGLE, 30, Lime street.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA

Sociedad anónima de seguros sobre la vida á prima fija.

CAPITAL SOCIAL.....	Ptas.	15.000.000
RESERVAS GENERALES.....	>	20.554.750,68

Formando un total de **treinta y cinco millones** quinientas cincuenta y cuatro mil setecientas cincuenta pesetas y sesenta y ocho céntimos.

Pagado á los asegurados hasta 31 Diciembre de 1905..... Ptas. **33.699.941,37**

Esta **Sociedad** se dedica á constituir capitales pagaderos á la muerte del asegurado ó á un plazo determinado para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas y compra de usufructos y nidas propiedades.

REPRESENTACIONES EN TODA ESPAÑA

DOMICILIO SOCIAL
Ancha, 64.
BARCELONA



AGENCIA GENERAL
DE MADRID
ALCALÁ, 49

LA CATALANA

SOCIEDAD DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS Y EXPLOSIONES
Á PRIMA FIJA

40 AÑOS DE EXISTENCIA

Garantias...	Capital social.....	Ptas.	5.000.000	} 21.476.546
	Reservas y primas.....	>	16.476.546	

Capitales asegurados en 31 de Diciembre 1904: Ptas. **1.772.623.810.**

Fondos colocados en inmuebles situados en Barcelona y en valores de mayor garantía.

Siniestros satisfechos: **8.150**, que importan Ptas. **9.751.847,29.**

DOMICILIADA EN BARCELONA

RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representada en todas las provincias de España.